

HARLEQUIN

JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO



Amantes

Argumento

Amy Forbes se sintió la mujer más feliz del mundo el día que ella y Blade se unieron en matrimonio. La pareja vivía un romance perpetuo hasta que Amy descubrió un terrible secreto. Amaba a Blade, y él le correspondía... pero tuvo que huir de su lado, abandonarlo, para protegerlo de la verdad que lo arrastraría con ella a un infierno viviente. Sólo que Amy había olvidado una cosa... la determinación de un hombre enamorado...

Capítulo 1

-SABES que nunca te dejaré marchar, ¿verdad? Te mataría antes que dejar que cualquier otro te poseyera.

-Blade...

-¡No empieces! Eres mía, Amy, siempre serás mía... de una forma u otra.

-Estás loco...

-¿Por ti? Quizás... pero sabes que no suelo amenazar en vano – dijo Blade. Sus ojos negros brillaban cruelmente-. Créeme, puedo hacer que desees no haber nacido. Pagarás por lo que has hecho y seguirás siendo mi mujer, Amy, mi mujer.

El rostro severo y atractivo parecía estar esculpido en piedra.

– ¡No!

Profirió un grito de tormento que la despertó bruscamente y le hizo incorporarse en la estrecha cama.

No la había encontrado... todavía. Sólo había sido un sueño, aunque demasiado vívido como para poder reprimir los temores que mantenía a raya a la luz del día.

La encontraría. Sacudió la cabeza para apartar el suave cabello dorado de su rostro sudoroso. Había sido una locura huir de aquella manera. Nadie contrariaba a Blade Forbes y se salía con la suya, y menos su joven esposa después de tres meses de matrimonio.

Los tentáculos de su poder e influencia llegaban a todas partes. ¿Qué podía hacer?

Nada. Agotada, bajó de la cama y cruzó a pasos quedos la pequeña habitación cuadrada. Encendió la cafetera con un hondo suspiro al tiempo que miraba por la ventana alta y estrecha a la lejanía, más allá del viejo muro de piedra que cercaba el jardín y de los verdes campos en cuesta. La luz gris y fría de primeras horas del día llenaba la habitación de un pálido resplandor.

Blade Forbes, un extraordinario magnate de negocios norteamericano, duro, dinámico, con reputación de implacable, y aún así... Con ella había sido amable, tierno, cariñoso, y había demostrado ser tan comprensivo como no podría haberlo soñado en un hombre tan arrogante v viril.

–Déjalo ya, Amy -se dijo en voz alta. No serviría de nada. Aunque lo amaba no había tenido otra elección que marcharse, y nada había cambiado.

Horas más tarde, mientras se arreglaba para ir a trabajar, el clima inglés, caprichosamente variable, había cambiado de pálido y húmedo a soleado, y una fragante brisa de aire fresco del condado de York

invadía la pequeña habitación de aromas de los tupidos brezales de los páramos y de las flores salvajes de las lejanas colinas, recordándole que el verano estaba a la vuelta de la esquina. Aquél habría sido su primer verano de casada...

Todavía pensaba en ello cuando llegó al pequeño restaurante pasada la una, pero en pocos minutos, el bullicio de la minúscula cocina redujo la angustia que sentía a la habitual desazón de fondo.

Había tenido suerte al encontrar aquel trabajo, pensó, recorriendo la reluciente sala que se saturaba de gente si había más de un puñado de personas a la vez. Cuando, tres meses antes, había llegado a la región de los valles de Dales, en el condado de York, conmocionada y destrozada por el gigantesco paso que había dado, no había pensado con claridad en el futuro, sólo en esconderse durante unas pocas semanas de Blade antes de abrirse paso en el extranjero, tal vez.

Pero después, la calma del lugar había cautivado su maltrecho corazón, y cuando se quedó sin dinero, la casera de la pequeña casa de huéspedes donde se alojaba le había hablado de aquel trabajo. No quiso usar ni un penique de la abrumadora cuenta corriente que Blade había dispuesto para ella; era necesario que se mantuviera por sus propios medios...

La ayudante de cocina, camarera y chica para todo que la había precedido, se había ido con un vendedor de fuera, dejando a su marido y a sus hijos. «Menuda pieza irreflexiva», había dicho la maternal señora Cox con una mueca de desaprobación, meneando su canosa cabeza como una paloma regordeta. El dueño del restaurante había recibido a Amy con los brazos abiertos incluso antes de oír que había estudiado economía de abastecimiento de comidas durante tres años en la universidad. De modo que se había quedado allí.

-¿Estás bien, Amy?- inquirió Arthur Kelly, observándola con suavidad con su semblante franco-. ¿Estás deprimida, chica?

-No, estoy bien, Arthur. Lo siento, estaba soñando despierta.

Sonrió rápidamente y salió de la cocina en dirección al comedor. Arthur era el típico hombre del condado de York, amable, directo, pero guiado por el principio de no meterse en los asuntos de los demás, algo de lo que Amy estaba profundamente agradecida

Tanto él como su casera debían de preguntarse por qué había llegado tan inesperadamente a su pequeña comunidad, pero no le habían interrogado, ni siquiera cuando sus profundas ojeras habían hablado por ella en algunas ocasiones.

Acababa de colocar dos cuencos de sopa humeante y una cesta de panecillos recién hechos frente a la joven pareja que los había pedido, cuando la vieja y tradicional campana de la puerta de entrada anunció

la llegada de otra persona.

-Hola, Amy -dijo con voz suave, demasiado suave.

Sus ojos entornados eran devastadores.

-Blade...

Mientras palidecía fue consciente de la punzada de alegría que sintió al volverlo a ver. Después, a medida que le invadía el honor de la situación, pensó que se iba a desmayar. Fue obvio que él pensó lo mismo, porque se movió rápidamente y la obligó a sentarse, diciéndole con voz áspera:

-No pongas esa cara de sorpresa. Sabías que te encontraría algún día; sólo era cuestión de tiempo.

-Blade...

-El mismo- replicó, mirando implacablemente los ojos azules y aturdidos con sus brillantes ojos negras. Su rostro era duro como el granito, igual que en el sueño. El sueño... Había sido un aviso-. Ahora, levántate.

-¿Qué?

-He dicho que te levantes.

Su mirada la habría aterrorizado de no ser porque no sentía nada, pero entonces oyó a la joven pareja moverse detrás de ella y vio al hombre aparecer a su lado.

-¡Oiga! -exclamó. No podía tener más de veintiún años y era evidente que estaba muerto de miedo-. ¿Ocurre algo, señorita? ¿Llamo a alguien?

-No...

Su voz se apagó cuando el gruñido grave de Blade irrumpió en la tensión del ambiente.

-No interfieras en cosas que no te conciernen, hijo- dijo sin mirar al joven. Sus ojos no se habían apartado del rostro de Amy desde que había entrado en el restaurante.

-Mire, no creo que quiera hablar con usted...

Blade lo dejó sin habla con sólo dirigir toda la fuerza de aquella maligna mirada a su pálido rostro, y Amy sintió admiración por el chico por no poner pies en polvorosa.

-Vete a sentarte donde estabas. O te sentaré yo.

-¡Déjalo!- exclamó Amy, levantándose de golpe. Vio la mirada de terror en el rostro del joven y, súbitamente, la calma inmóvil que la invadía se transformó en furia-. No lo intimides.

-¿Que no lo intimide?

El colosal cuerpo de Blade se puso rígido. Amy se volvió al joven.

-No pasa nada, de verdad. Por favor, váyase y coma.

-¿Está segura?- preguntó. El alivio combatía con el orgullo

masculino, pero el alivio venció y se escabulló.

-¿Qué quieres, Blade?

Amy tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Sobrepasaba el metro ochenta de estatura y Amy, a su lado, parecía pequeña pese a su metro sesenta. Pero, con las alpargatas que llevaba puestas para trabajar, daba la impresión de que era todavía más alto.

-Sabes exactamente lo que quiero, así que no intentes hacerte la tonta. ¿Vas a salir de aquí conmigo voluntariamente o tengo que sacarte yo?

-No puedo irme sin más, trabajo aquí...

-Claro que puedes, Amy. Y eso es exactamente lo que vas a hacer.

-No voy a volver, Blade...

-¿Quién te lo ha pedido?- inquirió con aspecto lúgubre-. ¿No creerás que quiero que vuelvas después de lo que has hecho? Sería el hombre más tonto del mundo- le dijo. Algo se agitó en sus ojos mientras hablaba, y su voz se volvió más áspera-. Pero quiero que hablemos y quiero saber dónde está, ¿me entiendes? Vais a aprender una lección que nunca olvidaréis.

-¿Dónde está? -repitió Amy vagamente-. ¿Quién?

-Te lo advertí, Amy, no juegues conmigo -dijo agarrándola del brazo con la presión de un tomo. Amy volvió a oír como la pareja se movía-. Ya he aguantado bastante.

Su rostro sombrío estaba mareado con la implacable determinación que le había llevado, de ser el segundo hijo de un ingeniero de minas estadounidense, a convertirse en millonario a la edad de treinta y cinco, cuando lo conoció por primera vez hacía un año. Tendría que hablar con él y, cuanto antes lo hiciera, mejor.

-Le preguntaré a Arthur si puedo irme un rato... Es mi jefe, está ahí dentro- dijo señalando vagamente la puerta de la cocina.

-Hazlo- le ordenó soltándole el brazo-. Te daré exactamente sesenta segundos.

Cincuenta y nueve segundos más tarde, al salir con Blade del cálido restaurante a la antigua y sinuosa calle del pueblo, inspiró profundamente el aire puro del condado de York antes de seguirle hasta el coche.

-¿No podríamos andar simplemente?- preguntó con voz nerviosa cuando llegaron junto al coche deportivo aerodinámico que estaba agazapado en la calle gris-. Preferiría...

-Tus preferencias no me interesan- dijo Blade fríamente mientras le abría la puerta-. Harás lo que se te dice.

Nunca había usado ese tono con ella y, de repente, se rebeló contra su arrogante autoridad.

-No puedes darme órdenes así, Blade- le dijo tratando de mantener la voz firme y serena-. He presentado una petición de divorcio, como sabes; no tienes derecho...

-¡Malditos sean mis derechos! -exclamó con una voz de rabia virulenta-. Nunca he dejado que «mis derechos», interfieran en lo que quiero. Afortunadamente, no te quiero a ti, Amy. El único sentimiento que me inspiras es asco y desprecio. ¿Lo entiendes?

Ella se lo había buscado y no podía culparlo.

-Entonces por qué... -empezó a decir, pero su voz se cascó y tragó saliva antes de volverlo a intentar-. ¿Por qué me has buscado?

-Porque, lo quieras o no, sigues siendo mi mujer y no voy a permitir que me dejes sin darme ninguna explicación, maldita sea. También está el pequeño asunto del justo castigo- le dijo mirándola con sus severos ojos negros-. Así que entra en el coche, Amy, y mantén esa hermosa y mentirosa boca cerrada.

Una vez dentro del coche, atravesó el pueblo rápidamente, dejando atrás la plaza empedrada del mercado, con su cruce y su iglesia del siglo trece, y su por la empinada colina situada enfrente. Blade no volvió a hablar, concentrado como estaba en la estrecha y sinuosa carretera bordeada por viejos muros de piedra. Amy se arriesgó a mirar su perfil severo y atractivo. Se le encogió el estómago al percibir su tez marcadamente morena, su nariz recta y la abundante de pelo castaño brillante. Cuánto lo amaba, nunca dejaría de hacerlo...

-Bien, ahora sabremos toda la verdad.

Se desvió de la carretera hasta una pequeña verja que daba a unos campos cercados por muros de piedra y salpicados de granjas, y a unas colinas onduladas que parecían prolongarse hasta el infinito

-Y te lo advierto- dijo volviéndose en su asienta. Le tomó la barbilla en la mano, girando su cabeza para que viese su severa mirada-. Si me mientes lo sabré y te haré que lamentes haber nacido. Quiero la verdad, por desagradable que sea. ¿Entendido?

Sí, lo había entendido perfectamente. Pero la verdad era lo único que no podría decirle nunca. No podría soportar verse reflejar en aquel rostro amado la pena, la desesperación que sentiría por ella y por no poder arreglar algo que estaba completamente fuera de control.

-Si te ayuda a empezar, sé lo de John Davies -le dijo con voz fría e inexpresiva, y se volvió a mirar por la ventana el mundo iluminado por el sol-. EL detective privado que contraté para que te encontrara también averiguó lo de tu «amigo». Desgraciadamente, no estaba cuando fui a verlo.

-¿Fuiste a casa de John? -preguntó débilmente-. Pero, ¿por qué...?

-¡No me vengas con ésas, Amy! ¿Cuándo empezó todo?

Le oyó rechinar los dientes de rabia y se esforzó en engranar sus pensamientos. ¿Pensaba que lo había abandonado por John? ¿El dulce y sencillo John, que había sido su amigo durante años?

-Recuerdo su nombre en la lista de invitados a la boda, pero no vino. Ahora entiendo por qué.

-No vino porque ha estado en España durante los últimos tres años -dijo Amy con voz tensa-. Está...

-Muerto cuando le ponga las manos encima -concluyó Blade ferozmente.

-John no tiene nada que ver con esto -dijo Amy-. Me envió una postal hace unos meses con su nueva dirección y, cuando me fui, era el único lugar al que se me ocurrió ir. Ni siquiera pasé una noche con él. Me puso en contacto con una señora del pueblo que aloja a huéspedes ocasionales...

-La señora Cox- declaró Blade con dureza-. Sí, ya lo sé. También sé que lo ves con bastante regularidad, así que haznos un favor a los dos y corta el rollo, Amy.

¿Tal vez debía dejarle pensar que lo había abandonado por John? En la nota que le había dejado sólo decía que su matrimonio había sido un grave error y que, había decidido darlo por terminado; que no quería nada de él y que los trámites de divorcio empezarían inmediatamente. Si pensase que lo había dejado por un amante, aquel golpe a su ego masculino seria indecible y definitivo. Y aquello debía ser definitivo.

-Mi relación con John no tiene nada que ver contigo -dijo suavemente-. Yo no...

-¡Claro que tiene que ver, maldita sea! -dijo apretando los dientes-. Me diste gato por liebre, cariño, y nadie, nadie hace eso. Cuando le ponga las manos en...

Se calló, pero la mirada de su rostro sombrío era letal.

–Esto es ridículo -dijo Amy con tanta calma como podía reunir con el corazón desbocado-. Hacerle daño a John no servirá de nada, nunca volveré...

-Nunca tendrás oportunidad de hacerlo- le interrumpió brutalmente-. Eres mercancía sucia y yo sólo tengo lo mejor -continuó. Amy sabía que estaba descargándose a causa de su propia herida, pero oírle hablar así era una agonía, después de todo lo que habían compartido...-. Cuando haya terminado con él no lo deseará ninguna otra mujer, te lo puedo prometer.

-Blade...- empezó a decir, pero se interrumpió bruscamente. ¿Qué podía decir? El hoyo se hacía cada vez más y más profundo, pero no podía dejar que a John le tocase la peor parte cuando todo lo que

había hecho era ofrecerle consuelo y refugio-. John es un amigo, nada más.

-Claro -replicó Blade. Abrió la puerta del coche y se puso en pie sobre la recia y vigorosa hierba-. Necesito algo de aire fresco, aquí dentro apesta.

-Lo digo en serio, Blade- dijo saliendo como una flecha del coche y hablando con desesperación-. Por favor, escúchame.

-¿Escucharte? -inquirió, girándose con tanta furia que Amy se echó para atrás, apoyándose en el capó del coche-. Cielo, eres basura, ni más ni menos. Crees que tu amiguito tiene posibilidades de recibir una buena paliza, ¿verdad? ¡Qué razón tienes! Y no ha pasado un día durante estos tres meses en el que no haya deseado que tú fueses también un hombre para poder castigarte de la misma manera. Pero... -añadió inspeccionándola con una sonrisa amarga-, hay más de una manera de desollar a una rata.

-Blade...- dijo ahogándose casi por el terror-. ¿No puedes limitarte a concederme el divorcio y dejar las cosas como están?

-Tendrás tu divorcio.

Un par de grajos descendieron en picado desde una enorme encina junto a la carretera, y su graznido áspero y estridente estuvo a tono con el momento.

-¿Por qué, Amy?- preguntó mientras se giraba para mirarla de frente. En su rostro apenas se vislumbraba el Blade que sólo ella había conocido, vulnerable, accesible, con una capacidad ilimitada para la ternura-. ¿Qué fue mal? Creí que todo era tan...- prosiguió, pero se interrumpió para volverse a mirar de nuevo las colinas-. Pero no te conocía, ¿verdad? Todo era fingido, absolutamente todo.

«Amor mío.» Al mirar su nuca dorada por el sol, Amy sabía que el futuro, con su promesa de una pesadilla viviente, no era nada comparado con la aguda agonía que estaba dominando su alma por completó. Existida a partir de aquel día, pero no estaría viva realmente. Sin embargo, lo amaba demasiado como para arrastrarlo al infierno con ella. La olvidaría con el tiempo y habría innumerables mujeres más que dispuestas a ayudarlo. Aquel dolor era demasiado intenso para las lágrimas, y se volvió ciegamente para mirar a lo lejos, a una minúscula granja de la que salía un penacho de humo que ascendía lentamente hacia el cielo.

-Es una de esas cosas que pasan -dijo rígidamente-. La vida es así...

-¿Amy? No habrá algo que no me cuentas, ¿verdad?

No se había dado cuenta de que se había vuelto y la estaba mirando. Caminó rápidamente sus facciones para ponerse la máscara adecuada.

-¿Es que no bastan los hechos? -dijo con voz tensa-. Tendrás que adiarme por lo que sabes, no hay nada más.

-Realmente no podía haber nada más, ¿a que no? -dijo con mordaz cinismo-. Sólo que por un momento...

Dejó de hablar bruscamente y le señaló el coche con un ademán violento.

-Entra, ya he tenido bastante.

No hablaron durante el viaje de vuelta; y al detenerse junto al pequeño restaurante de Arthur, se inclinó por delante de ella y le abrió fácilmente la puerta.

-Buenas noches, Amy -dijo con tono inexpresivo.

-Buenas noches.

Tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para alejarse. Abrió la puerta del restaurante sin mirar en tomo a ella y oyó cómo el coche arrancaba con un furioso estruendo. Apenas había atravesado la puerta de la cocina, cuando se desplomó a los pies de Arthur Kelly.

-¿Amy? -preguntó levantándola y llevándola al único taburete que había junto a la puerta de atrás, con el rostro arrugado tenso de preocupación-. ¿Qué demonios pasa, chica?

Le acariciaba las manos mientras hablaba, claramente desconcertado.

-Arthur, ¿puedo irme a casa?- preguntó. Pero no pudo hablar durante varios segundos y cuando lo hizo, su voz era un débil susurro-. Me siento fatal.

-Eso parece -replicó. Se asomó a mirar a los clientes por el panel de cristal de la puerta de la cocina-. No te puedo llevar ahora mismo; llamaré a un taxi, ¿de acuerdo?

-No, por favor, no lo hagas -le contestó. El servicio de taxi más cercano estaba en una pequeña población a varios kilómetros de distancia, y necesitaba estar sola en seguida-. Llegaré a casa en diez minutos, prefiero andar.

-Está bien, chica, como quieras – accedió frunciendo el ceño con preocupación-. Pero llámame cuando estés en casa, ¿eh? Sólo para hacer feliz a un viejo.

-Lo haré. Y te veré mañana, como siempre.

Horas más tarde, tras una cena guisada por la estimable señora Cox de la que no había podido probar bocado, Amy estaba sentada en su habitación en la oscuridad de la noche, encarando las consecuencias de su encuentro con Blade. Inconscientemente, había esperado que, cuando lo volviera a ver, se operaría el milagro y las cosas se

arreglarían. Era ridículo, como si un adulto persistiese en creer en papá Noel cuando la magia se había extinguido hacía años.

En total, había pasado nueve meses con él, tres como su esposa, y había sido el cielo en la tierra. Habla estado aterrada aquel primer día cuando, siendo una empleada relativamente nueva en la gran compañía de abastecimiento de comidas para la que trabajaba, la habían llamado para coordinar con la secretaria del gran hombre una cena formal que Blade iba a celebrar aquel fin de semana. Se había aventurada al interior del monumental bloque de oficinas con las advertencias y consejos de sus compañeros pitándole en los oídos.

«Cuesta mucho complacerlo, así que asegúrate de apuntar hasta el último detalle.» «Nunca tolera los fallos, repasa los puntos con su secretaria por lo menos, un par de veces para asegurarte de que los ha apuntado bien...» La lista había sido interminable y la había reducido a un manojo de nervios ante la puerta de la oficina de su secretaria, que era más lujosa que su propio y pequeño apartamento.

Llamó, pero la habitación estaba vacía. Mientras permanecía de pie en medio de la moqueta, que le llegaba hasta los tobillos, la cerradura de su maletín se rompió y los papeles de la compañía se desparramaron por el suelo. Estaba a gatas recogiéndolos frenéticamente cuando oyó una voz masculina y serena en la entrada, y se quedó paralizada.

-¿La señorita Myatt? ¿De Abastecimiento a empresas?- inquirió. Amy levantó la mirada de condenada a muerte a la figura lacónica y seria que se inclinaba y la escrutaba tranquilamente-. Mi secretaria se encuentra indispuesta hoy, señorita Myatt; siento que tenga que hablar conmigo.

¿Lo sentía? Lo siguió sin fuerzas hasta su suntuosa oficina y dejó el maletín en el suelo, lo que hizo que se volviera a abrir y que los documentos se desperdigaran, repitiéndose el fracaso.

-Señorita Myatt, hoy no es su día...

Salió de detrás de su escritorio para ayudarla, mirándola con ojos oscuros y burlones al ver su desconsuelo.

Tiempo después le diría que se había enamorado de ella en aquel preciso instante. «Fulminantemente», había dicho recorriendo con la mirada el suave y puro perfil de su rostro coronado por su masa de pelo rubio intenso.

Amy tenía veintiún años y era irremediablemente ingenua; Blade tenía treinta y cinco y era todo menos ingenuo.

Era un hombre de éxito, rabiosamente atractivo, con una conocida retahíla de aventuras a sus espaldas. Sin embargo, cuando le dijo que no se había enamorado antes, lo creyó. Se habían reído juntos, amado

juntos... y ya todo se había terminado. Habían pasado la luna de miel buceando y haciendo parapente, y compartiendo cálidas noches de amor apasionado.

Pero, ¿cómo un hombre así, duro, dinámico, con un entusiasmo insaciable por la vida, podría con una mujer que estaría confinada en una silla de ruedas antes de los treinta, y en una cama de hospital cinco años después? ¿Incapaz de moverse, de respirar por sí misma?

Evocó la brutalidad desnuda del perfil médico sobre los efectos de la enfermedad que estaba latente en su cuerpo. Su mensaje de muerte viviente seguía siendo igual de difícil de aceptar. Le había parecido casi inhumano al leerlo por primera vez, pero ¿cuántas maneras había de dar noticias como aquélla? Su figura esbelta y pálida se retorció en las sombras de su habitación, bajo los rayos de luz de la luna que entraban par la ventana.

Había hecho bien dejando a Blade. Se quedó sin respiración en un sollozo de dolor; no había tenido elección.

Pero aquello no simplificaba las cosas, pensó casi con rabia mirando en tomo a la habitación en sombras.

Capítulo 2

-BUENOS días, Amy.

Se quedó paralizada junto a la puerta de la cocina mientras Blade se acercaba a ella después de cerrar suavemente la puerta del restaurante.

-¿Qué quieres? -le preguntó mirándolo con anhelo, aunque su razón repudiaba el estremecimiento que le había recorrido todo el cuerpo.

-Comer, si no es mucho pedir. Creía que esto era un restaurante abierto al público- replicó con un sarcasmo mordaz. Amy enrojeció mientras le hacía tomar asiento en una mesa. Su porte era lento y relajado.

-¿Por qué has venido? – le preguntó en un susurro, de pie junto a él.

-He venido a comer- le dijo lentamente, con una paciencia exagerada-. ¿Recuerdas que hago las mismas cosas que un hombre normal?

Afortunadamente, John estaría fuera durante otras veinticuatro horas. Tenía que librarse de Blade antes de que volviese.

-Sabes exactamente a lo que me refiero- le espetó-. Ayer dijimos todo lo que podía decirse...

-En absoluto -dijo con aspereza-. Y, por favor, deja de hacerte la ingenua porque los dos sabemos que no lo eres. Todavía tenemos que arreglar algunas cosas.

-Ya veo -dijo mirándolo enfadada-. Es la actitud del hombre fortachón, ¿verdad? Saliéndote con la tuya por la fuerza...

-Apenas hace veinticuatro horas fuiste tú quien me acusó de intimidar a la gente en este mismo lugar -le interrumpió fríamente, dejando caer sus palabras como pequeños trozos de hielo en el ambiente caldeado-. Yo que tú, dejaría de insultarme, cariño. No la voy a tolerar más. Ahora, ve a por la carta y haz el trabajo por el que, imagino, te paga el dueño.

Su arrogancia la dejó sin habla y, al girarse furiosamente haciendo balancear su alta cola de caballo en todas direcciones, le oyó reír en voz baja. Se le heló la sangre. No era un sonido alegre, sino cruel. Pero había dicho que la despreciaba, entonces, ¿por qué había vuelto aquella mañana? ¿Para atormentarla? Lo miró directamente a la cara mientras colocaba en su mesa la carta escrita a mano, y los ojos negros le devolvieran la mirada con una expresión insondable. Sí, debía de ser por eso.

-Gracias.

Mientras estudiaba la carta permaneció de pie a su lado, dirigiendo la mirada a aquella cabeza inclinada con una emoción indecible que le hacía estremecerse de miedo cada vez con más frecuencia. Su cabello castaño rojizo brilló espléndidamente con vitalidad viril a la luz del sol de mayo, contrastando con sus ojos negros de gruesas pestañas casi femeninas. ¡Cuántas veces había acariciado aquella masa de pelo recio tras una noche de pasión! Había sido un amante magnífico. Sensual, erótico y con una sensibilidad tierna hacia sus sentimientos que había ido fortaleciendo el vínculo entre ellos noche tras noche. No era de extrañar que no entendiese por qué se había marchado. Si al menos no se hubiese dejado llevar por el impulso de visitar a Sandra aquel día...

-Tomaré la sopa y después una tortilla -dijo Blade. Amy pegó un brinco al oírle hablar y un ceño sombrío arrugó su frente-. ¿Soñando despierta? No te preguntaré quién estaba en tus pensamientos, pero, ¿podrías concentrarte en tu trabajo por ahora?

-No hace falta que seas tan desagradable- le dijo con voz tensa mientras le tomaba nota en la pequeña libreta que llevaba sujeta al cinturón.

-¿Esto te parece desagradable?- inquirió con un tono de sorpresa burlona-. No has visto m la mitad, nena; pero lo harás, ya lo creo que lo harás.

Mientras se dirigía a la cocina, una sensación de cansancio increíble hizo que le temblaran las manos.

¿Merecía la pena? Tal vez sería mejor decírselo. Pero recordó el rostro arrugado y cansado de Sandra, los rasgos hundidos y el cuerpo joven y rígido contorsionado como una caricatura de una mujer vieja.

¿Podría soportar que la viese empeorar lentamente y...?

«Deja de gimotear", se dijo a sí misma con furia mientras la campana anunciaba la llegada de nuevos clientes.

Viviría día a día y hora a hora. Hacía ya semanas que sabía que aquella sería la única manera de soportar los meses y los años venideros.

Le llevó a Blade su cuenco de sopa antes de volverse a la familia que se había sentado en una esquina al otro lado de la sala. Durante el tiempo que estuvo hablando con los dos niños y tomó nota a los padres, era consciente de que Blade tenía la mirada puesta m su nuca; aunque cuando se volvió y se encaminó a la cocina, estaba comiendo tranquilamente un panecillo y contemplando el paisaje por la ventana

-¿A qué hora sales de trabajar? -le preguntó con tono brusco y rostro inexpresivo cuando le sirvió la tortilla española recién hecha y una patata asada con guarnición de ensalada-. Necesitamos atar unos cuantos cabos sueltos para que las formalidades prosigan con fluidez.

Eso es lo que quieres, ¿no? Librarte de mí lo antes posible.

Amy bajó los ojos rápidamente con tristeza. Si él supiera...Nunca lo había deseado o amado tanto como en aquellos momentos cuando se sentía sola y desolada ante el futuro.

-Acabo a las once -dijo suavemente-. Pero puedo verte mañana por la mañana, si quieres.

-Estaré esperándote fuera a las once.

Su tono no permitía discusión alguna y ella asintió, todavía sin mirarlo, antes de ir a refugiarse en la cocina humeante y en la franca normalidad de Arthur.

Durante el resto de la tarde y noche, trabajó como una autómata mientras sus pensamientos estaban en otra parte.

Cuando se casó con Blade Forbes, jamás pensó que no sería para siempre. Sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando tenia cuatro años y a su hermana Sandra y a ella las habían enviado a hogares de parientes lejanos distintos; Sandra a las regiones remotas de Escocia y ella al corazón de Londres. No estaban muy compenetradas, pues la diferencia de ocho años parecía insuperable debido a los celos que Sandra sentía por su hermosa hermana pequeña. Sin embargo, Amy recordaba haber llorado tanto por su hermana mayor como por sus padres en otro tiempo.

Hasta que no cumplió los dieciséis no supo que Sandra había rechazado voluntariamente estar en contacto con ella durante los años transcurridos, y tras una chocante visita a casa de su hermana, ya casada, en la que le había dado, literalmente, con la puerta en las narices, se propuso desterrar a Sandra de su vida. Pero... no había sido tan fácil. Sandra era su único familiar cercano; por sus venas corría la misma sangre y ella había querido, necesitado de su amor.

« ¡Qué débil y tonta fui!», pensó Amy solemnemente mientras servía con una sonrisa un bistec y un pastel de carne caseros a una menuda pareja de japoneses cargados con tres cámaras de fotos. ¡Y cómo había pagado ese sentimiento de debilidad que le iba pisando los talones! ¿No era una hermana que apenas había visto en su vida, después de todo?

Los tíos un tanto ancianos con los que había crecido le habían hecho sentir ansiosa e insegura. Se dio cuenta tiempo después, tras largas y profundas conversaciones con Blade en las que había destapado todas sus dudas y temores. Le habían enseñado que era indigna y desobediente, que su belleza era de algún modo vergonzosa y, aunque algo en su interior se había rebelado siempre contra aquella severa lógica, parte del veneno había hecho efecto.

Pero Blade había sacado a la luz todas las llagas, y las había

limpiado con el líquido purificador de la razón. Y, gracias a aquello, se había sentido lo suficientemente fuerte como para intentar de ver a Sandra otra vez. Y lo que había visto y oído la había a aterrorizado.

«Ya basta, Amy», se dijo al tiempo que miraba por la ventana, a la oscuridad de la noche. «Una hora más y necesitarás todo tu ingenio para hablar con Blade. Algunas tazas de café negro cargado y... ¡basta de lamentaciones!»

Cuando salió del cálido y acogedor restaurante pensó por un momento que Blade no había ido, y se le encogió el estómago, aunque no estaba segura si con alivio o decepción. Entonces, oyó que la llamaba y lo vio surgir de las sombras del otro lado de la calle.

-¿Dónde tienes el coche? -preguntó débilmente mientras se acercaba a él. Iba vestido con unos vaqueros y una chaqueta de cuero negra, y Amy se derritió al verlo.

-A salvo -dijo con tono mordaz y cruel-. Pensé que podíamos recorrer a pie el corto trayecto hasta tu pensión.

-¿Sabes dónde vivo?- preguntó alarmada.

-Por supuesto -respondió mirándola, esbelta y desamparada ante su corpulencia masculina-. El detective privado que contraté es minucioso y discreto al mismo tiempo.

-¡Cómo no! -exclamó sin alegría. Blade sólo toleraba lo mejor.

-Ven.

La tomó del brazo con fuerza para llevarla hacia la pequeña casa de huéspedes de la señora Cox. Aunque el contacto fue breve, el calor de sus dedos pareció quemarle el brazo. Se echó hacia atrás antes de poder contenerse y se maldijo al ver cómo Blade se ponía rígido. Sólo conseguiría enfadarlo. Y lo hizo.

-No tengo una enfermedad mortal al tacto -dijo con voz cortante-. Otro gesto como ése y no me hago responsable de mis actos, ¿entendido?

-No pretendía...

-Sé lo que pretendías -replicó con voz inflexible-. Y me consta que no soy la persona con la que desearías estar, pero como ahora estoy yo y no él, te sugiero que te comportes consecuentemente.

Recorrieron el tramo de la calle en silencio y Amy empezó a sentirse débil, en parte por lo que presentía y en parte porque no había podido comer nada en todo el día. Entraban en el camino que conducía hasta la pequeña hilera de chalés en la que estaba su pensión, cuando Blade se paró y dijo:

-Ahora.

Cuando la giró, Amy ignoraba por completo sus intenciones. La estrechó entre sus brazos inmovilizando los suyos y tomó sus labios brutalmente dándole un beso de castigo que hacía ver su furia con más elocuencia que sus palabras.

Amy trató de mover la cabeza para separar su boca de la suya, pero su fuerza era implacable y se sentía igual de atrapada que un ratoncito entre las ganas de un enorme gato negro. Le invadió el olor familiar de su cuerpo y se vio reaccionando como en el pasado, con el ansia de estar en contacto con el hombre que amaba más que a su vida. Blade percibió su rendición en seguida y sus labios se suavizaron mínimamente al tiempo que sus manos recorrieron sus senos turgentes y la acariciaron todo el cuerpo. Después, retrocedió con fuerza, casi apartándola de él. Aquel abrazo no había podido durar más de un par de minutos, pero mientras Amy permanecía de pie balanceándose en la oscuridad y con ojos suplicantes fijos en él, se sintió como si hubiesen hecho el amor durante horas.

-No me lo creo -dijo con tono de desprecio, sorna y otro sentimiento que no reconoció y que rayaba en dolor-. ¿Puedes besarme así después de todo lo que has hecho? ¿Qué clase de persona eres, Amy?

Sus ojos brillaban en el único haz de luna que se filtraba por entre las ramas de Ias gigantescas encinas que bordeaban el camino. Estaba amargamente furioso, como nunca lo había visto.

-Ni siquiera la zorra más sucia hubiese...

Estaba hablando cuando Amy se desmayó a sus pies en la quietud de la noche y su cabello se abrió como un halo dorado en tomo a su pálido rostro. Volvió en sí lentamente entre un millar de imágenes de pesadilla, y se percató de que Blade la sostenía junto a su pecho, de rodillas sobre la espesa hierba al borde del camino.

-¿Blade...?

-No te muevas. Te has desmayado.

-Nunca me había pasado antes -dijo sintiendo los labios rígidos.

-No -replicó. Pareció ir a decir algo, pero las palabras se apagaron mientras la observaba con ojos vacíos de toda emoción-. ¿Tienes que contarme algo, Amy?

-No entiendo -dijo tratando de liberarse, pero tenía los brazos rígidos.

Blade maldijo en voz baja, pero con energía antes de levantarla en sus brazos y ponerse de pie.

-Pongámoslo así -dijo ferozmente mientras se disponía a andar por el camino en dirección a las luces lejanas-. No es raro que, en determinadas circunstancias, una mujer pierda el conocimiento a los

tres meses de embarazo aproximadamente.

-¿Piensas que yo...? -exclamó retorciéndose con tanta violencia que estuvo a punto de caerse.

-No sería la primen vez que una mujer abandona a su marido por otro hombre y en el primer arrebato de pasión desenfrenada se lleva algo más de lo que había en el trato.

-Bájame, Blade.

Su voz era débil, más por la sensación embriagadora de estar en sus brazos que por lo que implicaban sus palabras. La tentación de estrecharlo y besar su rostro y su garganta empezaba a ser demasiado fuerte como para resistirla, y ya se imaginaba cuál sería su reacción. La había besado para castigarla y darle una lección de obediencia; no había esperado que le gustase ni que lo tolerase, y probablemente aquello lo había contrariado enormemente.

-¿Puedes andar? -preguntó al tiempo que la posaba de nuevo en tierra firme, dando un paso atrás rápidamente, como si le repeliese el contacto con ella.

La aborrecía, pensó Amy dolorosamente.

-No estoy esperando un niño, Blade. Es completamente imposible.

-Ya veo. Sabes, me admira tu desvergüenza -dijo sacudiendo la cabeza-. ¿Qué fue de la chica inocente y risueña con la que me casé, Amy?

-Está muerta.

Las palabras brotaron de sus labios antes de que tuviese tiempo de reflexionar, y algo en su tono de voz hizo que Blade agudizase la atención, porque sus ojos la escrutaron pensativamente.

-¿Y qué me hace pensar que el torrente de amor verdadero no está fluyendo con la suavidad que hubieras querido? -le preguntó fríamente, con crudo cinismo-. ¿Es que tu amiguito prefirió tenerte como un bocado extra de vez en cuando más que abrirte las puertas de su casa?

Amy lo miró, pero no respondió. El pequeño chalé adosado de la señora Cox estaba cada vez más cerca.

-¿O tal vez volver a ser una trabajadora en este malvado mundo no resulta nada atractivo?

-¿Es que no puedes dejar las cosas como están?- le preguntó con voz tensa-. Acepta que...

-Supongo que por «cosas» te refieres a ti... -dijo sonriendo fríamente-. Te gustaría poder concluir mi capítulo en tu vida, ¿verdad? Pero sigues siendo mi mujer, Amy... mi mujer.

El énfasis y la entonación de sus palabras eran exactamente las mismas que en el sueño. Un lento escalofrío le recorrió la espalda

mientras lo miraba con temor desnudo en los ojos.

-¿Te asusto?

Habían llegado al chalé y se había recostado contra el poste de la verja del jardín al tiempo que la abría por completo, con porte perezoso y lacónico, y expresión cruel.

-Sería prudente que me tuvieses miedo. Muchas personas me han temido por mucho menos de lo que tú has hecho.

-No me das miedo- mintió con valentía al tiempo que levantaba levemente la barbilla-. Y no me gustan las amenazas.

-Entonces, tómalo como un aviso -dijo lentamente mientras la miraba a los ojos, de un azul oscuro y aterciopelado en la oscuridad-, que puedes transmitir a personas interesadas. Tengo entendido que John regresa mañana.

Se volvió y se alejó andando por el camino antes de que pudiese reaccionar. Por un momento, Amy sintió una inmensa gratitud porque no había visto el alivio reflejado en su rostro. De modo que seguía pensando que aquello tenía algo que ver con el pobre John. Si podía aguantar los próximos días sin traicionarse a sí misma, Blade tendría que marcharse porque su imperio lo necesitaría. Además, aquel lugar lo volvería loco. Los pantanos crecidos, los hondos valles de bosques, las colinas onduladas con sus arroyos y cascadas transparentes, que representaban paz y refugio para ella, serían un enigma para el hombre con quien se había casado. Lo que él conocía era el ritmo de vida frenético y las personas escépticas y cínicas con las que trataba cada día. Pronto se cansaría de aquel lugar remoto del candado de York y de sus imperturbables y honrados habitantes, y entonces...

-Y otra cosa, Amy -oyó decir a Blade de repente, sobresaltándose al verlo aparecer a su lado con ojos brillantes-. No tengo prisa por volver a Londres, este lugar es muy hermoso. Estos tres últimos meses han sido un tanto... problemáticos. No me vendrían mal unas relajantes vacaciones por aquí. ¿Qué te parece?

-Me parece que eres un mentiroso redomado -dijo Amy, furiosa-. Desde que te conozco nunca has tenido «unas relajantes vacaciones» de ningún tipo. Acabarían contigo...

-Pero allí está el quid de la cuestión, cariño- le interrumpió sin rastro de ironía en su voz grave y fría-. No me conoces en absoluto. Un vertiginoso noviazgo y en unos meses eras una tímida recién casada. Si supieses qué es lo que me mueve a actuar, nunca habrías tenido la temeridad de irte con otro hombre. Y no te confundas pensando que me quedo porque me importas lo más mínimo -añadió con tono hiriente-. Pero eres de mi propiedad y nadie me roba lo que es mío.

-¿De tu propiedad?- inquirió Amy con una rabia fulgurante que arrastró todas las tinieblas de su cabeza-. ¿Cómo te atreves a decir eso?

Levantó la mano para pegarle, pero Blade se movió rápidamente, asiendo su mano levantada al tiempo que la empujaba hacia atrás y se reunía con ella en el pequeño jardín tras abrir la verja con las piernas.

-¿No te gusta mi terminología?- le preguntó con sarcasmo-. Entonces, ¿cómo te describirías?

-Soy tu mujer, no tu propiedad -respondió mientras forcejeaba contra su recio cuerpo.

-¡Ah, por fin te has acordado! Necesitas aprender una lección, jovencita.

Mientras sus labios descendían sobre ella por segunda vez aquella noche, empezó a luchar de verdad, retorciéndose y golpeándole con manos y pies, apartando la cara a un lado y otro para esquivar su beso.

Blade le habla inmovilizado los brazos a ambos lados del cuerpo con la misma facilidad que si fuera una niña, empujándola hacia atrás, entre las sombras de un viejo arbusto de lilas que propagaba su intenso aroma al aire fresco de la noche.

Amy sabía que era una batalla perdida. Sus labios eran cálidos, firmes y sensuales sobre los suyos, e instintivamente comprendió que buscaba minar su resistencia con la persuasión y no por la fuerza. Ya no la quería. Se trataba de una cruel venganza, y la dejaría sin pensárselo dos veces en cuanto aquello terminase.

-Podría matarte par lo que has hecho... -dijo en un horripilante susurro contra la nívea columna de su cuello mientras gemía su nombre y volvía a devorar sus labios con un beso interminable.

Amy no tenía fuerzas para ocultar los estremecimientos que la recorrían, el roce, el sabor de su cuerpo eran deliciosos, y se sintió embriagada por el placer de sus caricias. Sabía que debía seguir luchando, que era una locura rodearle el cuello con los brazos y devolverle los besos con apasionado deseo, pero, para su sorpresa, eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Sin saber cómo, la delgada chaqueta que llevaba puesta había caído a sus pies, y las manos de Blade acariciaban su piel sedosa bajo la blusa abierta, moldeando con delicadeza pero firmemente la suave redondez de sus senos. Protestó un instante cuando su cabeza descendió para tomar posesión de lo que sus manos habían encontrado, y después, se perdió completamente en las sensaciones que suscitaban sus labios. Lo amaba tanto, pero no, no podía...

-¿Amy?

La voz de la señora Cox cortó la escena como si de un afilado espadín se tratase.

-¿Eres tú, Amy? He oído un ruido...

Estaban ocultos tras el abundante follaje del jardín, pero Blade se puso rígido y, cuando sus manos y sus labios se paralizaron, Amy sintió que un diluvio de agua helada corría por sus venas. Vio lo desaliñada que estaba.

¡En qué habría estado pensando! Y con voz suave, agradable y el tono justo de sentirse avergonzada para despertar los instintos maternales de una anciana, contestó:

-Soy yo, Amy, señora... Cox.

Blade salió de las sombras y se acercó hasta el haz de luz que salía de la puerta delantera, que estaba abierta.

-He acompañado a Amy a casa, señora Cox. Sólo estábamos dándonos las buenas noches.

-¿Es eso cierto? -dijo la señora Cox con la voz tensa por la sorpresa-. Entonces, ¿dónde está?

-Aquí, señora Cox.

Amy salió de las sombras con la ropa bien puesta mientras simulaba que se estaba colocando el pelo en su sitio.

-¿Lo conoces?

La bajita y rolliza mujer hizo un ademán en dirección a la enorme figura masculina de Blade, que le sacaba más de treinta centímetros. Parecía una gallina pequeña y regordeta dispuesta a encararse con un intruso que hubiese asustado a uno de sus polluelos.

-Es un viejo amigo, señora Cox -dijo Amy con las mejillas tan encendidas que le dolían, pero tuvo el cuidado de mantenerse apartada de la luz-. Ha venido a verme desde Landres.

-No, eso no es del todo cierto, señora Cox -dijo Blade con voz extremadamente agradable y cálida, y una expresión de candor tan inocente que a Amy le dieron ganas de golpearle con violencia-. En realidad, soy el marido de Amy, aunque nos separamos hace tres meses- añadió con el suficiente tono de lástima como para hacer evidente quién había dejado a quién.

-Ya entiendo. Bueno, eso no es asunto mío -dijo la señora Cox con voz rígida, pero incluso desde donde estaba, Amy pudo apreciar cómo el rostro de la pequeña mujer se había dulcificado y sus brillantes ojos redondos miraban a Blade más cálidamente. ¿Pero la señora Cox no iba a sucumbir ante una conducta tan simple...?

-Tal vez quiera entrar y tomar un té antes de marcharse -prosiguió suavemente-. Acabo de llenar la tetera.

-Es muy amable de su parte.

Blade siguió a la señora Cox hacia el interior de la casa, pero se volvió en el umbral para dejar que Amy entrase primero en el vestíbulo. Cuando ella lo miró, la expresión de su rostro era tan dura como el acero.

¿A qué venía todo aquello?, pensó con desesperación. Nunca había tomado té por propio gusto, prefería el café solo cargado. Mientras permanecía sentada junto al fuego de carbón abundantemente cubierto y escuchaba cómo Blade se metía en el bolsillo a la señora Cox, la verdad de lo que estaba tramando apareció ante sus ojos como un destello cegador. Aquél era su escondite, su refugio, y quería destruirlo. Había hablado de castigo, ¿no era así? Iba a dejar que la señora Cox y todos los que la habían ayudado en el pueblo supiesen que lo había abandonado por otro hombre pocos meses después de casarse. Aquélla era una pequeña comunidad de gran moralidad, con unas normas y códigos que se seguían tan estrictamente entonces como a principios de siglo. Continuarían tratándola con educación, pero Blade la habría catalogado de «esa» clase de mujeres, la misma que su predecesora en el restaurante, y tal vez en un día o dos, consumada la venganza, se marcharía.

Observó sus manos, que descansaban sobre los brazos del viejo sillón de cuero. El reloj de oro macizo en la muñeca bronceada, la sortija con un grueso diamante encastrado en una esquina que ella le había dado el día de su boda, todos los adornos de fabulosa riqueza que la habían rodeado desde que se conocieron por primera vez. Pero toda aquella opulencia no había servido de protección contra la implacable mano del destino. Ésa fue una de las cosas que Sandra le había reprochado aquel día, recordó sintiendo un dolor en el pecho.

-Pensabas que lo tenías todo, ¿verdad? Un millonario, y además atractivo -había dicho Sandra con la voz temblando de rabia y amargura-, pero ahora no tienes nada, hermanita, nada en absoluto. Después de todo, estás tan desnuda y desamparada como todos nosotros. Tu belleza no significará nada cuando padezcas la enfermedad. Mírame, mírame a fondo. Esta eres tú en pocos años. Y él no será capaz de hacer nada, si es lo que estás pensando. Ni con todo el dinero del mundo. Lo sé porque lo he preguntado.

El rostro atormentado de Sandra la miraba trasluciendo frustración en todos los poros de su piel.

-Pensó que se llevaba una hermosa muñequita para presumir ante todos sus amigos de la alta sociedad y, en lugar de eso, vas a ser como una piedra de molino colgada a su cuello. ¿Puedes ver lo gracioso que es, Amy? ¿Puedes?

-Tu cuerpo no es lo único que está enfermo, Sandra -había

susurrado Amy, mientras devolvía la mirada de aquellos ojos enloquecidos. Si no hubiera sido porque su hermana estaba prisionera en su silla de ruedas, la habría abofeteado como un pequeño duende chiflado.

-¿Y tú qué sabes? -había gritado Sandra amargamente-. Siempre fuiste la preferida, tan bonita, tan perfecta. Has sido muy afortunada, haciendo siempre lo que se te antojaba, ¡no como yo!

-No es cierto -había replicado Amy, deteniéndose por un momento a la entrada de la habitación de Sandra, en la vieja casa adosada del corazón de Glasgow, en Escocia. En su mano sostenía con fuerza el escalofriante informe médico que Sandra le había entregado hacia unos minutos, cuando la habla observado con satisfacción diabólica mientras asimilaba lo que en él se auguraba-. Pasé una infancia desgraciada con tía Alicia y tío Julian. Sólo he sido verdaderamente feliz después de conocer a Blade.

-Bueno, perdóname si no derramo ninguna lágrima por ti -le dijo. Había algo realmente maligno en los ojos oscuros de Sandra-. Te odio, Amy. Siempre te he odiado, y moriré odiándote.

Fue entonces cuando se marchó, conmocionada y destrozada, todavía con la prueba irrecusable en sus blancas manos. Había sido un milagro volver a Londres sana y salva teniendo en cuenta cómo se sentía.

Caminó dando traspiés a un hermoso jardín de la ciudad y estuvo allí sentada durante horas mientras su mente gritaba tratando de aceptar lo que había leído. Moriría en unos pocos años.

Sacudió la cabeza ciegamente. Lentamente, muy lentamente, había remarcado Sandra. Día tras día, semana tras semana, sus fuerzas menguarían mientras su cuerpo renunciaría a luchar por seguir adelante. Había roto el informe en minúsculos pedazos, pero se dio cuenta de que cada palabra estaba grabada en su memoria.

La voz grave de Blade irrumpió en sus pensamientos y volvió al presente con una ligera sacudida en el cuerpo, sorprendida de verse en la pequeña sala con los muebles viejos y pesados, y el fuego encendido.

Sí, haría cualquier cosa para ocultarle la verdad, incluso si tenía que hacer que Blade se marchase de allí aborreciendo oír su nombre.

Capítulo 3

Amy casi esperaba que Blade repitiese la escena del día anterior, pero al ver que no aparecía a la hora del almuerzo, en vez de tranquilizarse se puso hecha un manojo de nervios. Cada vez que oía el tintineo de la vieja campana de la puerta o una ahogada voz masculina, salía disparada hacia la cocina o daba media vuelta en el restaurante, así que, cuando a las once se dispuso a marcharse, sentía como si le estuvieran dando martillazos en la cabeza.

Al salir a la tranquila calle del pueblo, el aire fresco y dulce, impregnado de aromas de los espacios abiertos y de los cielos altos y despejados, resultó un calmante maravilloso para su acalorado metabolismo. Permaneció de pie durante un momento en el estrecho peldaño de piedra y respiró profundamente con los ojos cerrados. Al volverlos a abrir, una figura grande y oscura emergió de las sombras y empezó a caminar hacia ella al tiempo que John la llamaba desde su alegre y pequeño coche Morris Minor, aparcado en la calle a unos metros de distancia.

-¿Amy? Estoy aquí.

Amy se sintió como atrapada en un juego, un juego macabro y retorcido. Blade se había quedado inmóvil a medio camino lanzando miradas a su rostro aterrorizado y al coche parcialmente oculto por la oscuridad.

Acto seguido, se acercó hasta el coche a la velocidad del rayo antes de que Amy pudiera reponerse lo bastante como para moverse.

-El escurridizo John Davies, imagino... -dijo con una voz tan fría como el acero-. Permítame que me presente. Soy Blade Forbes, el marido de Amy -prosiguió. Abrió la puerta del conductor con tanta fuerza que Amy no se habría sorprendido si se hubiera quedado con ella en la mano-. Creo que hay un pequeño asunto sobre el que debemos hablar, señor Davies, si no le importa bajar del coche.

-Déjalo en paz, Blade -exclamó Amy, que ya lo había alcanzado, y contemplaba asustada cómo John miraba con expresión de sorpresa el rostro de Blade, inmóvil por el odio y la rabia.

-¿Que lo deje en paz?- le reprochó suavemente-. Más tarde, mucho más tarde, mi dulce e infiel esposa. Bueno, señor Davies -dijo girándose para centrarse por completo en John-. ¿Va a salir de este coche voluntariamente o tengo que sacarlo por la fuerza?

-He de decir que ninguna opción me entusiasma- murmuró John irónicamente, mientras levantaba la mirada al cuerpo robusto de metro ochenta de Blade-, pero si insiste, tendrá que alcanzarme las muletas que están en el asiento trasero.

-¿Qué?

Por primera vez desde que lo conocía, Amy vio a Blade momentáneamente perplejo cuando desvió la vista del rostro redondo y con gafas de John al par de muletas de acero que estaban dispuestas horizontalmente en el asiento de atrás.

-Las muletas -repitió John pacientemente-. Desde que me caí en picado desde una montaña hace unos meses, me resultan imprescindibles, así que si es tan amable...

-No puedo creerlo -dijo Blade, moviendo la cabeza furiosamente en dirección a Amy-. ¿Este tipo va en serio?

-Lo que ha dicho es cierto -dijo Amy suavemente, mientras se tragaba el pánico-. John estaba viviendo en España, es escritor, y tomó parte en una expedición a pie a las montañas junto con unos amigos. Hubo un accidente...

-No quiero saber su vida -le interrumpió mordazmente-. ¿Puede andar?

-Sí, puedo andar -dijo John en tono áspero, algo inusual en él. Normalmente siempre era dulce y de trato agradable...

-Entonces, todavía quiero que salga del coche.

Mientras Blade abría la puerta trasera para pasarle las muletas a John, Amy sintió cómo su estómago se le encogía. ¿Qué pretendía? ¿No iría a atacar a John sabiendo que estaba herido? Miró en derredor, pero la calle oscura estaba completamente desierta.

-Bien -dijo John, después de maniobrar durante unos segundos para salir del coche, y Amy supo que se sentía mal por ello. Su tez pálida había enrojecido y su cuerpo de metro setenta estaba acalorado por la aversión cuando miró directamente a Blade-. ¿De qué se trata?

-¡El inglés éste! ¿De qué demonios crees que se trata? Una pequeña cuestión de adulterio, ¿o es que vas a negarlo? -explotó de rabia Blade, mientras observaba al hombre de menor altura apoyado sobre una muleta en cada brazo.

-¿Negarlo? -preguntó John con el rostro aún más enrojecido-. ¿Es que me acusas de acostarme con Amy?

-Exactamente -dijo Blade con rabia-. Y créeme, si no fuese por el hecho de que eres incapaz de defenderte...

-Ya entiendo por qué Amy creyó necesario abandonarte -dijo John con voz tensa-. Sólo me sorprende que tardase tres meses en darse cuenta de que había cometido un grave error. ¿Cómo te atreves...?

Sorprendentemente, mientras John se enfadaba cada vez más, Blade se iba sosegando y sus rasgos sarcásticos se volvían fríos.

-Creo que dadas las circunstancias, ésa es la postura que me corresponde. ¿Desde cuándo conoces a mi mujer?- preguntó,

enfatizando suavemente las dos últimas palabras con desprecio.

-Desde hace años -contestó John con irritación.

-¿Podrías ser un poco más preciso?

-Nos conocimos cuando Amy estaba haciendo los exámenes de ingreso a la universidad -dijo John de mal humor-. Algunos de sus compañeros tenían un apartamento junto al mío y por las noches cenábamos juntos. Amy se fue a vivir con ellos después de un tiempo, cuando le resultó imposible seguir en su casa.

Nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común -añadió con una malicia desacostumbrada en él. Amy lo miró horrorizada y cerró los ojos durante una fracción de segundo. ¿Qué le pasaba? ¿Es que deseaba morir, o algo así?

-¡Qué cauteloso! -exclamó Blade, dirigiendo su afilada mirada a Amy y después de nuevo al rostro desafiante de John-. ¿E imagino que vuestra relación floreció de la forma habitual?

-Eso depende de lo que usted considere normal -dijo John con voz tensa-. Yo...

-John vivía con su novia por aquella época- interpuso Amy desesperadamente-. Una chica muy agradable. Nos llevábamos muy bien...

Blade la silenció con una mirada furiosa antes de dirigirse a John otra vez.

-¿E imagino que aquella novia pasó a la historia?

-He vivido en España durante los últimos tres años y mi vida privada no te concierne- dijo John furiosamente, mientras se enderezaba y sacaba la barbilla con agresividad-. Aprecio a Amy mucho y me sentí muy honrado de que viniese a mí cuando te abandonó.

-¿De veras?

Amy pensó por un momento que iba a abalanzarse contra John, con las muletas y todo.

« ¿Por qué dices todo eso, John?», preguntó Amy en silencio. «Dile que no te parecía bien que me ocultara de esta forma, especialmente cuando no te pude dar una buena razón para abandonar a Blade. Dile que...»

-Sí, así fue -prosiguió John-. Y ahora comprendo un poco mejor por qué estaba tan disgustada y aterrorizada cuando vino a mí. ¿Se puede saber qué le hiciste?

Amy se anticipó a la reacción de Blade justo a tiempo, precipitándose entre ellos cuando Blade daba un paso adelante, con ojos de asesino. Debería haberle contado a John la verdadera razón de su marcha, pero no había querido que su lástima la debilitara ni que le

asaltase la autocompasión en unos momentos en los que necesitaba ser fuerte. Por eso, sólo había dicho que su matrimonio no funcionaba y John, siendo como era, no había investigado. Pero había sido un grave error, y lo comprendió al oírle hablar a sus espaldas.

-Puedo cuidar de mi mismo, Amy; quítate de en medio.

-Blade... por favor -dijo Amy con las manos en el pecho de Blade, mientras los ojos negros iban de uno a otro-. Por favor...

Amy no sabía qué era exactamente lo que le estaba suplicando, pero el terror de su mirada fue muy elocuente para el hombre alto y duro que estaba frente a ella.

-Al infierno con todo, y con vosotros dos -dijo suavemente y con una curiosa falta de expresión en la voz-. Si él es lo que quieres...

Se dio la vuelta bruscamente y se fue andando por la calle, deteniéndose brevemente sólo cuando John le gritó, con voz furiosa:

-¡Oye, tú, no es lo que piensas!

De modo que John se había percatado de la intensa agonía que se reflejaba en la mirada de Blade cuando se había girado, pensó Amy.

-Amy, no entiendo nada- le dijo John, que había permanecido de pie a su lado durante largos minutos en la oscuridad, y en aquel momento se volvía hacia ella con el rostro redondo y agradable preocupado y enrojecido-. ¿Por qué lo abandonaste? ¿Par qué no funcionaba vuestro matrimonio? ¿Es que te golpeó?

-No -respondió Amy débilmente mientras se apoyaba sobre un muro de piedra que cercaba un jardín-. Pero no puedo contártelo, John. Tuve que marcharme y no puedo volver, eso es todo.

-Está bien -replicó John sacudiendo lentamente la cabeza-. Pero menudo tipo escogiste para enfrentarte a él. Le van las broncas, Amy. No me cae bien.

«No lo comprendes», pensó Amy ciegamente mientras que cenaba los ojos ante la preocupación del semblante de John. «No podrías ni siquiera tratar de comprender a Blade. Es cariñoso y tierno y divertido, y todo lo que cualquier mujer podría esperar de un hombre. ¿Broncas? Tal vez, pero eso estaba incluido en el lote.»

-Te llevaré a casa -dijo John con voz inexpresiva.

Mientras se apoyaba en las muletas para entrar de nuevo en el coche, Amy se sintió culpable por haberlo mezclado en todo aquello. Ya tenla bastantes problemas con el tratamiento tan doloroso y agotador que estaba siguiendo para volver a valerse de nuevo de las piernas. Por eso había reaccionado violentamente a la hostilidad de Blade. Odiaba su incapacidad, su vulnerabilidad, y el enfrentamiento con Blade las había hecho patentes en toda su crudeza.

Mientras se preparaba para ir a la cama una hora más tarde,

permaneció de pie durante largos minutos mirándose en el espejo de cuerpo entero del armario de su habitación. El rostro un tanto ovalado, ojos grandes de color azul violáceo y gruesas pestañas, nariz pequeña y recta y la típica tez inglesa de color crema y melocotón. No podía ser más distinta de Sandra ni queriendo. La cara algo cuadrada de su hermana estaba bordeada por pelo oscuro que no tenía el más mínimo rizo natural, y con sus ojos de color castaño oscuro era la viva imagen de su padre. ¡Si al menos no se hubiese dejado llevar por aquel loco impulso de tratar de salvar la distancia que había entre ellas! Así no habría roto el corazón de Blade ni acabado con todo lo que había de bueno entre ellos... Todavía tenía el rostro empapado en lágrimas cuando la arrastró un sueño agitado poblado de imágenes de pesadilla que se enroscaban en su cabeza una y otra vez.

No le gustaban los domingos. Al menos durante la semana, y sobre todo los sábados, estaba ocupada desde la hora del almuerzo hasta la noche, y tenía el apoyo moral de John cuando lo necesitaba. Pero los domingos, John siempre visitaba a su madre a unos ochenta kilómetros de distancia y, sin su presencia, tenía demasiado tiempo para pensar.

Suspiró profundamente mientras permanecía echada en la cama observando un rayo de sol que se agitaba en la pared de enfrente. Habían transcurrido tres días desde aquel devastador enfrentamiento a la salida del restaurante, y no había vuelto a ver a Blade desde entonces, aunque John le había dicho que seguía por los alrededores. John se había encargado de averiguar que había alquilado una pequeña casa de campo en las afueras del pueblo.

-Ha firmado un contrato por tres meses- había dicho John con sus dulces ojos azules llenos de preocupación y de enojo-. ¿A qué crees que está jugando, Amy?

Amy se había encogido de hombros lentamente, sacudiendo la cabeza. Fuese lo que fuese, no sería para su beneficio.

Bajó a tiempo de desayunar con la señora Cox, una pequeña rutina que la anciana mujer apreciaba por estar sola la mayor parte del tiempo. Fue mientras comía la tostada con huevos revueltos cuando se le ocurrió hacer la pregunta de la que luego se arrepentiría.

-No ha sabido nade de Blade durante los últimos dos días, ¿verdad? -preguntó a la pequeña y regordeta mujer mientras la señora Cox rellenaba la tetera de barro de agua caliente.

-¿De tu marido? -dijo la señora Cox mirándola con cautela-. No, desde la mañana siguiente a la noche en que lo conocí, hija. ¿Por qué?

-¿Vino a verla al día siguiente?

-Sí, hija -contestó la señora Cox mirándola directamente a los ojos-. Y debo decir que nunca he sido aficionada a los norteamericanos, pero éste en concreto...- añadió asintiendo con la cabeza mientras se servía la quinta taza de té de la mañana-, no está mal.

-¿Qué quería?- preguntó con cautela, pero la señora Cox sacudió la cabeza ligeramente con la mirada fija en el rostro ruborizado de Amy.

-Bueno, creo que eso queda entre él y yo, querida, ¿no te parece? -respondió con firmeza-. Yo no interfiero en los asuntos de nadie, como ya sabes. Cuando lo veas, se lo preguntas.

No había malicia, ni siquiera reproche en la voz de su casera, pero Amy sabía que era mejor no seguir adelante con la conversación.

-Puede que no lo vuelva a ver -respondió en voz baja, y fue un segundo después, como para demostrar que se equivocaba, cuando sonó imperiosamente el timbre de la puerta.

-¿Está en casa, señora Cox?

Amy oyó su voz en el vestíbulo y engulló la tostada tan deprisa que se le atragantó. Estaba bebiendo el té a toda prisa con lágrimas en los ojos para aclararse la garganta, cuando Blade entró lentamente en la soleada cocina.

-Buenos días.

No hizo ningún esfuerzo por sonreír ni aliviar su situación. Sus ojos se clavaron en los suyos como dos rayos láser, y Amy comprendió que seguía inmerso en la furia que le había endurecido el rostro como una piedra.

-Acababa de decirle a la señora Cox que quizá no te volviese a ver -respondió finalmente cuando se hubo recuperado.

La contempló durante un momento antes de contestar, y Amy se estremeció al ver cómo su rostro se volvía afable cuando la señora Cox se reunió con ellos.

-¿Haciéndote ilusiones?

Se comportó con cordialidad, y la señora Cox parloteó amistosamente mientras se apremiaba a ir a por otra taza a la cocina, pero sus ojos negros como el carbón eran tan duros como el acero.

-Voy a llevarte a dar una vuelta en coche y a almorzar en el típico pub inglés -dijo suavemente después de trascurrido medio minuto en completo silencio. La señora Cox tardaba en regresar con la taza y Amy se imaginó que la anciana mujer pensaba que estaba teniendo tacto-. Si has hecho otros planes, cancélalos.

Su dura arrogancia avivó todo el instinto de defensa que Amy poseía y se puso rígida y con la cara hostil.

-Lo siento Blade, no puedo...

-Perdona, es evidente que no me he explicado bien- dijo con voz suave como la seda-. No te estaba invitando, te estaba diciendo lo que esperaba que hicieses.

-Espera un momen...

Interrumpió la furiosa réplica de Amy con sólo entornar los ojos y levantar levemente la barbilla. De repente, la fuerza bruta de aquel hombre se intensificó ferozmente, y ella se echó atrás en la silla como si fuese una minúscula criatura enfrentada a un cazador violento y depredador. ¡Le daba miedo! Pero aquel hombre autoritario y sensual estaba lejos de ser el Blade que había conocido.

-¿Te gusta este sitio, Amy?- le preguntó mientras apartaba de ella su penetrante mirada y recorría lentamente la pequeña habitación llena de cosas. Amy pudo ver brillar el desconcierto y la curiosidad en el rostro severo de Blade.

Por un momento, le vino la imagen de la fabulosa casa que había compartido con él en Londres. Suelos de parqué cubiertos de valiosas alfombras de seda china, primorosas antigüedades colocadas con esmero para que resultasen tanto cómodas como bellas, maravillosos cuadros al óleo, una piscina olímpica cubierta y, por encima de todo, el delicado y embriagador perfume de flores de invernadero que uno de las sirvientes de la casa cambiaba a diario mucho antes de que se despertase el resto de sus miembros. Recordó que la abundancia de flores era lo que más la había impresionado cuando visitó su casa por primera vez, y una vez casados había protestado por lo innecesario que le parecía cambiarlas cuando todavía estaban perfectamente en flor. La respuesta de Blade había sido muy clara y la había evocado de cuando en cuando durante los últimos tres meses.

-Me agrada -había dicho, tomando sus dos manos en las suyas y besando su nariz suavemente-. Deben cambiarse cuando todavía están perfectas, antes de que ninguna mancha eche a perder su belleza y sea doloroso mirarlas. No me gusta verlas morir ni marchitarse, Amy, es algo que me repugna.

-Sí, me gusta -contestó en voz baja-. Hay un gran abismo entre esta casa y la tuya, pero tiene su encanto.

-No me refería a eso- la interrumpió bruscamente-. No pretendía criticar este lugar. Es sólo que Londres parecía gustarte tanto, las luces brillantes, el ritmo acelerado...

-Tal vez haya madurado -dijo llanamente ocultando su mirada.

-También era tu hogar, y lo sabes -dijo con voz suave y muy grave.

-No, nunca lo fue- replicó. No quería herirlo, pero aquella casa palaciega en un barrio discreto y tranquilo de Londres nunca había sido su hogar-. Era precioso y me sentía privilegiada por vivir allí,

pero no había nada mío en aquella casa. Todo, hasta el último jarrón de flores, estaba organizado años antes de que entrase en tu vida, y así siguió siendo después.

-Si te sentías así, ¿por qué no lo dijiste? -preguntó con una mirada de aflicción que le hizo sentirse terriblemente culpable.

-Porque no era importante en aquel momento -dijo rápidamente-, y sigue sin serlo ahora. No debí decir nada, lo siento- añadió sacudiendo la cabeza distraídamente. Su suave cabello rubio, suelto sobre los hombros, brillaba como oro fundido-. Era una casa maravillosa, y tuve mucha suerte...

-¡Al diablo con tu suerte! -exclamó con una voz áspera que le hizo levantar la cabeza, aunque su rostro era insondable, frío y distante-. Yo no quería que te considerases afortunada. Pensé que nos queríamos, que estábamos casados...

Se detuvo de golpe, se dio la vuelta y dio dos pasos hacia la ventana. Allí permaneció de pie dándole la espalda y contemplando el jardín.

-Sé lo que está pensando, joven. Parece la selva, ¿verdad?

Amy se había olvidado por completo de la señora Cox, pero cuando se reunió con ellos con la obligada taza de té, se alegró inmensamente de la distracción. Blade se volvió rápidamente con una sonrisa.

-Un poco crecido, tal vez -sugirió con un movimiento de ceja peculiar en él.

-La necesidad obliga -dijo la pequeña mujer en tono más bien coloquial-. Desde que murió el señor Cox ya he tenido suficiente con la casa y los huéspedes ocasionales. No puedo poner en orden el jardín. Mi cuerpo no da más de sí -añadió asintiendo como confirmación a sus palabras.

-Podría pasar una o dos horas ahí fuera, si le parece bien -sugirió Blade suavemente-. Me gusta trabajar en el jardín de tarde en tarde, y mientras siga sirviendo el café caliente y cargado estamos en paz.

Amy casi se ahoga al oír aquellas palabras. ¡Si ni siquiera hablaba con los jardineros jefes que contrataba periódicamente para mantener los jardines que rodeaban su casa con su aspecto original!

-Eso si Amy no tiene inconveniente, claro -añadió, volviendo hacia ella un rostro inexpresivo al tiempo que sonreía suavemente.

A Amy le hubiera gustado escupirle sus inconvenientes a la cara, pero en vista del evidente alborozo de la señora Cox, sólo pudo sonreír levemente y decirlo todo con la mirada.

-Ya está arreglado -dijo volviéndose a la señora Cox con una inclinación de cabeza-. Y ahora, si no le importa, me pasaré sin el té.

Voy a llevar a Amy a pasar el día fuera.

-Es maravilloso -dijo la señora Cox. Era evidente que Blade era el hijo predilecto-. Daos prisa y pasadlo bien.

Contuvo el malhumor hasta que llegaron al coche.

Se deslizó en su exuberante interior vestida con pantalones vaqueros y un holgado jersey mientras Blade se colocaba en el asiento del conductor, a su lado, con todo el aspecto de un rico hombre de negocios que estuviese relajándose durante el fin de semana. Amy era consciente de que su mirada vagaba por la redondez de sus senos altos y pequeños bajo jersey de punto de color azul claro, y se dio cuenta en ese momento que el cuello en forma de V era lo suficientemente bajo como para que se le viese levemente el canal y que los vaqueros le quedaban demasiado ajustados. Movió la cabeza levemente corriendo un brillante y suave velo dorado entre ellos por un momento antes de girarse hacia él lanzándole chispas azules con los ojos.

-¿Qué pretendes, Blade?- preguntó enojada-. ¿Es esto parte del castigo?

-¿Cómo? -dijo mirándola tranquilamente-. ¿Puedes ser un poco más precisa?

-Sabes exactamente de qué te estoy hablando- silbó con furia-. Toda esa cordialidad con la señora Cox, y ahora te ofreces a arreglarle el jardín. Estás tratando de herirme, verdad, de desacreditarme ante esta gente...

-Ahora escúchame durante un minuto -le dijo agarrándola del brazo con fuerza y sacudiéndola levemente con la cara roja de rabia-. Soy libre de hacer exactamente lo que me plazca. ¿Eso es lo que querías, no es así? Y si sientes que mi presencia en esta pequeña comunidad puede resultar un poco embarazosa para ti y tu estimado «amigo» eso no tiene nada que ver conmigo. Tú insistes, como él, en que sólo sois conocidos. Entonces, no veo por qué deberíamos hablar de que te estoy «desacreditando». ¿No es así?

Esperó, observándola con curiosidad, a ver su reacción, y Amy tragó saliva en silencio mientras la cabeza le daba vueltas.

-Yo...

¿Cómo podía decirle que lo que le preocupaba en realidad era que cada minuto que pasaba junto a él tenía pánico de delatarse, de que él adivinase que todavía lo amaba?

-Está claro que no tienes nada que decir. Bueno, lo entiendo -dijo con tono amenazador mientras le soltaba el brazo, se recostaba en el asiento y ponía en marcha el motor-. Y por lo que respecta a mi ofrecimiento a la señora Cox, era sincero. Tengo un exceso de energía en estos momentos y prefiero trabajar duro a darme duchas frías todo

el tiempo. El celibato no es algo a lo que estoy acostumbrado y no le encuentro ningún atractivo- añadió mientras maniobraba el coche con suavidad a lo largo de la estrecha carretera.

-Puedes volver a Londres, a tu trabajo, a... a otras mujeres si eso es lo que quieres.

-Te haré un favor olvidándome de que has dicho eso -dijo implacable-. Cuando entraste en mi vida y en mi cama me comprometí contigo para toda la vida, Amy. A mí, al menos, me resulta difícil olvidarlo.

Amy se hundió en el asiento de cuero suave con los ojos hundidos y muy abiertos. Estaba poniéndolo todo tan difícil que se volvería loca antes de que aquello hubiera terminado.

El paisaje por el que serpenteaban era apacible y letárgico, laderas verdes, ríos sinuosos, los inevitables muros de piedra surcando un patrón interminable hasta las onduladas cimas y cuesta abajo por campos de hierba de color verde aterciopelado. Alfombras de flores silvestres perfumaban el aire puro y limpio con su débil aroma, desbordándose hasta los arcenes y los pequeños valles, en los que se oía fluir a arroyos centelleantes. ¡Era tan mágico y hermoso!, pero Amy estaba ciega por la tristeza. El delicioso y familiar aroma del aftershave de Blade la atormentaba. No podía verlo todos los días sin traicionarse a sí misma, no podía...

-Blade... -empezó a decir Amy, mordiéndose el labio inferior con desolación-, ¿es que no podemos comportamos como dos personas razonables y divorciamos amistosamente?

-Pero yo no me siento razonable, Amy -dijo lenta e impasiblemente-, sino todo lo contrario. Me gustaría hacerte tantas cosas... -se interrumpió, y pasó un minuto hasta que volvió a hablar con voz suave y controlada-. Disfruta del viaje y, después de comer, tendremos una agradable conversación.

Tocó la bocina a dos cuervos grandes que estaban en medio de la carretera disputándose un pequeño bocado que parecía repugnante. Amy se hundió un poco más en el asiento tapizado y cerró los ojos por un instante. Tendría que tener mucho cuidado. Si sospechase lo más mínimo lo que estaba pasando...

-Tengo entendido que tu caballero de blanca armadura, el aniquilador de dragones, ha ido a ver a su madre- siguió irónicamente-. Me sorprende que no te llevase escandida en el maletero para apartarte de mis malignas garras.

-¿Cómo sabes que John...? Ah, claro, la señora Cox -dijo llanamente. Realmente había hecho su agosto con ella, pensó.

-¿Ya te ha presentado a mamá? -continuó con voz cínica-. ¿O es

una señora de la vieja escuela, y se opondría a que su hijito coqueteara con una mujer casada?

-No sé por qué intentas dar a entender que John es un niño de mamá, porque desde luego, no lo es. Es amable y bondadoso y paciente -dijo Amy acaloradamente. La crítica manifiesta a su amigo le había llegado al alma y no estaba dispuesta a que Blade, ni siquiera Blade, se riese de él.

-Virtudes notables en el cocker spaniel común -dijo Blade mofándose de John-, pero, no sé, esa descripción no es la más apasionada que he oído en mi vida. ¿Es lo mejor que puedes decir de ese pobre hombre?

-Es imposible tratar de hablar contigo -dijo Amy furiosa, cuando perdió lo que le quedaba de autocontrol-. No sé por qué te has molestado en venir hoy...

-Bueno, desde luego, no fue pan hablar -dijo Blade con suavidad, sin apartar la vista de la carretera-. Es preciso resolver esto a un nivel más... físico.

-No creerás en serio...

-Te sorprendería saber lo que creo -dijo Blade implacablemente-. Nada bueno por lo que a ti se refiere, así que, ¿por qué no te callas por ahora para que las cosas resulten más agradables?

Almorzaran en un minúsculo pub al borde del camino cuyo jardín lleno de flores bajaba ondulando hasta el borde de un alegre río con piedras y guijarros redondos en sus orillas. Había unas pocas mesas y sillas esparcidas por la hierba, recia y verde, a la sombra de un enorme cerezo, y Amy optó por comer fuera cuando Blade le dio a elegir. El pintoresco y pequeño pub inglés con vigas de roble, con cacharros de cobre artesanales y techo bajo parecía demasiado íntimo.

-Has adelgazado -dijo Blade mientras estaban sentados bebiendo sidra de barril en tenso silencio. Amy se sobresaltó involuntariamente y derramó algunas gotas del líquido frío y dorado. La luz del sol atravesaba las ramas movidas por el viento, dibujando motas sobre la vieja mesa de madera-. Y estás nerviosa- añadió acariciando un sedoso mechón de pelo desde la coronilla hasta el hombro con ojos pensativos-. ¿Es por mí, o es que te sientes culpable por vivir caprichosamente?

-Según tú, debería ser por eso -contestó en voz baja mientras apartaba la cabeza de su mano-. Me has asignado el papel de prostituta.

-¿Y no estás de acuerdo conmigo? -preguntó Blade con voz tensa mientras se recostaba en el asiento con los ojos entornados por la luz tan brillante-. No, no me respondas. No quiero que perjures más de lo

que ya has hecho. Ah… la comida.

Acto seguido, un plato de trucha fresca guisada con mantequilla, patatas nuevas y guisantes frescos apareció por encima del hombro de Amy.

-Gracias -dijo sonriendo a la señora de la casa, agradecida por la distracción.

Observó a Blade, que parecía estar disfrutando plenamente del almuerzo. Su rostro duro y atractivo, y su cuerpo robusto y poderoso eran dolorosamente familiares. ¿Cuántas veces había pensado que se desmayaría por el placer que producía aquel cuerpo masculino, por las caricias íntimas y sensuales que le habían hecho perder la cabeza de deseo? Bajó los ojos al plato de comida y se forzó a comer lentamente. No le apetecía comer, nunca le volvería a apetecer…

Era consciente de que las ojos oscuros y penetrantes la miraban a intervalos, y cuando, pasados unos minutos apartó a un lado el plato, dejándolo a medias, lo que dijo no la sorprendió.

-¿No tienes apetito? ¿Por qué?

-¡Santo cielo, Blade! No tengo hambre, eso es todo.

-Parece que no has tenido hambre durante semanas -replicó irónicamente, y Amy supo que no iba a dejar escapar la ocasión-. ¿O tal vez hayas estado demasiado ocupada como para comer?

-Blade, puede que ya no me tengas apenas respeto, por no decir ninguno, pero lo creas o no, no me resultó fácil poner fin a nuestro matrimonio.

-¿Y eso es todo lo que tienes que decirme después de lo que has hecho? -le preguntó inclinándose hacia adelante bruscamente y tomando su rostro entre sus manos para obligarla a enfrentarse a la fiera negrura de su mirada.

-¡Déjame en paz!- gritó echándose hacia atrás.

Pero Blade estaba preparado y sus manazas se ciñeron a su cara como si fueran de hierro.

-De ninguna manera, cariño -dijo con marcado acento norteamericano-. Te guste o no, sigues siendo la señora Forbes y, maldita sea, no voy a quedarme de brazos cruzados simulando poner al mal tiempo buena cara. ¿Qué piensas que soy…?

Se detuvo bruscamente al ver que las lágrimas que Amy no podía seguir ocultando brotaban de sus ojos y le surcaban el rostro hasta sus manos.

-¡Amy! -exclamó. Maldijo suavemente y la levantó en sus brazos al tiempo que se colocaba a su lado, besándola con fuerza y ardor mientras la estrechaba en una agonía de necesidad que no podía ocultar-. ¿Qué demonios te pasa? -gimió suavemente acunándola

contra su pecho mientras lloraba y lloraba.

Ahora sabría que era débil y vulnerable, que había algún misterio. Había anhelado, noche tras noche, que la abrazara de aquella manera. Estaba muerta de miedo por el futuro, terriblemente sola, pero saber que ya no significaba nada para Blade era peor que todo el porvenir. Quería que se preocupase por ella, que estuviese a su lado... Avergonzada, recuperó la cordura rápidamente. Si realmente lo amaba, ¿cómo podía arrastrarlo con ella al abismo? No era culpa suya.

-Ya estoy bien -dijo, soltándose rápidamente de sus brazos y sentándose otra vez. Sacó de su bolso una servilleta de papel usada y se secó la cara.

-No estás nada bien -dijo lentamente-, y estoy llegando al punto en que la tentación de llevarte a algún sitio y hacerte el amor hasta que me supliques que te haga mía se está volviendo irresistible.

El giro que había tomado la conversación la desarmó y lo contempló con la mirada perdida mientras volvía a su asiento y bebía de un trago el resto de la sidra.

-¿Qué has dicho? John...

-John puede irse al infierno por lo que a mí respecta -dijo lenta e imperturbablemente con aquella cara de póquer que se le daba tan bien en los negocios.

Amy no supo por qué había mencionado a John en aquel preciso momento... quizá como un talismán que la protegiese de la fuerza de energía sexual que desprendía su robusto cuerpo-. Todavía no he encontrado la respuesta, pero si tú y tu amiguito sois la personificación del amor de juventud ideal, que el cielo nos asista -prosiguió con voz insolente y muy distante, como si estuviera controlando férreamente sus emociones-. Y si, como los dos aseguráis, todavía no estás durmiendo con él, ¿por qué me abandonaste? ¿Sientes lástima por él, Amy? ¿Es eso? ¿O me equivoco y ya eres su amante? ¿Te satisface, Amy, te da...?

La mano salió disparada y con fuerza sobre su cara, y se quedaron helados al oír cómo resonaba por el jardín vacío.

-¿Y? ¿Eso es un sí o un no?

Estaba jugando con ella; pensó Amy, buscando su punto débil.

-Bueno, mujercita, ¿nos vamos a dar un paseo tranquilo por estos campos que tanto te gustan, a algún lugar tranquilo y apartado donde podamos estar solos?

La mofa era verdaderamente cruel, pero Blade no sospechaba la verdad, si no, no estaría tratándola de aquella manera. Tenía que ser muy fuerte para convencerlo de que todo que había dicho sobre su matrimonio iba en serio.

Una vez en el coche, siguió por la carretera durante unos kilómetros antes de desviarse por un camino bordeado de flores altas y árboles.

-Pregunté en el pub y me recomendaron que siguiésemos este camino. Deberíamos llegar a una verja y seguir por un camino hasta el páramo.

En treinta segundos ya habían atravesado la vieja verja y subían por el camino, y el aroma silvestre de la hierba del páramo entró por las ventanillas del coche.

Blade detuvo el coche en un pequeño recodo en lo alto de una colina y el más absoluto silencio reinó majestuosamente entre ellos.

-Venga -le dijo después de bajar del coche y dar la vuelta para abrirle la puerta y casi sacarla del interior-. Vamos a andar.

Parecía envuelto en su propio silencio. Caminaba junto a ella, pero tuvo cuidado de no tocarla hasta que llegaron a una ladera en el que un pequeño arroyo caía salpicando agua fría y cristalina por una enorme roca gris. La tomó de la mano y el contacto pareció hacerle hablar.

-Las cartas sobre la mesa. Amy. Es la hora de la verdad -le dijo con una voz tan severa que le hizo estremecerse-. Y no olvides que sólo estamos tú y yo en medio de kilómetros de páramo.

-¿Me estás amenazando, Blade? -preguntó guardando la compostura más por fuera que por dentro-. Porque si es así...

-Si es así, ¿me vas a pegar en la mano? -inquirió con desprecio burlón-. Pero no te preocupes cariño, sólo me estoy ofreciendo a cumplir con mis obligaciones matrimoniales.

Y mientras Amy daba un paso atrás con los ojos abiertos por la sorpresa, Blade se echó a reír suavemente con un sonido más espeluznante que la rabia incontrolada.

Capítulo 4

MIENTRAS miraba fijamente a aquel hombre al que había prometido amar, honrar y obedecer durante el resto de su vida, Amy fue consciente de que había algo terriblemente amenazador en el abismo negro como el azabache de sus ojos.

-¿Cuánto tiempo habías creído que tardaría en encontrarte? -preguntó Blade suavemente cuando había pasado todo un minuto-. Esperarías que lo intentase, evidentemente...

-En realidad, no- respondió mirándolo cautelosamente-. No sabía qué ibas a hacer.

-He comprobado la validez de la lesión de John -prosiguió con aquella voz suave que era infinitamente perturbadora-. Y parece que es auténtica.

-¿Que has hecho qué? -inquirió olvidándose de ser prudente. La estridencia de su voz hizo que los ojos negros se entornaran como rendijas-. ¿Cómo has podido? ¡Como si cualquiera pudiera inventarse una historia como ésa!

-Pero es increíble lo que la gente llega a hacer, cariño -replicó mirándola fríamente-. Tú más que nadie debes saberlo -añadió dándose la vuelta y mostrando el perfil de sus duros rasgos mientras contemplaba los prados-. Esperaba que fuese una mentira, pero es evidente que se me niega la satisfacción de darle una paliza. Tendré que satisfacerme de otra manera, ¿no crees?

No la miró mientras hablaba, y a pesar del cálido sol, Amy se estremeció irremediablemente.

-Blade, por favor, no seas así...

La interrumpió echándose a andar con la espalda recta y rígida y el cuerpo tenso.

-Vamos, sigue andando. Así es menos probable que haga algo que pueda lamentar.

-Blade, espera, por favor -le suplicó. No podía soportar aquella frialdad, las amenazas veladas. Aquél no era el Blade que conocía. De alguna forma, tenía que decir aleo, que calmar su rabia-. Lo siento...

Al llegar junto a él su voz se extinguió viendo lo sombrío de su perfil.

-¿Sabes lo mal que lo he pasado imaginándote con él, Amy? ¿Lo sabes?- inquirió girándose durante una fracción de segundo. La ferocidad de su semblante le puso el corazón en la garganta-. He estado en el infierno cien veces al día, día sí, día no, y todo lo que puedes decir es que lo sientes. Pero aquellas imágenes redujeron a cenizas todo lo que sentía por ti.

Rió con aspereza y Amy tendió involuntariamente la mano hacia él, pero ya se había vuelto a girar y su robusto cuerpo estaba rígido.

-Pasado el tiempo he comprendido que no te conozco, Amy. Nunca te conocí -dijo fríamente. Ella se sintió incapaz de hablar. ¿Qué podía decir? Tenía derecho a odiarla, después de todo, y no era culpa suya, no, no lo era.

Estaban siguiendo un sendero junto a un riachuelo con pequeños pozos y cascadas por los que el agua borboteaba ávidamente, y Amy dio un ligero traspiés al tropezar con una gran mata de hiedra dura. Blade tendió la mano para sujetarla, pero se detuvo a medio camino como si tuviese la lepra.

-¿Puedo sentarme un minuto?- preguntó débilmente. No podía andar y hablar así cuando su corazón le latía con tanta fuerza que el pecho le dolía. Estaba confundida y aterrada de poder traicionarse a sí misma. Si la amaba...

-Siéntate si quieres- le dijo señalando un canto grande y pulido junto al riachuelo, y dándole la espalda para mirar el terreno que descendía y subía delante de ellos-. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? -preguntó fríamente-. En el candado de York, me refiero.

-No lo sé -respondió alegrándose de que se hubiese calmado de nuevo, al menos exteriormente-. Todo depende...

-¿De qué? ¿De cómo mejore John?

-Ya te lo he dicho, John no tiene nada que ver con todo esto -dijo en voz baja-. Vine aquí porque era el único sitio en el que conocía a alguien, a un amigo.

-Un amigo -repitió la voz inflexible-. Y tanto.

-Es verdad, Blade, te lo prometo.

Su risa fue cáustica y áspera y le hizo saltar.

-¿Me lo prometes? Tu historial de promesas no es muy brillante, ¿no?

-Mira, no estamos llegando a ninguna parte- replicó Amy rápidamente, mientras los ojos de Blade escrutaban su pálido rostro-. Me fui porque comprendí que las cosas no iban bien, que aquello no funcionaba. Traté de ser justa con los dos, éramos muy diferentes...

«Escucha lo que dices», se dijo a sí misma con desagrado al oír la banalidad de sus palabras.

-No he dejado Londres ni unos negocios muy importantes para oír esa basura -dijo con peligrosa suavidad-. Las cosas iban bien, aquello funcionaba y lo sabes de sobra. Te dejé durante cuarenta y ocho horas para cerrar aquel trato francés y regresé a una casa vacía y al antiguo «querido Blade». Maldita sea, Amy...- exclamó con el genio de nuevo en punto de ebullición. Amy vio cómo inspiraba profundamente antes

de continuar con voz mucho más grave-. Ni siquiera me diste una explicación.

Amy abrió la boca y la volvió a cerrar con un pequeño ruido seco. Su cerebro se negaba a dar con una mentira que pudiera satisfacer su aguda inteligencia.

Porque era cierto, habían sido loca y exquisitamente felices.

A la luz del sol, su cabello castaño se había transformado en la melena rojiza de un enorme león depredador y Amy se estremeció.

-Háblame, Amy. Comunícate -dijo rechinando los dientes en el aire perfumado y cálido, la antítesis total de aquel escenario apacible que los rodeaba-. No te quedes ahí mirándome con tus enormes ojos azules como si fuese el diablo en persona.

-Diga lo que diga, nada va a cambiar -dijo lentamente mientras se esforzaba por sostenerse sobre unas piernas que parecían de goma-. Quiero poner fin a nuestro matrimonio, Blade, quiero el divorcio y eso es lo que cuenta. Y ahora tú también lo quieres, me lo has dicho. Ya no me amas.

La miró fijamente durante lego tiempo, mientras su cabeza seguía funcionando detrás de aquella distante e implacable máscara con la que se había cubierto el rostro como si de un velo oscuro se tratase.

Luego asintió lentamente.

-Sí, sé lo que he dicho. Pero resulta difícil de creer dónde estamos, a lo que nos has llevado. Lo teníamos todo, el amor, la risa, la compenetración, pero por algún motivo no te bastaba, ¿verdad?- le dijo con un suspiro-. ¿O tal vez sea simplemente que eres superficial, incapaz de mantener un compromiso por mucho tiempo? También he pensado en eso. Me he dicho que no mereces que pase contigo un minuto más.

-Entonces, ¿por qué sigues aquí? -preguntó dolorosamente.

-No estoy seguro -respondió con gélido desprecio. Amy trató de vencer la fuerza hipnótica que mantenía sus ojos clavados en los de Blade, pero no pudo-. Tal vez sea como dices. Quizá quiera hacerte sentir incómoda en este pequeño y apacible oasis que has dispuesto para ti -concluyó en tono cruel con aquellas palabras concebidas para clavarse y hacer daño-. ¿Puedes darme una buena razón por la que no deba hacerte sufrir?

-No -contestó Amy, levantando la cabeza con orgullo-. Ni una-añadió echando hacia atrás su melena, inconsciente de lo espléndida que estaba, tan erguida y esbelta, con los ojos enormes sobre la suavidad pálida y sedosa de su piel y con su pelo como una masa dorada de luz sobre los hombros.

-Eso pensaba -replicó Blade entornando los ojos y paseando la

mirada a propósito por sus piernas, que se perfilaban debajo de la tela vaquera, y levantando la vista lentamente hasta sus senos, que florecieron bajo su ávida mirada como por arte de magia. Amy se rodeó la cintura con los brazos rechazando instintivamente la traición de su cuerpo y oyó su risa gutural y sin júbilo.

-Todavía me deseas, mi mentirosa mujercita, los dos lo sabemos.

-No, no te deseo -dijo mientras buscaba algo que decir que diese un giro a la situación, cada vez más peligrosa-. Sólo que no puedes imaginar que ninguna mujer te abandone. El gran Blade Forbes, invencible y poderoso.

Estaba siendo deliberadamente cruel; era su única defensa, y si no la usaba Blade iba a hacerle el amor, lo presentía. Y entonces, estaría perdida

-No, no puedo -asintió con una arrogancia magnífica que dejó a Amy boquiabierta. Esperaba que hubiese perdido los estribos, que la flagelase con sus palabras, pero había algo pensativo detrás de aquella mirada que era todavía más aterrador-. Sobre todo, después de haber visto a John. Te satisfacía en todos los sentidos, Amy, mentalmente, físicamente. Desde luego, físicamente. Pero no era sólo eso...

-No- mintió como nunca antes lo había hecho-. Ya no me atraes...

Se interrumpió lanzando un chillido de temor cuando Blade se colocó delante de ella. Su cuerpo estaba tenso y peligrosamente masculino.

-¿No?- inquirió mirándola con insolencia-. Si quisiera, estarías suplicándome que te hiciese mía en cinco minutos.

La altivez con la que lo dijo le hizo desear golpearlo a pesar de que reconocía que tenía toda la razón del mundo. Había sido tan inocente cuando se casaron, pero el mundo sensual que el amor de Blade le había abierto había puesto fin a todas sus inhibiciones desde la primera noche. Nunca había imaginado que el cuerpo de un hombre, sus labios, su lengua, pudieran hacerla rebosar de tan intenso placer que el mundo dejase literalmente de existir.

-John es demasiado agradable, demasiado plácido para ti, lo sé -dijo Blade acercándose a ella para abrazada. Pero Amy se echó hacia atrás como si su roce la quemase. Si le hacía el amor estaba perdida. No debía dejar que aquello ocurriese.

-Estás hablando de deseo animal -dijo con aspereza-. Lujuria, unión física, llámalo como quieras.

-Yo lo llamaba amor -dijo con furia-. Creía que tú también.

-Fuiste mi primer amante -dijo más tranquilamente. El corazón se le hacía pedazos mientras se obligaba a continuar-. No tenía nada con lo que compararte, ninguna experiencia. Ahora entiendo...

-No voy a escucharte- la interrumpió, más con la mirada que con las palabras-. No estoy seguro de lo que está pasando, pero nadie cambia tanto. Has exagerado tu papel, Amy. No creo nada de lo que dices.

-Eso es cosa tuya.

Nunca había estado tan atractivo como en aquel momento, de pie a la luz del sol, con su cuerpo bronceado y fuerte y aquellos ojos irresistibles que escrutaban su rostro.

-Dime que no me amas -dijo con una voz suave y sedosa que le hizo encoger los dedos de los pies-. Mírame a los ojos y dime que no me amas. Y desapareceré de tu vida para siempre, te lo prometo.

Se había acercado tanto que Amy pudo ver las arrugas de expresión que salían de sus ojos y algún que otro brillo plateado en su grueso cabello masculino, y se dio cuenta de lo pasajera que era la vida. Blade tenía treinta y seis años, un hombre fuerte y viril en la flor de la vida con la ilusión de tener una familia con una mujer joven y sana. Y no podía ser. Con ella no.

Se mordió el labio con fuerza. De aquella manera le daría una segunda oportunidad.

-Blade, no... -dijo Amy, vacilando al ver el acero de su mirada, pero tragó saliva con fuerza y cerró los puños. Le temblaba todo el cuerpo, pero tal vez no lo había notado. Bajó la mirada al tiempo que desgranaba las palabras-. No te amo.

-Así no vale -dijo con firmeza-. Te dije que me mirases a los ojos.

¿Por qué tenía que pasarles a ellos una cosa así?

¡No era justo!... Levantó la mirada y miró ciegamente a la nebulosa de su rostro.

-No te amo.

El silencio fue absoluto. Luego Blade expiró lentamente y dijo:

-¿No sabes hacerlo mejor?

No fue la respuesta esperada y, a medida que se le aclaraba la vista, observó que tenía el rostro inexpresivo y los ojos vacíos. Mientras permanecía de pie frente a él, balanceándose ligeramente, sintió por un momento que Blade estaba mirando su alma.

-No entiendo...

-Ni tú ni yo -dijo torciendo la boca de una forma que Amy quiso suavizar los labios rígidos dibujando una sonrisa con su mano.

-Ya te lo he dicho- replicó bajando la cabeza para mirar fijamente la minúscula margarita que había aplastado con el pie-. Dijiste que te irías si te lo decía y lo he hecho.

-No me has convencido.

-Ese no era el trato -dijo acaloradamente, levantando bruscamente

la cabeza.

-Entonces mentí -dijo con voz insolente, confiada y sin rastro de arrepentimiento.

-No es justo, Blade...

-La vida no es justa, cariño.

De repente, la técnica del camaleón que le había visto utilizar en situaciones difíciles se hizo ostensible. Su actitud cambió completamente, adoptando una pose de serena confianza con el rostro inocente y sonrisa engañosa.

-Ahora que veo que no vamos a avanzar nada esta tarde, sugiero que demos un paseo tranquilo por este hermoso campo, a no ser que se te ocurra algo mejor...

-Puedes irte al...

-No me digas a dónde puedo ir, Amy -le espetó abandonando la pose tranquila instantáneamente-. Estás andando por la cuerda floja, no lo olvides. Mi instinto animal me dice que te haga mía ahora mismo, y los dos sabemos que no sería violación. Me aliviaría la frustración, que es considerable, pero no estoy seguro de que en estos momentos sirviera de nada más. ¿Tú que opinas?

-Nunca te lo perdonaría si tratases de...

Se interrumpió cuando Blade acercó la mano a sus labios y los bordeó con un dedo pensativo.

-Pero, tal y como están las cosas, no tengo nada que perder, ¿no?

Su mano se había enredado en la suave seda de su cabello, a la altura de la nuca, y al tiempo que h hizo inclinar la cabeza hacia atrás y él bajó la suya, Amy sintió pánico y algo más, algo que no se atrevió a considerar.

Un anhelo y deseo feroces que le derretían los muslos.

Sus labios eran cálidos, firmes y tentadoramente familiares, y el beso fue largo y tierno sin trasfondo de violencia. En parte, sabía que estaba persuadiéndola sutilmente. Trataba de demostrar que todavía era suya. Y a pesar de que era una locura responder a su beso, estaba bebiendo de sus labios como si estuviera muriéndose de sed; Las manos eran sensuales e íntimas, no tenía defensas contra él...

-Me equivoqué -dijo irónicamente levantando la cabeza y retrocediendo un paso-. Cinco minutos era una exageración.

Se anticipó a su reacción, interceptando su mano cuando se levantaba para golpearle y la miró con rostro sarcástico y ojos vigilantes.

-Otra vez, no. Compórtate o tendré que darte otra lección de obediencia.

-¿Eso es lo que era? -preguntó Amy con dolorosa furia

-En parte- contestó sonriendo con humor negro-. Pero sólo en parte.

-Entonces, ¿por qué has parado? -inquirió con voz tensa mientras se obligó a ponerse recta delante de él, levantando la barbilla para mirarlo con abrumados ojos de color violeta.

-Porque no quiero mera obediencia -dijo suavemente-, y lo sabes muy bien. Cuando volvamos a hacer el amor, será porque tú lo quieras tan desesperadamente como yo, pero con tu cabeza lo mismo que con tu cuerpo. Todo lo demás es imperfecto, y nunca en mi vida lo he aceptado.

Sus palabras le atravesaron el corazón como una espada. Imperfecta, así era ella. ¡Si él supiese...! Sus pensamientos se sumieron en la intensidad de aquella emoción y volvieron con la imagen de las flores, repuestas a diario.

-No, nunca lo has hecho -corroboró con voz inexpresiva mientras se apartaba mecánicamente un mechón de pelo de la cara-. ¿Por qué habrías de hacerlo?

¿Por qué alguien habría de hacerlo?

-¿Amy? -dijo con voz tan fiera que la sobresaltó-. ¿En qué estabas pensando? ¿En John? ¿Por eso has puesto esa cara? ¿Tienes que conjurarlo como un extraño amuleto para que mi presencia no te contamine?

-No seas ridículo -respondió vaciando sus rasgos de cualquier expresión-. Quiero empezar una nueva vida, Blade, y quiero que tú hagas lo mismo. Eso es todo.

-Quiero, quiero -dijo en tono cáustico-. Demasiados «quieros» en tu vocabulario. Bueno, no tengo intención de ponerte las cosas fáciles, así que, hazte a la idea, cielo. Puedo jugar sucio o limpio y se me dan bien las dos cosas.

-No lo dudo -dijo en voz baja, y su corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que podía oírlo-. Pero conseguiré el divorcio de cualquier forma.

-Desde luego que lo harás.

De repente, tuvo la intensa e incómoda sensación de que durante toda su conversación y burla manifiesta, aquella mente aguda y fría estaba pensando en una esfera completamente distinta. Miró al fondo de aquel rostro severo, pero no pudo desentrañar nada. Ya no estaba segura...

-¿Podemos irnos? -dijo levantando la cabeza con orgullo.

-Por supuesto- sonrió burlonamente-. Sería poco galante negarle algo a una dama tan hermosa, especialmente cuando da la casualidad de que es mi mujer. ¿No tienes nada más que decirme?

-No- respondió sosteniendo su mirada letal con valentía.

-Entonces, tú decides -replicó sonriendo lentamente con una mueca que le heló la sangre-. Seremos sólo amantes, no amigos. ¿Es eso lo que quieres?

-¡No! -exclamó con furia-. No volveremos a ser amantes, la sabes. No hay nada entre nosotros, Blade, ya na...

-Al contrario que tú, yo no rompo mi palabra, Amy -le dijo con deliberada lentitud-. Ya te he dicho cómo será. Me desearás tanto como yo a ti, ¿lo dudas?

-Quiero regresar al coche.

No intentó tocarla durante el camino de vuelta al coche, ni siquiera cuando tropezó y estuvo a punto de caer. De hecho, parecía no darse cuenta de su presencia. Amy lo miró a la cara cuando le había la puerta, pero su expresión era distante y ausente, como el rostro de un extraño en un mundo desprovisto de colores, excepto el húmedo y frío gris que había invadido cada poro de su cuerpo. La tristeza que se había apoderado de ella desde aquel fatídico encuentro con Sandra se había intensificado desde que lo había vuelto a ver.

Pero era afortunada. Todavía le quedaban años antes de que la enfermedad hiciese acto de presencia para viajar, explorar aquel hermoso mundo, y vivir. A muchas personas les asaltaba sin previo aviso; ella tenía tiempo. Un tiempo precioso. Pero al mirar a la rígida figura que estaba a su lado, pensó que renunciaría alegremente a cada segundo de aquel precioso tiempo por pasar un día con él como su mujer sin que aquel pensamiento se cerniese sobre ella.

¡Gracias a Dios, no había concebido a su hijo! Había estado atormentada por eso durante semanas hasta que el ciclo de su cuerpo la tranquilizó. No habían tenido motivos para tomar precauciones durante los tres meses de casados. Los dos querían niños, «al menos diez», había dicho Blade de broma en la noche de bodas después de consumarse su matrimonio, Pero aquel gen malévolo que permanecía latente en los niños y se manifestaba en las niñas, no debía pasarse a sabiendas a otra generación.

-Te va a dar un calambre.

-¿Cómo? -dijo cuando su voz grave irrumpió en sus pensamientos y levantó la vista para encontrarse con sus ojos durante una fracción de segundo, antes de que se concentrase de nuevo en la tortuosa carretera.

-Tienes el cuerpo igual de tieso que un palo. Relájate.

Su voz podía haber sido la de un pronóstico meteorológico por la preocupación que traslucía, pero al ver que tenía las manos fuertemente entrelazadas en su regazo, comprendió que estaba en lo

cierto.

Blade no volvió a decir palabra durante el trayecto de regreso a la casa, mientras dejaban atrás colinas de piedra caliza, valles de bosques y un chalé aislado de piedra clara que se alzaba serenamente al borde de la carretera.

A medida que el día terminaba, la luz dorada del crepúsculo encendió la enorme franja de cielo que se extendía ante su vista.

-Gracias -dijo Amy, mirándolo a la cara cuando le abrió la puerta delante del pequeño chalé de la señora

Cox. Pero su expresión era insondable, y la escueta inclinación de cabeza no dio a entender sus emociones.

Después, se marchó.

Amy permaneció un buen rato de pie en la carretera en sombras hasta que se dirigió al jardín delantero para recostarse con los ojos cerrados sobre el tronco nudoso del arbusto de lilas. Parecía imposible que estuviesen viviendo separados, sin esperanza de reconciliación. Todo había sido tan perfecto. Blade había comprendido todas sus inseguridades y miedos, ya que su propia infancia había tomado giros tortuosos.

Su padre se había casado con la madre de Blade, su segunda esposa, con la responsabilidad de criar a tres niños de su anterior matrimonio y con la necesidad obsesiva de destacar notablemente en la vida de aquellos chicos, haciéndoles desgraciados a todos.

-No teníamos ni diez centavos para nosotros -le había contado Blade en voz baja-. Pero mis hermanastros sólo tenían que pedirlo y mi padre les daba lo que querían. Mi hermano Todd y yo crecimos creyendo que aquello era normal. Mamá trabajaba de día y de noche para traer algo de dinero extra, pero nunca era suficiente. Discutían constantemente, pero mamá nunca pudo dejarlo, como su primera mujer. Luego, Todd murió -había proseguido con expresión amarga-. Meningitis. Y mi padre casi ni se enteró. Fue a partir de entonces cuando mamá se rindió y aceptó que todavía amaba a Rosa, su primera mujer.

Sus ojos se habían ensombrecido por el dolor.

-Se mató en un accidente en la mina cuando yo tenía dieciocho años y, durante mucho tiempo, me sentí culpable por no haber sentido nada más que alivio de que las peleas terminasen y mamá pudiera tener algo de paz. Ella murió seis años después, cuando yo había empezado a ganar dinero de verdad, cuando podía haberle dado lo que se merecía. Pero ya lo he dejado estar- había dicho estrechándola-. Te tengo a ti y puedo dejar finalmente que los muertos descansen en paz.

Pero ya ninguno de sus sueños se haría realidad, porque ella no le permitiría vivir la vida que amaba, con hijos que llevasen su apellido. Amy se sentó bruscamente sobre la hierba crecida y se rodeó las rodillas con los brazos.

-Tengo razón -dijo con voz suave y temblorosa en el aire fresco de la noche, mientras levantaba la cabeza y su rostro húmedo brillaba con etérea palidez, en la luz tenue.

-Tengo razón -repitió. Pero su voz se había vuelto firme y áspera, y la tristeza que contraía sus delicados rasgos se reflejó en aquellas dos palabras que hablaban de una vida en soledad.

Capítulo 5

PARA gran sorpresa de Amy, a la mañana siguiente se dio cuenta de que se había quedado dormida nada más meterse en la cama. Había esperado permanecer despierta durante horas, pero por puro agotamiento mental había entrado en el fugaz mundo de los sueños y las sombras, del que se despertó sintiéndose mucho mejor. Seguramente, el alma humana sólo podía tomar el dolor en pequeñas dosis. Pero aquel día tenía una sensación de paz y convicción sobre sus acciones, y fue como un bálsamo para su maltrecho corazón. Debía ser positiva, dejar atrás el pasado, olvidar el futuro y vivir sólo el presente. Podría hacerlo y lo haría.

Aquella reconfortante seguridad duró exactamente cinco minutos, el tiempo que le llevó levantarse, alisar la masa de ondas doradas y ponerse su fina bata de seda para bajar a la minúscula cocina y prepararse el té y las tostadas.

-Buenos días Amy.

No fue tanto la voz grave y sonora con acento norteamericano lo que hizo que se le desbocase el corazón, como ver a Blade desnudo hasta la cintura y vestido con unos vaqueros manchados de hierba y unas zapatillas de deporte, bebiendo un café con la señora Cox mientras la observaba de pie, en la entrada de atrás, con ojos entornados.

-¿Has dormido bien? -preguntó con voz aterciopelada.

-¿Qué...?- empezó a decir, pero se interrumpió bruscamente-. Quiero decir...

-Iré a colgar la ropa -dijo la señora Cox apresuradamente-. Ya has cortado todo el césped y quitado todo el musgo del camino. Será una auténtica delicia.

Se escabulló por la puerta de atrás antes de que Amy pudiera detenerla y Blade la cerró cuidadosamente, apartándose de la pared del fondo en la que había estado apoyado conversando con la pequeña mujer y acercándose a Amy con elegancia animal.

Amy trató con todas sus fuerzas de apartar la vista de aquel magnífico cuerpo, pero no pudo. Los hombros fuertes y masculinos, el tórax ancho y velludo y los brazos musculosos eran como los recordaba, o mejores. Un ardor desgarrador se extendió como reguero de pólvora por venas y músculos, y pudo sentir su calor reflejado en la cara y peor, en el cuerpo. La seda delgada del camisón y de la bata no servía para ocultar sus rígidos pezones, que respondían a la antigua llamada de su masculinidad, y supo que estaba disfrutando plenamente de su apuro.

-Te he preguntado si has dormido bien -dijo lentamente en tono de burla-, en tu cama casta y pequeña.

-Bien, gracias,

Lo esquivó hábilmente y encendió la tetera eléctrica con manos temblorosas.

-Eso está bien.

Se había colocado detrás de ella, con el cuerpo ceñido al suyo como una segunda piel en su espalda, y cuando sus manos le rodearon la cintura y arrimó la barbilla a la fragante seda de su cabello, se quedó helada sin remedio. Le hizo sentirse tan bien...

-Tienes tu olor de mañana -dijo Blade, inspirando junto a su cuello con apreciación, y una oleada de deseo le recorrió la espalda con tanta pasión que estuvo a punto de desvanecerse-. Una mezcla de jabón aromático, champú y algo más que es tuyo. Muy apetitoso.

-Tú hueles a jardín -dijo Amy bruscamente mientras trataba de separar sus brazos-. ¿Quieres hacer el favor de soltarme?

-No olía a jardín cuando llegué -susurró seductoramente al oído, haciendo caso omiso de su última frase con arrogante desconsideración-. Estaba fresco después de salir de la ducha y llevaba un poco de ese aftershave que tanto te gusta, ¿recuerdas?

¿Que si se acordaba? Sus sentidos se aceleraron al sentir el aroma embriagador y sensual de su exclusivo aftershave, una mezcla de limón, almizcle y algo picante.

-No he dormido muy bien -prosiguió perezosamente mientras la colocaba con más firmeza contra su cuerpo y su cálido aliento levantaba un millón de sensaciones que Amy luchaba por ocultar-. De hecho, después de tres duchas frías a las dos, a las cuatro y a las seis respectivamente, pensé que pasando el rato en el jardín de la señora Cox me liberaría de algo de mi exceso de energía. Y estaba funcionando, hasta que entraste medio desnuda.

-No estoy medio desnuda -protestó enérgicamente, volviéndose enfadada entre sus brazos. Fue un error. Se hallaban cara a cara y Blade estrechaba las suaves curvas de su cuerpo contra el suyo-. Suéltame, Blade, lo digo en serio. Yo...

La presión de sus labios sobre los suyos ahogaron sus palabras en la garganta. Su boca era posesiva y el beso, un deliberado y experto asalto a sus sentidos. La fina capa de seda que los separaba era más erótica que la desnudez, y cuando su lengua hizo fluir un río de deseo por su cuerpo, sintió que sus labios se volvían dóciles y ansiosos bajo los suyos.

-La señora Cox... -murmuró desesperadamente mientras la cabeza le daba vueltas.

-Estaría encantada de ver a un marido dando un beso de buenos días a su mujer- refunfuñó Blade con voz gutural ante la protesta. Había levantado su cabeza el tiempo justo para hablar y Amy vio que sus ojos estaban ardientes y brillantes-. Ahora calla y déjame que termine el saludo.

Amy trató momentáneamente de detenerlo, pero sus manos y sus labios la estaban acariciando de nuevo y se hundió vertiginosamente en aquel calor sensual. Era demasiado diestro, siempre lo había sido.

-Y bien -dijo al levantar la cabeza un minuto o dos más tarde-. Dime que no te ha gustado.

Su mirada acarició burlonamente el contorno tenso de sus senos, que se perfilaba con evocador detalle bajo la seda.

-No quería que me besaras -respondió mirándolo fijamente con el rostro de color escarlata-. Ya te he dicho que...

-Que no me amas. Sí, lo sé -replicó con ojos duros y fríos-. Pero eso no es lo que yo he dicho. Dime que no te ha gustado. Y eso confirmará que te has convertido en una pequeña mentirosa de doble cara, mi amor. Porque tu cuerpo estaba dándome la bienvenida, y si no fuese porque nuestra estimada señora Cox puede molestarse un poco si nos pilla in fraganti en el suelo de la cocina, estaría muy tentado de darte exactamente lo que estas pidiendo.

-Serás arrogante, autoritario... creído...

La furia le hacía trabarse al buscar los calificativos adecuados, especialmente dada la burla lacónica que se reflejaba en cada línea de su cuerpo.

-Me confieso culpable de los dos primeros, pero del tercero... No, sé en qué cosas soy bueno, Amy, y hacer el amor es una de ellas. Es así de sencillo, si no te gusta, lo siento -dijo mirándola provocativamente. Luego la burla se tomó espeluznante-. Y cuando esté preparado, te haré mía y no serás capaz de hacer nada para evitarlo. ¿Y sabes por qué? Porque lo querrás tan desesperadamente como yo, si no más.

A Amy se le heló la sangre al ver el desprecio y la furia dibujados en su rostro.

-Jamás -dijo en voz baja, pero las facciones de Blade se volvieron de acero.

-Nunca he aceptado esa respuesta de nadie en mi vida y no tengo la intención de empezar a hacerlo contigo.

Y después de mirarla con tal mordacidad que su cuerpo ardió de la cabeza a las puntas de los pies, salió al jardín con paso majestuoso, cabeza alta y espalda recta.

Amy lo observó con los nervios destrozados mientras Blade

intercambiaba algún comentario con la señora Cox, que todavía estaba colgando la ropa al aire fresco del verano, antes de levantar la vieja pala del suelo y empezar a cavar en el parterre. Su torso desnudo a la luz del sol era bronce que se ondulaba al aplicarse a la tarea, y a Amy le sobrevino la idea, próxima a la histeria, de que nadie en el mundo habría creído que el gigante musculoso que trabajaba en el jardín de una casa de huéspedes del condado de York, era el multimillonario Blade Forbes que tenía el mundo de los negocios a su disposición. No sabía si reír o llorar, así que se preparó mecánicamente el té y las tostadas y huyó a su cuarto antes de que la señora Cox regresase a la casa.

-Lo odio- dijo hablando sola mientras caminaba por la habitación con paso agitado-. Lo está haciendo a propósito. ¿Por qué?- se preguntó deteniéndose por un momento y presionándose las sienes con los puños.

Porque nada ni nadie se había ido de su lado antes. Sabía de primera mano el efecto que tenía en las mujeres.

«Letal», se dijo irritada. Y le había dicho que no quería que volviese, que ya no la amaba, pero... Necesitaba saber si podía tenerla físicamente. ¿Es que era eso lo que significaba para él su matrimonio, a fin de cuentas?

Se frotó los ojos con las manos con cansancio. No lo creía, pero ya no estaba segura de lo que creía.

De lo que sí estaba segura era de que debía evitar estar a solas con él a toda costa. Se detuvo delante del espejo del viejo armario y sus ojos miraron fugaz y superficialmente la delicada belleza que había atraído a Blade en el pasado. Durante la mayor parte de su vida, su hermosura había sido una pesada carga para ella.

Había apartado a Sandra de su lado, destruido la cercanía que pudiera haber tenido con sus severos tíos, y en aquel momento demostraba ser una tentación para Blade incluso cuando la despreciaba

Pero la había amado, no sólo por su físico. ¿O no?

Cuando llegó la hora de ir a trabajar, estaba tranquila y fresca, con el cabello recogido en un moño y vestida con una falda de vuelo y un top holgado que cubría su figura casi por completo. Examinó ansiosamente su rostro desprovisto de todo rastro de maquillaje. Parecía muy normal, nadie se fijaría en ella. Pero, en realidad, el hecho de que no llevase adornos y ocultase púdicamente su figura bajo ropas voluminosas era una tentación sutil que acentuaba sus

atributos naturales más que encubrirlos.

Inspiró profundamente antes de dejar el refugio de su habitación, consciente de que Blade estaba en el jardín delantero. Le había oído reír con la señora Cox en la cocina a la hora del almuerzo, después de trabajar en el jardín de atrás durante la mayor parte de la mañana. Pero se había trasladado al frente de la casa, y tendría que volver a verlo antes de irse. Rechinó los dientes al abrir lentamente la puerta de la entrada.

-Voy a acercarme a la ciudad más próxima para comprar algunas semillas de césped -dijo Blade en respuesta a su apresurado saludo de despedida cuando pasaba delante de él-. Llegas tarde, ¿quieres que te lleve?

-No llego tarde -dijo resignándose a mirarlo. Se estremeció levemente al ver cómo descolgaba su camisa de una rama cercana-. De hecho, he quedado con John al final del camino; a veces me lleva en coche al trabajo. Es muy amable de su parte -concluyó débilmente al tiempo que las cejas oscuras se elevaban con sorna.

-Desde luego.

Se puso la camisa lentamente sin apartar su mirada de Amy, y a ella se le encogió el estómago al ver el movimiento de su musculatura. Había estado esperándola como un enorme y poderoso animal que acechase pacientemente a su presa para luego abalanzarse despiadadamente sobre ella. La tentaba sexualmente porque sabía el efecto que le producía su cuerpo.

Lo miró durante un largo instante sin responder, pero el rostro duro y sarcástico no alteró su gesto burlón.

-No me gusta esta faceta tuya -dijo lentamente mientras se volvía –. Es rastrera y...

-¡Rastrera! -exclamó, y sus ojos se llenaron de una furia acalorada que le hizo comprender que había ido demasiado lejos. La giró con tanta fuerza que Amy aterrizó de una sacudida contra la dura pared de su pecho, y Blade la mantuvo agarrada por los antebrazos-. ¡Y tú me lo dices! Me estás pidiendo que te dé una lección de buenas maneras, jovencita, y éste es el momento.

-¡Amy!

Se oyó la voz de la señora Cox desde el interior de la casa y Blade se puso rígido momentáneamente.

Luego la apartó de su cuerpo con una pequeña exclamación de disgusto.

-¿Por qué demonios me preocupo? -dijo con ojos sombríos de desprecio-. Ve y no faltes a tu cita

-¿Amy?- inquirió la señora Cox, que había aparecido en la entrada

de la casa. En el rostro redondo de su casera se dibujó una sonrisa-. Me alegro de haberte alcanzado antes de que te fueras, hija. Arthur ha telefoneado. Ha tenido que ir a recoger algo de carne que debía haber llegado hace un rato y ha dicho que te asegures de llevar las llaves para que puedas entrar. ¿Las tienes?

-Sí, señora Cox -respondió forzando una pequeña sonrisa-. Gracias, hasta luego.

Se volvió y cruzó la verja con la cabeza alta antes de que nadie pudiera decir otra palabra, pero las lágrimas que fluían por su rostro convirtieron el estrecho camino en una nebulosa de color verde. La había mirado como si la odiase realmente...

-Aléjate de mí, Blade- habló en voz alta al aire cálido y en calma mientras avanzaba a paso raudo por el camino sombreado por enormes árboles viejos a cada lado-. Puedo soportar la pena, la soledad y todo lo demás si te mantienes lejos de mí.

Pero ni podía oírla ni estaba segura de querer que lo hiciese.

John estaba esperando donde siempre, aparcado a un lado del camino, en un apartadero vallado desde el que se veían los campos que surcaban la pradera llena de ovejas.

-¿Amy?- preguntó. Su sonrisa había desaparecido en el momento en que vio su expresión-. ¿Qué pasa?

-Es Blade -respondió. Tomó el pañuelo que le ofrecía al tiempo que se dejaba caer en el asiento gastado junto a él y aspiraba por la nariz tristemente-. Está ayudando a la señora Cox con el jardín.

-¿Qué? No puedo creerlo -dijo John, atónito.

-Yo tampoco, al principio -dijo en voz baja-. Y es tan hostil...

-¿Te ha hecho daño?- inquirió John, girando la cabeza y mirando hacia el camino furiosamente.

-No, nada de eso -dijo forzando una débil sonrisa-. Es una tontería. Acabará renunciando y se irá, no tendrá más remedio. Sólo tengo que arreglármelas hasta entonces.

-Esto es de locos -dijo John rodeándole los hombros con el brazo y dándole un reconfortante abrazo-. ¿Quieres que hable con él?

-No- respondió sacudiendo la cabeza lentamente-. Eso es lo peor que puedes hacer. Ya sabes que piensa que nosotros...- se interrumpió un tanto avergonzada-. Lo siento.

-No lo sientas -dijo sonriéndole y mirándola con ojos azules dulces y cálidos-. Me halagas enormemente. Nunca has pensado en mí en ese sentido, ¿verdad?

-Por supuesto que no -respondió sonriente otra vez-. Somos amigos, ¿no?

John permaneció inmóvil por un momento antes de suspirar

suavemente y girarla para mirarla de frente.

-¿Amigos? Desde luego, pero me gustaría ser algo más. Seguro que sabes lo que he sentido siempre por ti, Amy... Eras tan joven cuando nos conocimos, y yo no quería forzar las cosas. Además, estaba atado a Carol por entonces, así que era imposible. Pero cuando recibí la invitación a la boda...

Por un momento la expresión plácida de John había abandonado su rostro y en su lugar Amy veía... algo que no quería ver.

-John, por favor...

-No, escúchame, Amy -dijo John sujetándola con fuerza-. Lo lamentaré el resto de mi vida si no te digo cómo me siento. Cuando viniste a mí aquí, fue como un sueño hecho realidad. Ya sé que tú sólo ves en mí a un amigo- añadió acercándose levemente-. Pero has dejado a Blade, Amy, sea cual sea la razón. ¿Crees que puedes llegar a quererme?

Al inclinarse para tomar sus labios, Amy volvió la cabeza bruscamente y sus labios sólo rozaron su mejilla, pero en aquel instante oyó pasar el coche de Blade a toda velocidad por el polvoriento camino.

-John...

Amy inspiró profundamente al tiempo que forcejeaba para liberarse, y John la dejó ir fácilmente. Miró por la ventana y vio la nube de polvo que había dejado el potente coche de Blade, y John frunció el ceño con consternación.

-¿Ese era...?

-Iba a comprar algunas semillas de césped -asintió Amy-. Para el jardín -añadió innecesariamente.

-Vaya, lo siento, pero eso no cambia las cosas...

Amy cortó a John en seco sacudiendo levemente la cabeza y apelando a su comprensión con la mirada.

-John, lo siento... -empezó a decir, pero se detuvo sin saber cuánto cantarle. No le había hablado a nadie de la enfermedad, pero tal vez...

-¿No hay esperanza?- preguntó. La miró durante un largo instante y luego asintió con la cabeza lentamente-. En realidad, ya lo sabia, pero tenía que decirlo. ¿Me perdonas?

-No seas tonto, no hay nada que perdonar. Lo que pasa es que amo a Blade desde el momento en que lo conocí, y siempre lo amaré. Te aprecio como amigo, mi mejor amigo, y si las cosas hubiesen sido diferentes... pero no lo han sido- le respondió. No quería decir demasiadas cosas, pero le debía una pequeña explicación-. No fue culpa de Blade que me marchase, pero no puedo decirte nada más, tendrás que confiar en mí. No hizo nada malo, todo lo contrario.

-Entonces, ¿por qué...?

-John, por favor- le suplicó empalideciendo-. Si pudiera hablar de esto con alguien, sería contigo, pero te lo aseguro, no puedo.

-Amy, si estás metida en algún lío, haré lo que sea por ayudarte. Y olvida todo lo que acabo de decir. No habrá condiciones,

-Oh, John... -exclamó luchando por contener las lágrimas, conmovida por el sentimiento que había confesado y por su inquebrantable amistad, especialmente cuando debía de estar sufriendo por lo que sentía por ella-. John, lo siento mucho.

-No pasa nada -dijo apartándose de Amy y recostándose en su asiento con gesto de resignación-. Pero estaré aquí siempre si me necesitas. Y ahora, vamos a llevarte al trabajo antes de que Arthur empiece a gritar.

La tarde y la noche fueron largas y difíciles, con multitud de pequeños contratiempos que hicieron que a la hora de marcharse, Amy tuviese ganas de chillar. Y se sentía tan mal por John, y Blade, por todo...

De pronto, tuvo un intenso deseo de ser egoísta, de contarle a Blade la verdad y dejar el peso sobre sus hombros. Pero la idea murió nada más nacer. En el mejor de los casos, la miraría con amor, pena, compasión y quizá, entrelazada con esas emociones, repulsión. En el peor de los casos, destruiría su vida en el momento en que confesase la verdad.

Cargó el lavavajillas de la pequeña cocina apretando la mandíbula con tanta fuerza que los dientes le dolían.

Tenía que acabar con la autocompasión. A lo hecho, pecho.

-¿Amy?

La noche era suave y cálida, un regalo de aquel día excepcionalmente caluroso, y mientras permanecía un momento de pie en el peldaño del restaurante, respirando el aire limpio y cargado de aromas, sintió una punzada de placer pensando que en aquel instante seguía llena de vitalidad. Sólo existía aquella noche tranquila y reconfortante en un pueblo del candado de York, aquel dulce olor a humo de leña y la fragancia de la

hierba verde y de las flores silvestres que la brisa arrastraba desde el páramo.

-¿Amy?- repitió Blade, devolviendo a Amy a la realidad con dolorosa inmediatez-. Quiero hablar contigo. Te llevaré a casa.

Salió de las sombras para mirarla y Amy avistó el coche, que estaba aparcado a algunos metros de distancia.

Lo observó casi con mirada estúpida al darse cuenta de que tenía un aspecto viril e increíblemente peligroso vestido con aquellos pantalones y aquella camisa de algodón negro.

-¿Llevarme a casa? No, creo que no. Y no tenemos nada de qué hablar, Blade. Hemos terminado.

-No lo niego- respondió fríamente con un brillo en lo profundo de su mirada que no podía comprender del todo-. Pero como parece que los dos estamos viviendo en el mismo pueblo, necesitamos fijar las reglas básicas, entre las que no se incluye besuquear a tu amiguito a plena luz del día.

-Pero tú no tienes por qué vivir aquí -respondió acaloradamente, furiosa por cómo manipulaba acontecimientos.

-¿Y tú, sí?- preguntó con arrogancia.

-Sí- le espetó-. Y si fueses la mitad de lo sensible que pensaba que eras, me dejarías en paz. No necesito...

-Pero no soy sensible, Amy, ¿a que no? -preguntó arrastrando las palabras con una frialdad que resultaba espeluznante-. Y por lo que respecta a lo que necesitas o dejas de necesitar... no me importa lo más mínimo.

-Entonces, ¿por qué has venido esta noche? -preguntó con desesperación-. ¿Qué sentido tiene torturarme de esta manera?

-Vamos, vamos -dijo en tono casi de aburrimiento-. Te pones un poco trágica, ¿no? Ya te lo he dicho.

-Tratas de alejarme de aquí, ¿verdad? -declaró dolorosamente-. ¿Este acoso es parte del castigo?

-Sí, lo es, ¿por qué esperas que actúe de otra manera? -preguntó fríamente-. No me he percatado de que me tratases con amor y consideración últimamente, ¿o es que me lo he perdido?

El sarcasmo era cáustico. Amy lo miró y no respondió, pero algo en sus ojos reflejó su agonía, porque, al instante siguiente, Blade se hallaba a su lado. La agarró del brazo y la obligó a bajar la escalera y caminar hacia el coche a tanta velocidad, que sintió que sus pies no rozaban el suelo.

-Maldita sea, Amy. Si dejas que te toque otra vez...

-¡Suéltame! -exclamó tratando de liberarse, pero sólo consiguió lastimarse tanto el brazo que sus ojos se llenaron de lágrimas-. ¡Blade!

-Deja de chillar- le ordenó mientras abría la puerta y le hacía entrar con un solo movimiento. Se deslizó en el asiento del conductor un segundo después, cuando Amy se frotaba el brazo con desesperación-. Admito que tengas una mala opinión de mí, pero incluso yo, no caigo en el secuestro, si es eso lo que te preocupa. Te dejaré en tu casa, pero primero te diré las reglas básicas por lo que se

refiere a tu amiguito, ¿de acuerdo?

-No -replicó con furia mientras el color de su rostro iba y venía-. ¿Cómo te atreves a maltratarme? No soy un paquete extraviado que puedas ir tirando por ahí...

-No, eres mi mujer -dijo con amarga crudeza-. Al principio, pensé que esto era un juego para ti, nuestro matrimonio, todo. Pero ahora no estoy tan seguro. Después de verte con John... Creo que hay algo más, algo que todavía no logro entender -continuó escrutando su pálido rostro, y aquel agudo discernimiento que lo convertía en un adversario magnífico estaba en plena acción-. Así que... debo suponer que algo ocurrió durante las cuarenta y ocho horas que estuve en Francia. Algo trascendental. Sé por los sirvientes que te fuiste por la mañana temprano en el coche y que regresaste avanzada la noche, pero nada más aparte de eso. No me gustan los misterios, Amy.

-Quiero el divorcio- dijo Amy. Estaba acercándose demasiado-. Eso es todo lo que impor...

-No, mi hermosa y pequeña esposa, no es eso todo lo que importa -la interrumpió bruscamente-. Debo admitir que puedes ser egoísta y cruel, pero de lo que estoy seguro es de que no eres feliz. Puede que algo que te esté remordiendo la conciencia, no lo sé. Pero lo sabré- le dijo, y Amy no podía soportar la burla de su mirada-. Porque quiero mi parte del botín. Ya sé que no es agradable y nada británico decirlo, pero no soy británico- añadió riéndose con un sonido que le heló la sangre-. Y tu cuerpo tiene cierto atractivo. Como el mío lo tiene a tus ojos. No te molestes en negarlo, pasado un tiempo resulta aburrido.

Puso en marcha el motor y el enorme coche rugió en seguida, husmeando la carretera en cuanto los potentes faros se encendieron en la oscuridad.

-¿Alguna vez yaces despierta por la noche en la cama pensando en mí y sintiendo un anhelo que no desaparece? ¿Pensando en las cosas que hacíamos? ¿En cómo solías gemir mi nombre una y otra vez?

-Ya basta -dijo con voz tensa-. No pienso escucharte.

-¿No? -la retó lacónicamente-. Un poco atrevido, cuando estás en mi coche a ochenta kilómetros por hora con la puerta cerrada.

Por un momento. Amy sintió que h rabia arrastraba todas las demás emociones de su cuerpo. Estaba siendo cruel y odioso, y no sabía cómo pararlo. Era como si se hubiese entregado a una fuerza severa que lo hubiese vaciado de todos sus buenos sentimientos dejando sólo su lado oscuro.

-Te odio...

Era cierto. ¿Es que no sabía que todo era por él, que ella sufría diez veces más lo que él estaba soportando?

No podía haberla querido de verdad si la trataba de aquella manera

-Al menos tu odio es real, más real que toda esa basura que me has estado soltando durante días. No puedes ignorar el odio, no te dejará.

-No te he ignorado a ti -dijo Amy mirándolo con sorpresa-. Nunca te he ignorado.

-Entonces, eres toda una actriz, cariño. Una o dos veces antes de venir empecé a pensar que era el hombre invisible, fuera de tu vista, de tus pensamientos. ¿De verdad pensaste que me conformaría con unas pocas palabras garabateadas en un trozo de papel?

-Estás hablando de sexo -le replicó Amy llanamente.

-¿Ah, sí?

Conducía demasiado deprisa para la carretera estrecha y sinuosa, pero a Amy no le importó. En aquel momento no le importaba nada.

-Bueno, si tú lo dices, será así. Ya lo has decidido todo. ¿Quién soy yo para discutirlo? Pero te digo una cosa: si veo a la babosa tocándote de nuevo, correrá la sangre, con muletas o sin ellas.

-¿Ves como estás hablando de sexo? Lujuria animal ¿A dónde vamos, por cierto? Por aquí no se va a casa.

-En cuanto a lo primero, te di a elegir y decidiste no comprometerte. Amantes, no amigos, ¿recuerdas? Y en cuanto a lo segundo, estás en lo cierto, éste no es el camino que conduce a la pequeña y segura casa de la señora Cox -dijo en tono frío y sarcástico-. Por aquí se va a un lugar muy distinto.

-¿A dónde?

A Blade no le pasó desapercibida la nota de alarma en su voz y sonrió con satisfacción.

-Ten paciencia, cariño, todo será revelado -dijo suavemente, dejando a un lado toda emoción-. No te puede pasar nada, después de todo, estamos casados, es del todo legal.

-Si estás planeando una violación, eso no es legal en ninguna circunstancia, tanto si estamos casados como si no -dijo con voz tensa ocultando todo estremecimiento de miedo al hablar-. Nunca te perdonaría...

-¿Violación?- inquirió. Tuvo la desfachatez de sonreír, y Amy le hubiese golpeado de no ser porque iban a velocidad suicida-. Pocos segundos después de tocarte no será violación, y los dos lo sabemos. Pero estás dando por hecho muchas cosas, ¿no te parece? Ni siquiera te lo he pedido.

Amy se pasó la mano por los ojos distraídamente mientras trataba de serenarse.

-Pensé que, tal vez, el ilustre John estuviese esperándote en su

carroza. Especialmente después de la escena conmovedora de este mediodía.

-Ha ido a Londres para su tratamiento- dijo en tono glacial mientras mantenía la mirada al frente-. Y ya te lo he dicho, sólo estábamos hablando.

-Me dices muchas cosas, cariño -dijo con voz peligrosamente suave-. El problema es separar la cizaña del buen grano.

-No voy a discutir contigo, Blade...

-Eso resultará agradable, para variar -dijo irónicamente-. Relájate y disfruta del paseo.

«Disfruta del paseo». Al oír aquella frase vio a Sandra tan nítidamente como si estuviese en el coche. Se había sentido sorprendida y aliviada cuando, al llegar a la casa de su hermana aquella mañana, le había dejado entrar. Durante el largo viaje a su casa, había previsto un brusco rechazo, como cuando a los dieciséis años había estado ansiosa de renovar su amistad con ella. Pero en aquella ocasión, Sandra le permitió visitarla, y mientras su marido la conducía a una amplia habitación en el piso de abajo, trató de preparar a Amy para el cambio que vería en ella.

-Está enferma, Amy -le había susurrado antes de llamar a la vieja puerta descascarillada-, pero es una buena señal que haya accedido a hablar contigo. Necesita hacer las paces con el pasado.

-No comprendo -había dicho Amy, mirando aquel rostro amable con los ojos muy abiertos y pensativos-. ¿Qué quieres decir?

-Sandra te lo explicará -replicó llamando a la puerta y haciéndole entrar en la habitación apresuradamente-. Estaré en el jardín si me necesitas. Volveré con un poco de café.

Su hermana había levantado la vista cuando entró y a Amy se le había encogido el corazón al verla tan cambiada. Seis años habían hecho estragos en ella.

-Amy. Querida, dulce y bondadosa pequeña Amy -había dicho Sandra en voz baja y tensa, y Amy se había parado a medio camino hacia donde estaba-. De modo que has vuelto. Confiaba en que lo hicieras.

-¿De veras? -preguntó Amy con vacilación en medio de aquella habitación de aspecto lastimoso mirando al rostro amargamente contraído.

-¿Y tu marido?- inquirió entornando los ojos-. ¿No está contigo?

-No -respondió Amy con la extraña sensación de que había algo maligno en aquella habitación, algo frío y decididamente depravado, y deseó con todas sus fuerzas haberse quedado en casa-. Está en viaje de negocios.

-Cómo no, el joven ambicioso- rió Sandra suavemente.

-Sí, bueno... ¿Cómo estás?

-¿Cómo estoy? -repitió Sandra. Su cuerpo se había arqueado levemente en la silla de ruedas y una alfombrilla de crochet la cubría de cintura para abajo. Sus manos descansaban sobre los brazos de su asiento-. Me estoy muriendo, Amy, ¿no lo sabías?

-Estás... -dijo Amy, pero su voz se ahogó e inspiró profundamente antes de seguir adelante-. Tu marido ha dicho que estás enferma, pero no comprendí...

-Hay muchas cosas que no comprendías al entrar aquí, pero lo harás antes de salir -la interrumpió. Su voz denotaba una inmensa satisfacción y gratificación maligna-. Pero ya estoy olvidando mis modales. ¿Cómo estás, hermanita? -inquirió, y Amy supo que algo horrendo estaba a punto de ocurrir-. ¿Estás disfrutando del paseo?

-¿Del paseo?

Amy trató de sonreír, pero vio que no podía.

-El paseo por la vida -había silbado Sandra malévolamente-. Mírate con tu riqueza y tu hermosura y tu marido millonario. Debes de estar disfrutando del paseo, ¿no?

-Si... sí, claro.

-Bien -dijo Sandra sonriendo con diabólica fiereza-. Tengo noticias para ti, hermanita.

Y así empezó la destrucción de su mundo...

-Ya hemos llegado.

La voz de Blade la devolvió al presente y Amy, alarmada, echó un vistazo a la pequeña casa de campo situada enfrente de ellos, en su propio y cuidado jardín, sin otra vivienda a la vista-. Éste es el chalé que he alquilado, apartado...

-Y solitario -concluyó Amy mirando el paisaje de bosques que los rodeaban-. ¿Dónde está la casa más próxima?

-A unos ochocientos metros -respondió sonriendo lentamente-. Es tranquilo, ¿verdad? Hay un pequeño arroyo que fluye por la parte baja del jardín y una guarida de tejones en ese bosquecillo del fondo, pero sólo está a cinco minutos del pueblo.

-Nunca te había tomado por un pueblerino -dijo fríamente cuando Blade rodeaba el coche para abrirle la puerta-. Y de ninguna manera voy a salir de este coche, quiero volver ya mismo.

-¿Pueblerino? -inquirió inclinándose por un momento sobre la puerta abierta-. Bueno, si con eso quieres decir que me gusta este lugar, ya somos dos. Pero también me gustan las luces brillantes. Soy un hombre de grandes apetitos, y tengo la buena fortuna de poder darles rienda suelta.

La insinuación era evidente y Amy enrojeció de furia al tiempo que bajaba la vista.

-Lo digo en serio, no voy a salir de este coche.

-No seas pesada -dijo perezosamente-. Te estoy invitando a tomar un café después de un largo día y a que eches un vistazo por este lugar, eso es todo. Por lo menos, deberlas entrar y telefonear a la señora Cox para explicarle que regresarás un poco más tarde.

Pero Amy siguió sin moverse.

-Amy, soy un hombre mayorcito y ya he pasado la etapa de andar metiendo mano cada vez que se presenta la oportunidad. Quiero llevar nuestra relación en un plano más civilizado, eso es todo. Además, tú eres la que no quiere ningún contacto físico -concluyó riéndose suavemente.

-¿Tengo tu palabra de que lo recordarás si entro un rato?

-Por supuesto. Vamos allá.

Mientras abría la vieja puerta de madera de la entrada y la conducía a través de la pequeña y coqueta habitación que había tras ella, su voz parecía satisfecha.

-Entra en mi salón, le dijo la araña a la mosca.

Amy miró por un segundo su rostro duro y atractivo y se le heló la sangre. Era una trampa, una trampa muy bien dirigida, y de repente supo cómo se había sentido la mosca de la vieja poesía infantil. Pero era tarde, demasiado tarde.

Capítulo 6

-DEJA de poner cara trágica.

Estaban sentados frente a una vieja chimenea cuidadosamente restaurada que dominaba la pequeña habitación llena de viejas vigas de madera.

Las bonitas fundas de raraza que cubrían dos grandes sillones hacían juego con las cortinas de las ventanas estrechas y emplomadas.

-No voy a comerte viva.

Amy levantó la vista de la chimenea lentamente.

Lo primero que habla percibido después del pánico inicial había sido un enorme ramo de flores frescas colocado en el lugar del fuego, y su fragancia veraniega le producía escalofríos en el alma. No podía tener una confirmación más idónea de que lo que estaba hacienda era lo correcto.

-¿Las las cambias a diario?

-¿Qué?- inquirió con mirada de desconcierto.

-Las flores -aclaró sorbiendo el café hirviendo que Blade acababa de preparar en la pequeña y pintoresca cocina-. ¿Pones unas nuevas cada día?

Blade dejó de mirar su pálido rostro y contempló las delicadas flores para luego volverla a mirar entornando los ojos al ver su expresión.

-No -dijo inclinándose un poco hacia delante al hablar, escrutando su cara con determinación-. Son del jardín. A la luz del día es un estallido de color, pero sería una pena robarle toda su belleza. Éstas llevan unos días, pero les cambio el agua a diario... ¿Es que es importante para ti por alguna razón?

-Por supuesto que no- replicó tratando de sonreír, pero fue en vano-. Curiosidad, eso es todo.

-Ya entiendo -dijo Blade, aunque era evidente que no lo entendía-. Bueno, ¿qué te parece este sitio? Bonito, ¿eh?

-Es muy agradable -respondió con cautela.

-Deberías haber subido al piso de arriba -dijo con voz afable, pero su mirada era malvada cuando vio el rubor de sus mejillas-. Los dos dormitorios son realmente de la vieja Inglaterra, con techos inclinados y ventanas emplomadas de minúsculos rombos...

-He estado en un montón de casas de campo en mis tiempos, Blade- lo interrumpió con voz tensa-. Ya sé cómo son los dormitorios del piso de arriba -añadió. Tomó otro sorbo desesperado de café y miró la hora por quinta vez en cinco minutos-. Me tengo que ir ya, de verdad.

-¿Quieres tomar un brandy con el café? -preguntó ignorando por completo el significado de sus palabras-. Parece que lo necesitas.

Su aspecto era abrumadoramente masculino en aquella reducida y coqueta habitación. La camisa y los pantalones negros resaltaban la férrea fuerza de su cuerpo alto y esbelto y eI moreno oscuro de su tez. Se levantó lentamente al tiempo que ella negaba con la cabeza.

-Eso debe de ser doloroso -dijo Blade con mirada pensativa.

-¿El qué? -preguntó Amy, mirándolo confundida.

Estaba de pie delante de ella, y su olor limpio y delicioso le estaba haciendo encoger el estómago en señal de protesta.

-Lo tirante que tienes el pelo recogido. Tu cuero cabelludo debe de estar protestando a gritos -le dijo tendiendo una mano grande y soltando el moño con un hábil movimiento. Dio un paso hacia atrás con aprobación al ver su pelo caer en cascada sobre sus hombros en un derroche de oro intenso-. No me digas que así no está mejor.

-Estaba bien como estaba -le espetó rápidamente-. Tengo que irme ya, Blade, por favor. Pasó los dedos por su melena al tiempo que enrojecía Aquello podía írsele de las manos, que era exactamente lo que él había planeado. Había sido una locura seguirlo hasta allí.

-Dentro de un rato.

Cruzó lentamente la habitación hasta una mesita que estaba debajo de una de las ventanas y le sirvió un poco de brandy. ¿Otra táctica dilatoria?

-Te dije que no quería -replicó mirando el licor oscuro en el fondo de la copa de balón-. ¿Tú no tomas?

-No bebo cuando conduzco -dijo brevemente. Se volvió a sentar y estiró sus largas piernas confortablemente, relajando el cuerpo.

No como ella, pensó Amy compungidamente. Tenía los nervios más en tensión que un muelle. El, en cambio, tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás.

-¿De qué tienes tanto miedo, Amy?- le preguntó sin abrir los ojos.

-No sé de qué me hablas -dijo con voz inexpresiva mientras le latía con fuerza el corazón.

-Creo que sí- replicó cambiando la postura en el sillón y sonriendo fríamente todavía sin abrir los ojos-. Estar en compañía de una gata sobre un tejado de zinc sería fácil en comparación contigo. ¿Qué ocultas? ¿Un lío de una noche?

Los ojos negros se habían abierto y su inmovilidad era amenazadora. Amy respiró profundamente al ir al encuentro de aquellos ojos penetrantes.

-¿Es eso lo que piensas?

-¿Me has devuelto la pelota? Muy lista, cielo. No, no lo pienso.

Pero he descubierto que no puedo fiarme mucho de mis sentimientos por lo que a ti respecta, y no me gusta, Amy.

-Lo siento -respondió mirándolo fijamente, atónita por su frío control.

-Te deseo mucho físicamente, mucho -dijo en tono casi coloquial-. A pesar de todo lo que ha ocurrido, eso no desaparece. Maldito inconveniente, la verdad.

Se irguió con un fluido movimiento y entonces, Amy vio al verdadero Blade en un instante desgarrador, antes de que se enmascarase el alma, ocultándola de su escrutinio. Vio un fuego de furia y mordacidad ávido de consumir y destruir, y por primera vez desde que entrara en la casa, sintió el más puro terror.

-Si... -dijo levantándose lentamente, con miedo de moverse demasiado deprisa, de hacer algo que pudiese desatar al monstruo que había en su interior-. Bueno, si estás listo...

-No, no lo estoy -replicó mirándola sombríamente-. Y no has tocado el brandy.

Amy observó silenciosamente cómo bebía de un trago el contenido de su taza.

-¿Más café?- inquirió.

-No, gracias.

Amy se hundió de nuevo en el asiento mientras él entraba en la cocina a servirse más café. Estaba sentada al borde del sillón con las manos juntas en el regazo y las rodillas pegadas una a la otra.

-Tu abogado ha notificado al mío que no quieres llegar a ningún tipo de acuerdo financiero. ¿Es eso cierto? -preguntó Blade desde la cocina con un tono áspero y abrasivo.

-Sí- dijo Amy, y su voz se ahogó en su garganta-. Sí, es cierto. Después de todo, es culpa mía: no sería justo si...

-¿Qué significa exactamente que todo es culpa tuya, Amy?

Apareció en el umbral y su corazón estuvo a punto de dejar de latir al verlo. Era tan frío... Si pudiese dejar de amarlo, de desearlo, aquello le resultaría mucho más fácil, pero supo con espantosa certeza que no podría a pesar de todo lo que le dijese o hiciese. Él representaba todo lo que había siempre soñado. Y en aquellos momentos, la despreciaba y la odiaba, y tenía que seguir siendo así.

Lo miró con los ojos llenos de recelo y confusión mientras él se acercaba.

-Ya te lo he dicho -dijo moviendo sus labios blancos al tiempo que Blade se detenía para arrodillarse junto a ella-. Comprendí que habíamos cometido un error, eso es todo, que éramos incompatibles...

-¡Qué demonio vamos a ser incompatibles! -rugió. Desde que entró

en la casa supo que iba a hacerle el amor y, en aquel momento, cuando el calor de su boca quemaba sus labios, se dio cuenta de que su resistencia era meramente simbólica-. Eres mía, Amy, siempre serás mía. Si de verdad creyera que te has acostado con John, lo mataría...

No supo exactamente cómo llegaron a estar sobre la gruesa alfombra de piel de oveja de delante de la chimenea, pero al sentir todo su cuerpo contra el suyo todos sus lúcidos pensamientos desaparecieron.

Levantó las manos hasta sus hombros y la nuca, y sus dedos se deleitaron sintiendo su cabello grueso y viril cuando bajó la cabeza buscando sus labios. Su boca era embriagadora y sensual. Blade deslizó las manos desde su cintura para abrir su blusa febrilmente, buscando y encontrando la línea firme y sedosa de sus senos al tiempo que desajustaba su sujetador hábilmente para liberarlos.

Sus caricias eran como fuego para sus sentidos, y las ondas de placer que recorrían su cuerpo eran inconfundibles. Y cuando sus labios siguieron a sus manos en sus seductoras caricias y aumentaron su ansia, Amy susurró su nombre una y otra vez, medio loca de deseo.

Sus dedos acariciaban el cuerpo duro y masculino bajo la camisa, deleitándose con su tacto y olor familiares, y sintió que su necesidad crecía hasta alcanzar desmesuradas proporciones. Había estado en dique seco tanto tiempo...

-Te necesito, Amy -dijo Blade con voz grave y sonora, un eco de su propio corazón. Y ya la corriente, imparable, les estaba arrastrando basta el desenlace final-. Eres tan perfecta, mi amor.

¿Tan perfecta? Aquellas palabras fueron como hiel en su boca. Por un momento no se dio cuenta de que se había quedado inmóvil bajo su cuerpo, pero luego, cuando arrancó sus labios de los de Blade y le golpeó frenéticamente la espalda, le oyó gemir desde lo más profundo de su garganta.

-Amy, no puedes hacer esto...

Pero incluso mientras lo decía se apartó de su lado y se sentó con un movimiento violento, llenando la pequeña habitación con su respiración entrecortada.

Se había detenido. Amy yacía exactamente como la había dejado, con las ropas abiertas y desordenadas, y el corazón latiéndole con tanta intensidad que la habitación se desvaneció por un momento. Podía haberla poseído, había estado tan cerca de hacerlo, pero a pesar de sus amenazas se había detenido.

Permanecieron inmóviles durante todo un minuto en el que Blade luchó por recuperar el control. Luego se levantó lentamente, pero sin mirarla ni una sola vez.

-Estaré esperándote fuera hasta que estés lista -dijo con voz inexpresiva y fría-. Tómate el tiempo que necesites.

Oyó cómo abría y cerraba la puerta de la entrada y se quedó sola, llorando ahogadamente, y sus lágrimas humedecieron sus cabellos adhiriéndolos a la cara.

Nunca se lo perdonaría, pensó tristemente mientras se incorporaba y se ajustaba la ropa con manos temblorosas y débiles. Tal vez tenían que haber llegado hasta ese punto para que Blade finalmente aceptase que habían terminado... Pero ella no quería que se terminase. Quería que siguiese intentándolo, que estuviese cerca de ella, porque si no... Sus ajos se abrieron desmesuradamente. Si no, nunca volvería.

Se puso en pie trabajosamente. Se estaba volviendo loca... «Te estás derrumbando, chica», se dijo a sí misma mientras se retiraba los mechones húmedos de la cara. «Eres tan perfecta». Aquella frase produjo un cataclismo porque lo resumía todo. Ya no era perfecta, estaba estropeada sin remedio. «Una preciosa muñequita». Las palabras de Sandra estaban grabadas en su alma con letras de fuego, pero sus ojos se habían secado cuando se reunió con él en el coche. La miró una sola vez y luego se concentró en la oscuridad iluminada por los faros.

-¿Debo pensar que ha sido una lección sobre lo hábilmente que puedes pasar del ardor a la frialdad? -preguntó después de transcurridos varios minutos en silencio.

-No lo planeé, Blade -protestó en voz baja sin mirar su oscuro perfil-. ¿Puedes decir tú lo mismo?

-Si lo hice, desde luego no fue uno de mis mejores negocios, ¿verdad? -refunfuñó amargamente y con cáustica mordacidad-. Creí que te conocía, Amy. Hubiese apostado mi vida por ello... ¡Qué diablos! Detesto a los malos perdedores.

Pero Amy no percibió el tono de desprecio por sí mismo de sus palabras.

-¿Acaso era eso en lo que pensabas cuando hacíamos el amor? ¿Uno de nosotros ganando y el otro perdiendo? -le preguntó volviéndose para mirarlo.

Se puso rígido, y apretó el volante haciendo que sus nudillos se pusieran blancos. Luego se relajó lentamente.

-Eso es lo que esperarías de mí, ¿verdad? Lo has dejado ver muy claramente. Y quizás tengas razón. Según tú, sólo hubo sexo en su forma más cruda entre nosotros, por lo menos por tu parte, ¿no es así?

Se quedó helada, incapaz de responder.

-¡Sí!- exclamó con un profundo respiro mientras se obligaba a seguir, a terminar de cavar su propia tumba-. Ahora lo he visto claro.

Fuiste mi primer amante y malinterpreté lo que sentía, la atracción física, pensando que era amor. No tenía nada con qué compararlo...

Su voz se apagó al sentir la total inmovilidad de su cuerpo.

-No te creo, Amy. Llámalo intuición o sexto sentido, pero hay algo más en todo esto. De todos modos, has tomado una decisión y no voy a tratar de disuadirte. Nuestro matrimonio ha terminado. Lo acepto.

-¿De verdad?

¿Qué había sido de su convencimiento de saber que hacía lo correcto?

-Sí.

Durante el resto del trayecto hasta su casa, permanecieron en tenso silencio, pero Amy nunca había sido tan consciente del cuerpo alto y masculino que estaba junto a ella. Cuando entraron en el camino que conducía al chalé de la señora Cox, se volvió a mirarlo con su pálido rostro.

-Entonces, esto es el adiós -declaró con voz inexpresiva-. Imagino que regresarás a Londres mañana, debes de tener muchas cosas que hacer.

-Sí, tengo mucho que hacer -dijo mientras detenía el coche sin apagar el motor. Salió para abrirle la puerta-. Pero le he hecho una promesa a la señora Cox y estaré por aquí durante un tiempo. No tienes por qué preocuparte... -dijo con tono burlón-. Te dejaré en paz.

-Gracias.

Si el mundo se hubiese detenido en aquel mismo instante, no le hubiese importado lo más mínimo. Era demasiado. Se iría en cuestión de un día, de una semana, creyendo que era lo que ella quería. Cerró los ojos con fuerza por un momento. Debía aceptar que su matrimonio había terminado. Había seguido aferrándose a él, ¿cómo no se había dado cuenta antes?

-Adiós, Blade.

Pasó delante de él sin mirarlo a la cara, caminando con pasos cuidadosamente calculados hasta la puerta de la entrada y deslizándose en el interior de la casa silenciosamente, como una pequeña sombra etérea. Cuando la puerta se cerró tras ella, Blade permaneció mirándola fijamente durante largo tiempo y, finalmente, se sentó en el asiento del coche con el rostro empapado y los puños cerrados con fuerza mientras golpeaba el sólido salpicadero una y otra vez.

Capítulo 7

SI ALGUIEN le hubiese dicho a Amy que volvería a reír, especialmente en presencia de Blade, no lo hubiera creído, pero eso fue exactamente lo que se encontró haciendo cinco días después de la fatídica visita a la casa de campo de Blade.

Los días intermedios habían creado una rutina casi imperceptiblemente. Blade llegaba a media mañana a trabajar en la selva del jardín de atrás de la señora Cox hasta después de que ella se fuese al restaurante.

Como el jardín delantero había mejorado enormemente, Amy dedujo que se trasladaba allí de vez en cuando una vez que ella ya se había ido, para evitar un encuentro. Era doloroso, pero no tanto como sería el verlo, se decía tristemente noche tras noche mientras yacía despierta dando vueltas en la cama hasta la madrugada.

Lo que la asustaba era que apenas se reconocía a sí misma. La vieja Amy había sido muy joven e infantil, dolorosamente insegura y con una necesidad casi obsesiva de ser amada. La nueva criatura que había nacido de toda la angustia y dolor era diferente... No sabía si era mejor, sólo que era diferente.

Se encontró con que estaba sufriendo más por Blade que por ella misma, y eso le daba el valor de seguir adelante. Pero la ironía final era que la nueva Amy habría sido una torre de fuerza para él. Cuando pensaba en su vida pasada, recordaba que muchas veces Blade había vuelto a casa agotado por las exigencias de su enorme imperio. Trabajaba demasiado. Pero ya había perdido la oportunidad de decírselo.

Acababa de regresar a su cuarto aquella mañana del quinto día con una taza de café y unas tostadas que se había preparado apresuradamente antes de la llegada de Blade, cuando oyó que saludaba a la señora

Cox en la cocina con su voz sonora y grave y acento norteamericano. Se le subió el corazón a la garganta, pero ya se estaba habituando a aquello, y durante unos minutos todo fue tranquilidad y silencio.

El alboroto, cuando ocurrió, fue repentino e intenso, y en el mismo momento en que oyó a Blade maldiciendo profusamente en voz alta, también le llegó la voz de la señora Cox, que la llamaba frenéticamente. Bajó la escalera de dos en dos, contenta de estar ya vestida con unos vaqueros y una camiseta, y entró en la cocina con la adrenalina disparada.

-Fue un enjambre de abejas -dijo atropelladamente la señora Cox-.

Las hemos debido molestar.

-¿Un enjambre de abejas? -repitió Amy con la mirada perdida mientras dirigía la vista a Blade, alto y mortalmente atractivo, pero claramente crispado. Tenía el torso y las piernas desnudas llenas de puntos rojos y miraba fieramente a la señora Cox.

-No hacía falta armar tanto jaleo -masculló irritado mientras se echaba el pelo atrás con la mano bruscamente-. Unas pocas picaduras de abeja nunca han hecho daño ha nadie.

-A no ser que seas alérgico -dijo la señora Cox, decidida a hacer un drama-. El hijo de mi hermana casi se muere con una sola picadura. Lo pasó fatal, estaba hinchado como un globo.

-Gracias, señora Cox- dijo Blade. Su rostro era un estudio de autocontrol-. Pero estaré perfectamente, se lo aseguro.

-Creo que tenemos una crema guardada en algún sitio.

Tanto si era histeria producida por la decepción como el ver a Blade completamente desconcertado, lo cierto era que el deseo de reír estaba creciendo por momentos. Estaba tan furioso por que le hubiesen sorprendido, por que los insectos hubiesen tenido la temeridad de atacarlo, que Amy tuvo que morderse el labio inferior hasta hacerse sangre por dominarse. Y la señora Cox no era de ninguna ayuda, pues seguía describiendo con enorme fruición la refriega que su sobrino había tenido con la muerte.

-Aquí está.

Después de sacar el tubo de crema y las píldoras antihistamínicas del botiquín que estaba en el fondo de la enorme despensa, le hizo señas a Blade para que se sentara en el taburete de la cocina.

-Lavaré las picaduras con agua fría primero para asegurarme de que ninguna se ha quedado dentro, antes de extender la crema.

-Puedo hacerlo perfectamente yo solo -replicó Blade, muy digno, aunque lo estropeó levemente sentándose con excesivo cuidado en el taburete.

-¿Dónde está ahora el enjambre? -inquirió Amy afablemente después de lavarle y embadurnarle las picaduras de la espalda, mientras Blade insistía en seguir él solo. Amy no protestó, había algo enormemente sexy en su vulnerabilidad, y sus manos estaban temblando antes de terminar de extender la crema en aquel cuerpo alto y recio.

-Tendrás que disculparme, pero no me detuve a averiguar dónde se fueron -dijo Blade sarcásticamente al tiempo que se dirigía a la ventana de la cocina y echaba un vistazo fuera-. Ya tenía cosas en qué pensar.

-Entró corriendo como un galgo -le secundó la señora Cox-,

maldiciendo como un carretero. Cerró la puerta tan de golpe que me sorprende que no se haya salido de sus goznes.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. La imagen que había descrito la señora Cox era tan distinta de la del poderoso e implacable magnate que el mundo conocía, que Amy terminó de perder la compostura y explotó en risas incontenibles. Se dio cuenta de que la expresión de afligida sorpresa de Blade se mudaba en humor irónico, y se echó también a reír con mirada de arrepentimiento.

No supo exactamente cuándo la risa se tomó en lágrimas, pero cuando ocurrió Blade la levantó en sus brazos y se sentó de nuevo en la banqueta, y Amy se dio cuenta de que la señora Cox desaparecía de la pequeña habitación cerrando la puerta suavemente tras ella.

Pasaron varios minutos antes de que el terrible llanto diese paso al hipo lacrimoso y luego, parase repentinamente. En ese momento, Amy se percató de que los brazos de Blade eran maravillosamente reconfortantes, que su fuerza no era amenazadora.

-¿Estás mejor? -le preguntó levantándole la barbilla con cuidado y mirándola a los ojos de color violeta anegados en lágrimas.

-Lo siento -dijo ruborizándose y tratando de liberarse de su abrazo-. No era mi intención...

Blade sintió su pánico y la calmó.

-Tranquila, cariño, tranquila. No he interpretado que esta pequeña demostración de debilidad humana perfectamente normal fuese una invitación. Sólo soy un amigo consolando a una amiga.

-Pero dijiste que ya no éramos amigos -dijo temblorosamente mientras se ponía en pie. Su pelo dorado estaba enmarañado y su color era todavía más llamativo en contraste con su rostro tenso-. ¿Recuerdas?

-En ciertas circunstancias, tenemos que adaptamos -dijo con humor irónico y mirada cálida-. Cuando vuelvas a ser la misma de antes, podemos reanudar las hostilidades, si insistes.

-No quieres que seamos enemigos, Blade -susurró con sinceridad abriendo enormemente los ojos-. Quiero que...

-No creo que sepas lo que quieres -dijo Blade lentamente-. Eres una jovencita que está muy confusa -añadió.

Pero percibió que se apartaba al sentirse indirectamente interrogada y puso fin a aquel momento de intimidad poniéndose en pie y alcanzando con la mano el pequeño tubo de pomada-. ¿Vas a seguir con tu papel de enfermera? Porque uno de esos pequeños aguijones hizo un viaje mortal al interior de mis pantalones cortos y las consecuencias del mismo merecen atención.

Su mirada era traviesa y Amy se puso terriblemente colorada

cuando se bajó los pantalones sin preocuparse por su desnudez.

-Siempre puedes curarlo con un beso -sugirió mientras se extendía un poco de crema en el punto estratégico.

Se colocó otra vez los pantalones e ingirió un par de pastillas.

-Tengo que arreglarme para ir a trabajar -dijo con voz tenue, escapando de la cocina y de la risita grave y burlona de sorpresa.

De nuevo en su cuarto, empezó a dar vueltas de un lado a otro. ¡Qué estúpida había sido! ¿Qué pensaría Blade? Cerró con fuerza los ojos al tiempo que se dejaba caer en la pequeña cama. Nunca había entendido aquella mente analítica tan astutamente inteligente.

Sabía que era temido por su reputación de despiadado, pero con ella había sido gentil y tierno, y maravillosamente cariñoso.

Se imaginó que estaría esperándola en el jardín delantero cuando se fue una hora más tarde, pero al abrir la puerta de la entrada sólo la saludó la verde vegetación y los árboles meciéndose al viento. Era un día precioso.

Miró el cielo completamente azul y la brisa le levantó el pelo formando una nube de seda alrededor de sus mejillas. Sintió el calor del sol en su rostro levantado y algunos alhelíes de relucientes pétalos de terciopelo llevaron por el aire su embriagador aroma.

Una bandada de diminutos gorriones pasaron revoloteando en ruidosos juegos. Estaba viva. Cerró los ojos con la intensidad de aquel pensamiento. Y todavía tendría años para ser capaz de andar y caminar y ver con normalidad, para viajar y explorar los últimos rincones del mundo antes de que fuera tarde.

Pero no podría tener a Blade y, de repente, le pareció que todo lo demás carecía infinitamente de sentido. Una nube gris oscura había cubierto con súbita frialdad el color y la tibieza del día, pero la apartó con férrea determinación. Se acabó la autocompasión.

-No eres ninguna debilucha -se dijo en voz alta mientras caminaba a paso rápido por el camino y las ramas se agitaban por encima de su cabeza formando una bóveda de vegetación-. Y no vas a perder una hora, un minuto de este tiempo precioso gimoteando patéticamente. ¿Entendido?

Continuó, a trompicones, sermoneándose durante el resto del trayecto al restaurante, y cuando sirvió al primer cliente, el mundo estaba de nuevo en su sitio.

El tiempo cálido, tan inusual en el mes de mayo, provocó la llegada al restaurante de una oleada de turistas, y el pequeño comedor estaba todavía repleto a la hora de cerrar. Ya eran más de las doce cuando se marchó el último cliente y Amy pudo irse. Pero cada vez le parecía más difícil reunir las fuerzas para echarse a andar. Fue

entonces cuando vio, sintiendo emociones encontradas, el coche de Blade aparcado justo delante del restaurante, en la calle oscura y tranquila.

-¿Amy? -dijo con voz suave y grave con la ventanilla bajada antes de salir y echar a andar hacia ella-. Pareces agotada.

Al mirarlo se percató de que había estado confiando desesperadamente encontrarse con él y por eso habló con voz innecesariamente áspera.

-Creía que habíamos acordado que me dejarías en paz -dijo con voz tensa apartando la mirada de su corpulencia viril e intensamente atractiva y girándose para alejarse.

-Espera un minuto -dijo con una voz despojada de toda suavidad-. Tengo algo que decirte.

-No quiero oírlo...

-¡Cállate mujer! -gritó Blade, que nunca gritaba-. Dame fuerzas...

Se pasó la mano con furia por su masa de pelo y respiró profundamente antes de volver a hablar.

-Es la señora Cox. Parece ser que su hermana se ha puesto enferma; un vecino llamó esta tarde. Una bronquitis que se convirtió en neumonía y ahora hay más complicaciones. Creo que se encuentra muy mal.

-Oh, no -dijo Amy mirándolo con desesperación-. Su hermana es toda la familia que tiene.

El marido de la señora Cox había muerto en la guerra antes de que tuvieran hijos y había preferido vivir como una viuda en su pueblecito natal, antes que reunirse con su hermana y su anciano marido en Escocia.

Desde que el marido de su hermana muriera unos meses antes, habían estrechado sus lazos, escribiéndose y llamándose casi todos los días.

-Se fue en el tren de la tarde -prosiguió Blade con más tranquilidad-, y le prometí que cuidaría de la casa... y de ti -concluyó sombríamente-. Ahora, entra en el coche y deja de comportarte como una pésima actriz en una película de tercera.

-Bueno, ¿cómo iba a saberlo?- protestó débilmente deslizándose al interior del lujoso coche que olía a cuero y a aftershave sutilmente caro-. Creí que después de lo de esta mañana...

-Me aprovecharía de la ventaja que supuestamente había ganado -terminó con voz tensa-. Encantador, realmente encantador, Amy. Nunca sabré qué hice para merecerte.

Estuvieron en la casa en tres minutos y Blade salió del coche antes incluso de que Amy se hubiese quitado el cinturón de seguridad.

-Entra y comprueba que todo está bien. Te espero aquí -dijo con frío despacio-. Vendré como siempre por la mañana, así que si quieres hacer el papel de princesa en la torre de marfil, será mejor que te levantes pronto. Da la casualidad de que la señora Cox me dejó una llave, así que no necesitas dejar la puerta abierta.

-De acuerdo.

Abrió la boca para decir algo más, pero la cerró ante la intensidad de su mirada. No era el momento de disculparse.

Pudo sentir sus ojos abrasándole la espalda cuando se dirigía a la entrada, y después de encender las luces y asegurarse de que todo estaba en orden, le hizo un gesto con la mano. Blade se sentó con furia en el coche y salió zumbando en medio de una nube de polvo y de neumáticos quemados.

-Maldita sea... -dijo sentándose en la silla del vestíbulo arando las piernas empezaron a temblar por el agotamiento y la reacción ante lo ocurrido.

Aunque Amy había sido consciente de la presencia de Blade por la casa por la progresiva mejora del jardín y la provisión de su cerveza favorita en el pequeño frigorífico de la señora Cox, no se habían visto cara a cara desde el día en que se había ido su casera. Había reanudado la rutina de trabajar en el extenso jardín trasero hasta que ella se iba a la hora del almuerzo y Amy había tenido el mismo cuidado de estar lejos de su vista, así que, cuando se despertó el domingo siguiente con el delicioso olor a rosbif que impregnaba toda la casa, supuso que la señora Cox había vuelto por la noche y bajó apresuradamente sin molestarse en ponerse una bata encima de su fino camisón de seda.

-Buenos días.

Blade se volvió. Estaba preparando verduras frescas en la pila de la cocina y sus ojos se entornaron al ver su parco atuendo.

-Los míos han mejorado considerablemente en los últimos segundos -dijo levantando una gran mano a modo de saludo burlón.

-Pensé que eras la señora Cox -dijo sintiendo que el color se subía a sus mejillas rápidamente mientras permanecía clavada en el umbral de la puerta. Era obvio que Blade aprobaba su aspecto, a juzgar por su mirada traviesa-. Y no deberías estar aquí.

-¿Quién lo dice?- inquirió apoyándose en el fregadero y mirándola de pies a cabeza antes de volver a la tarea que se había impuesto-. Hay una botella de vino en el frigorífico, si quieres abrirla.

-¿Yo? -dijo Amy con un chillido de protesta-. ¿Así vestida?

-Yo no me quejo- replicó Blade con un tono de voz que indicaba que se estaba divirtiendo con la situación-. Pero puedo esperar unos minutos si quieres ponerte algo... ¿menos cómodo? Pero, por favor -añadió girándose de nuevo y haciéndole estremecerse con una oleada de sensualidad-. No lo hagas por mí.

-Pero ni siquiera deberías estar aquí. ¿Y si la señora Cox...?

-Amy -dijo con reproche-. Ve a cambiarte, cariño, antes de que mis instintos más básicos se apoderen de mí. Ya han pasado tres meses, y verte así es más de lo que puedo soportar ahora mismo.

-Tres semanas y dos días- replicó sin saber por qué, pero Blade se puso rígido al decirlo-. Ya lo sé.

-Claro -dijo Blade acercándose a ella y mirándola a la cara antes de girarla y empujarla hacia la escalera estrecha y empinada-. Y para tu conocimiento, te diré que la señora Cox sabe que estoy aquí. La he telefoneado un par de veces para ver cómo está su hermana, entre otras cosas.

Amy se volvió en lo alto de las escaleras, sin percatarse que el haz de luz que entraba por la estrecha ventana volvía la seda transparente.

-¿Y cómo se encuentra?

-Tan tranquila como es de esperar dadas las circunstancias, no como yo, dicho sea de paso. Por lo que más quieras, ve a ponerte algo sobre ese hermoso cuerpo antes de que suba a donde estás.

-Ya me voy -replicó Amy, entrando a toda velocidad en su habitación con el corazón desbocado y sin fuerza en las rodillas. ¿Por qué se habría presentado?

Escogió la ropa para lograr la máxima neutralidad.

Se puso una camiseta holgada que le llegaba justo por encima de las rodillas y unas mallas de algodón de color verde jade, se cepilló el pelo con fuerza y se lo recogió en una cola de caballo en la coronilla.

¿Maquillaje? No, pensó negando con la cabeza delante del espejo. Decididamente, no. No quería incitarlo. Al parecer, estaba preparando el almuerzo. Bien. Lo tomaría educadamente, le daría un poco de conversación y luego le indicaría que era la hora de irse. Así de fácil.

Sus pensamientos se burlaron de ella cuando volvió a entrar en la cocina y se encontró la puerta trasera abierta y el aroma de rosas silvestres y alhelíes procedente del jardín compitiendo con el olor a rosbif.

-Estoy aquí fuera -la llamó Blade perezosamente-. Ven y contempla la transformación, y rinde el debido homenaje.

Era cierto. En una semana, el jardín trasero había pasado de ser una colorida selva, a convertirse en un encantador jardín en el que cerezos, manzanos y ciruelos crecidos competían con los arbustos y los

parterres de flores en torno a una franja de césped central que estaba cuidadosamente cortado.

-La hierba está todavía un poco desigual, pero las semillas de césped se encargarán de arreglarlo -dijo Blade lacónicamente al ver que no decía nada. Estaba echado en una tumbona larga y de poca altura prácticamente desnudo, y la había dejado perpleja durante unos momentos-. Ven a tomar una copa de vino, ya está todo preparado. Las tumbonas son un pequeño regalo para la señora Cox, por cierto. Pensé que podíamos usarlas hoy, con el calor que hace.

Se puso en el borde de la tumbona como si fuese a morderla, y aceptó la copa de vino que le ofrecía Blade dándole las gracias con una pequeña y rígida inclinación de cabeza. Llevaba un escueto bañador y su cuerpo bronceado y musculoso estaba expuesto a los rayos del sol sin ninguna consideración por su presión arterial.

-Parece que el mes de junio se presenta caluroso -dijo Blade lentamente después de unos tensos momentos en el más absoluto silencio-. ¿No estarías más cómoda con un bikini o algo parecido? Debe de hacer veinticuatro grados aquí fuera.

-No, gracias, estoy bien,

« ¡Qué estás diciendo!» pensó Amy, « ¿qué es eso de que estás bien?».

-¿Bien? -inquirió. Parecía que había sintonizado con su emisora-. No lo parece. Has adelgazado más todavía -prosiguió incorporándose. Sus músculos flexionados y firmes hicieron que la sangre le latiese con fuerza en las venas. La estaba reprendiendo y enrojeció de enojo al tiempo que levantó la copa de vino y bebió un buen trago del líquido reluciente que sabía a añejo, fruta madura y cálidos días dorados-. Y pareces completamente agotada.

-Tenemos trabajo en el restaurante -dijo rápidamente a la defensiva-. ¿Qué quieres?

-Quiero que te relajes cuando tienes la oportunidad -contestó suavemente, aunque la intensidad de su mirada contradecía su tono de voz-. Somos dos adultos, Amy, no una pareja de quinceañeros vírgenes que tratan de contener la urgencia de experimentar. Ve a cambiarte y haz una terapia de una hora tomando el sol antes de comer.

-Pero si me has dicho que me vistiese -replicó agresivamente, con enojo en la mirada.

-Pero ahora te digo que te desvistas -le dijo examinándola por un momento al ver que seguía sin moverse-. Es una orden, no una sugerencia Y no quieras hacer que todo sea una pelea levantando la voz.

-No hago eso -dijo enfrentándose a su mirada con expresión dolida.

-Claro que si- le replicó tendiéndose sobre la tumbona y estirándose como una elegante fiera que se relaja antes de entrar a matar-. Y no voy a abalanzarme sobre ti si enseñas un poco de tu maravilloso cuerpo, si eso es lo que te preocupa. Puedes pensar que eres irresistible, pero te aseguro que estarás a salvo.

Su tono era insultantemente despreocupado y la risa que lo siguió hizo que levantase la cabeza y tensase el cuerpo en señal de protesta.

-Y tanto que sí -le espetó violentamente rechinando los dientes-. Me aseguraré de que así sea.

-Bueno, ya has dejado bien claro que mi ardor ya no te resulta grato -dijo tomando un sorbo de vino y cerrando los ojos en el resplandor de mediodía-. Estoy hundido en la miseria, desde luego -prosiguió con ironía-, pero sobreviviré. Ahora, si te parece, termínate la copa de vino y vete a cambiar. Cuando vuelvas, tendré otra preparada y podemos pasar una hora ignorándonos antes del almuerzo.

-Eres el más manipulador, maquinador, pérfido...

-Verdad, verdad -dijo con un lánguido ademán-. Pero no gastes la poca energía que tienes poniendo a prueba tu cerebro innecesariamente, mi pequeña alborotadora.

No abrió los ojos cuando regresó al jardín con un traje de baño que parecía un poco más discreto que el bikini que se había comprado en el Caribe durante su luna de miel y que a Blade tanto le gustaba. Se echó cautelosamente sobre la tumbona y bebió la mitad del vino antes de darse cuenta de lo que había hecho. ¡Beberse casi dos copas de vino con el estómago vacío! Sintió los efectos en la cabeza, que le empezaba a dar vueltas. Blade sólo compraba lo mejor, y aquel vino en particular era néctar. ¿Acaso era otra pequeña estratagema? Probablemente, pensó mirando aquel cuerpo grande y masculino que estaba a su lado. Aquél no era Blade Forbes, el devoto marido, sino Blade Forbes el adversario, y le convenía recordarlo.

Pero era realmente atractivo. Se percató de que no podía apartar la vista de sus hombros anchos y musculosos ni de su corpulento torso, y el vello oscuro y rizado le encogía el estómago mientras sus ojos seguían su crecimiento hasta los contornos ocultos de su ingle. Lo cierto es que tenía cuerpo de estrella de cine.

Aquel pensamiento le trajo a la memoria un pequeño incidente que tuvo lugar durante su luna de miel, cuando oyó a una adolescente hablando emocionada a su amiga al verlos bajar por la plancha del fabuloso yate que unos amigos de Blade tenían en el sur de Francia.

-Mira esa pareja- le dijo. Aquel susurro procedente del desembarcadero llegó con facilidad a oídos de Amy, aunque Blade

estaba bromeando con su amigo en aquel momento y había sido ajeno a la escena-. Estoy segura de que son famosos, estrellas de cine, o algo así. Él es tan guapo y ella es preciosa, mira qué tez y qué pelo. Y ese barco...

Amy estuvo a punto de volverse para ver quién hablaba, pero se contuvo a tiempo, ruborizándose. La adolescente hablaba verde de envidia.

-¿Les pedimos un autógrafo? Este viaje organizado ya nos ha costado bastante, podemos sacarle el máximo provecho.

-No seas tonta- le había replicado su amiga, menos efusiva-. Aquí no es costumbre hacer eso, Tracy. Además, no estamos seguros de quiénes son. Pueden ser personas corrientes como nosotras.

-Vamos, Shirl, esa pareja no tiene nada de corriente -había contestado Tracy en tono despectivo.

Más tarde, en la intimidad de su camarote, después de pasar una lánguida noche haciendo el amor, le había contado a Blade la conversación esperando que se riese, pero él le había levantado la barbilla y la había besado largamente justo cuando entraba la luz del alba por la ventana.

-Están completamente en lo cierto -le había dicho suavemente mientras acariciaba su cuerpo desnudo con sensualidad-. No hay nada corriente en ti, mi amor. Como yo -dijo encogiéndose de hombros-, los hay a patadas en este sitio, pero todavía no he visto a ninguna mujer que pueda aspirar a competir contigo. Y lo más absurdo es que tú no valoras tu belleza, ¿verdad? ¿Por qué, ángel mío?

Fue entonces cuando dejó abierta la herida que había cerrado a la mirada de cualquier otro ser humano.

Le habló de las penas de su infancia y Blade la escuchó. Luego le hizo el amor, lentamente, completamente, como nunca lo había hecho, y los dos subieron al cielo y regresaron.

-Una moneda por tus pensamientos.

No se había dado cuenta de que la estaba observando, pero cuando el azul intenso de sus ojos se fijaron en el negro brillante de los suyos, comprendió que lo había visto todo escrito en su rostro.

-No lo valen -respondió en voz baja ocultándose el rostro con el pelo, más conmovida por aquellos recuerdos hermosos de lo que hubiese querido. Habían sido tan felices, que debía haber sabido que era demasiado bueno como para que durase.

-Mentirosa- replicó con una mueca cínica-. Pero te he prometido una hora de paz, así que estírate cómodamente y toma algo el sol. Te despertaré a la hora del almuerzo.

-No sabía que podías cocinar -dijo haciendo lo que le había

ordenado, y su cabeza le dio vueltas ligeramente al recostarse sobre la tumbona acolchada y cálida.

-Hay muchas cosas que no sabes de mí, cariño. No sé qué clase de hombre pensaste que era, pero no dejo lo que es mío con tanta facilidad como hubieras deseado- dijo con aspereza-, pero no entremos ahora en eso. Como ya te he dicho, relájate y disfruta...

¿Disfrutar? Tenía los nervios de punta y se obligó a permanecer completamente inmóvil, con los ojos cerrados. No se había dado por vencido, no descansarla hasta que no la tuviera a sus pies y con el alma desnuda. Quería vengarse por su supuesta traición a su matrimonio, castigarla por todas las penas que había originado...

Debió quedarse dormida, porque cuando sintió aquellos labios sensuales sobre los suyos parecía una ensoñación, una fantasía segura en la que podía dar rienda suelta a todas sus necesidades y deseos más hondos. Abrió la boca con avidez, queriendo más de aquella deliciosa ilusión que estaba apaciguando el deseo feroz que la acompañaba a cada momento del día, y murmuró el nombre que la perseguía incluso en sueños.

-Blade...

Su olor, el roce de su piel, todo estaba allí. Deslizó los dedos suavemente por el cuerpo recio y masculino que se cernía sobre ella antes de abrir los ojos somnolientos.

-¡Blade! -exclamó con sorpresa encarándolo a dos centímetros de distancia. Su rostro estaba iluminado de satisfacción-. ¿Qué haces?

-Creía que era bastante obvio- dijo lentamente mientras sus manos continuaron vagando por su cuerpo de forma embriagadora-. Te estaba llamando a comer, por supuesto.

Se sentó de golpe, casi arrojando a Blade fuera de la tumbona, inclinado como estaba sobre ella, de rodillas sobre el césped.

-¡Basta! -gritó apartando sus manos con un gesto desesperado de repudio.

-Claro -dijo, quedándose helado por su rechazo no muy sutil. Se levantó y Amy vio que su rostro se había vuelto severo y que un brillo cruel oscurecía sus hermosos ojos negros-. Sólo quería despertaste con un beso, cariño, fue tu reacción lo que desencadenó todo.

-Estaba soñando- replicó Amy con los labios temblando por su desprecio y tratando de que no lo notase.

-Amy- dijo rápidamente al ver su aflicción y arrodillándose junto a ella-. No hay nada malo en devolver las caricias a tu marido. Incluso antes de casamos no te tenía por frígida o inhibida... ¿qué demonios te ha pasado? Es como si... te estuvieras forzando a odiarme, ¿por qué? -preguntó con aspereza

-No es eso -dijo poniendo los pies en el césped y corriendo una cortina de oro entre ellos-. No lo entiendes.

-Desde luego que no.

Sabía que si levantaba la vista su rostro sería amargo y frío, y ¿quién podía culparlo por eso? ¿La seguiría amando? El pecho la oprimía y se quedó sin aliento. Probablemente no, reconoció con agonizante sinceridad. Pero todavía la deseaba físicamente y eso era igual de peligroso.

-¿Dijiste algo sobre el almuerzo?- preguntó sin atreverse a levantar la mirada mientras decía aquellas trivialidades-. Me muero de hambre.

Hubo un largo minuto de silencio y, a continuación, habló con voz fría y controlada por encima de su cabeza.

-Yo también -contestó, y mientras Amy lo seguía hasta el interior de la casa, se dio cuenta, con una punzada de terror, que no estaba hablando del rosbif que había dispuesto en la pequeña mesa de la cocina.

Capítulo 8

-OYE, encanto...

Amy se volvió rápidamente para enfrentarse al puñado de jóvenes vestidos de cuero que habían abierto la puerta del restaurante con una fuerza innecesaria.

-¿Qué? ¿Te queda algo de comida?

-Estamos cerrando -dijo Amy, esforzándose en sonreír educadamente al tiempo que señalaba el pequeño letrero al lado de la ventana-. No tomamos nota después de las diez.

-Vaya, es una pena, ¿verdad, Mick?

Mick sonrió de soslayo al tiempo que asentía sin apartar los ojos de Amy. Su pelo de color rojizo estaba apelmazado de grasa.

-Porque tenemos un poco de sed, ¿sabes? Los chicos querían un café y un donut o algo, ¿verdad, chicos?- inquirió el portavoz, un joven enorme y fortachón de unos veinte años cuyo cerebro parecía residir en la parte de su anatomía con la que se sentaba-. Y pueden portarse mal, si, vaya, si no consiguen lo que quieren.

-¿Amy?- inquirió Arthur, que había captado el final de la conversación y llegaba desde la cocina. Su voz era apaciguadora y asintió al grupo, que se había sentado desordenadamente en una mesa junto a la ventana-. Creo que tenemos unos donuts aquí atrás, y la cafetera está todavía encendida -dijo haciéndole un gesto para que lo sustituyera en la cocina-. ¿Estáis bien, chicos?

-Sí, date prisa, encanto.

Era evidente que se creía un tipo listo, pensó Amy lanzándole una mirada irónica antes de entrar con alivio en la cocina desde donde escuchó las carcajadas de burla obscena del grupo. ¡Justo lo que le faltaba!

Cerró con fuerza los ojos en señal de protesta antes de poner una partida de donuts en el microondas y encender la cafetera.

-Lo siento, chica, pero pensé que era mejor complacerlos -dijo Arthur, que le había seguido pisándole los talones con cara de preocupación-. ¿Viene John a recogerte esta noche?

-No -contestó Amy mirando nerviosamente hacia la puerta del restaurante-, le dije que no lo hiciera había pensado que sería lo mejor por si acaso Blade estaba cerca, pero en aquel momento...

-Es una lástima -dijo Arthur, lanzando una mirada ansiosa por el panel de cristal de la puerta de la cocina antes de sacar los donuts del microondas y rociarlos pródigamente con azúcar-. Tengo la impresión de que es la banda que pasó por aquí el verano pasado y armó todo el jaleo. Rondaron por el pueblo durante unos días molestando a todas

las chicas y siendo desagradables en general, y luego el viejo Charlie se enredó con ellos.

-¿Charlie?– preguntó Amy mirándolo fijamente-. No conozco a ningún Charlie.

-Ya no podrías- dijo Arthur con rostro sombrío-. Era el poli del pueblo, un tipo estupendo, como ninguno. Les hizo irse una noche y a la noche siguiente fue atacado por desconocidos. Le golpearon hasta dejarlo inconsciente, y lo abandonaron en un charco de sangre delante del Pato Volador. Ha estado en el hospital desde entonces, no puede andar ni hablar.

-¡Arthur! -exclamó Amy, palideciendo-. ¿Qué vamos a hacer?

-No he dicho que fueran ellos quienes lo hicieron, chica -dijo Arthur rápidamente al ver su rostro-. Charlie nunca ha sido capaz de decir quién fue, y la banda había desaparecido ya. Había un grupo de viajeros de paso y los interrogaron durante días, pero al final tuvieron que dejarlos marchar, no había pruebas. Aunque la gente de por aquí llegó a sus propias conclusiones, ya lo creo- afirmó asintiendo con la cabeza-. Así que, quédate aquí, chica, y yo los atenderé.

-Está bien, Arthur -dijo Amy. Colocó cinco tazas de café y los donuts en una bandeja y se la entregó con manos temblorosas-. Ten cuidado.

Cuando Arthur desapareció en el comedor oyó cómo los comentarios groseros se volvían verdaderamente obscenos, y se puso tensa de miedo al oír su nombre.

-¿Dónde está la encantadora Amy, eh? -sugirió a gritos uno que apenas articulaba al hablar-. Ésa quizá nos haga un favor...

-Ya es suficiente -dijo Arthur, volviendo a aparecer por la puerta de la cocina al tiempo que hablaba-. Tranquilizaos, chicos, no queremos problemas, ¿verdad? -continuó, y le señaló a Amy el teléfono de la pared con los ojos-. Marca el 999, Amy -susurró-. Creo que vamos a tener algún problema.

Acababa de hacer la llamada cuando la puerta de la cocina se abrió de golpe y dos de los jóvenes entraron lentamente mirando con ojos pequeños y malvados su rostro asustado y el gesto sombrío de Arthur.

-Más café, abuelo -dijo uno de ellos señalando la jarra de café que estaba en la mesa-. Y esta vez puede traerlo ella.

-Amy está trabajando aquí dentro -dijo Arthur con expresión firme y fría, sin rastro de apaciguamiento-. Yo os atenderé.

-Además de sordo eres tonto, viejo.

Antes de que Amy tuviese tiempo de reaccionar, tres de sus camaradas los habían seguido hasta el interior de la cocina, dos de ellos sacaron a Arthur y lo sentaran en una silla mientras el otro

obligaba a Amy a entrar en el restaurante.

-Te dejaremos mirar, abuelo.

Al ver cómo bajaban las persianas, Amy tuvo tanto pánico que su corazón dejó de latir y luego gritó desesperadamente hasta que una manaza sucia le tapó la boca con fuerza.

-Hazle callar -dijo el portavoz con cara depravada-. Amordázala o algo así. Puede que haga mucho más ruido antes de que hayamos terminado -añadió. Luego echó el picaporte y se volvió haciendo un ademán a los dos que sujetaban a Arthur en la silla-. Agarradlo, y si hay algún problema, golpeadle bien. Y tú, jefe -dijo acercando su rostro sudoroso al de Arthur-. Recuerda que cuando hacemos un trabajo nos aseguramos de que quede bien hecho. Como el verano pasado. ¿Sabes de qué te hablo?

-Cállate, Toro- dijo uno de los chicos, un poco más joven y limpio que el resto, mirando nerviosamente a su cabecilla-. Nos salimos con la nuestra, no...

El resto de la advertencia se perdió cuando la puerta cerrada con picaporte se abrió de golpe con un estampido tan grande que, por un momento, Amy pensó que uno de los chicos había disparado una pistola.

Entonces vio a Blade de pie en la entrada, abarcando la escena que estaba presenciando con una sola y penetrante mirada y un brillo espeluznante en los ojos.

-Suéltala.

Su voz fue como el gruñido de una bestia salvaje, y por un momento las manos sucias que la agarraban se relajaron para volver a sujetarla con más fuerza.

-¿Ah, si? ¿Quién lo dice? -dijo el tal Toro, y le habló al joven que estaba detrás de él sin apartar los ojos de Blade-. Sujeta al viejo y no lo aguantes si se pone chulo. Yo y Flick nos vemos con este yanqui.

Amy vio cómo uno de ellos sujetaba a Arthur haciendo un collar de fuerza alrededor de su cuello y también cómo Blade golpeaba con fuerza súbita y mortal al chico que estaba más próximo a él, que se desplomó. Pero ocurría todo tan rápidamente, que parecía un calidoscopio de sonidos y colores.

Entonces, Arthur cayó hacia delante en su silla, Amy no supo si por la presión sobre la tráquea o por su corazón, y cuando el joven que lo había estado sujetando entró en la pelea, Amy comprendió que Blade no tenía ninguna probabilidad de salir victorioso. Le iban a golpear de lo lindo, como a Charlie, y no podría hacer nada para impedirlo.

Sólo pudo haber transcurrido otro minuto cuando se oyó el sonido discordante de una sirena de la policía, pero, durante ese tiempo,

comprendió que Blade no había aprendido sus técnicas de combate en la sala de reuniones de directivos. Tenía una treta dispuesta contra cada una de las que le hacían aquellos chicos, y cuando los tres que todavía estaban de pie quisieron escapar al oír la llegada de dos coches de policía, el que la había estado agarrando la empujó violentamente contra la pared. Blade se colocó a la entrada con ojos de asesino.

-Inténtalo, vamos; inténtalo -dijo fijando su terrible mirada en los ojos malignos de Toro y haciéndole señas para que se acercase gruñéndole con una sonrisa-. Vamos, me gustaría que lo hicieras. Debe de haber mucha gente por ahí que te debe una.

-¿Flick?

Cuando Toro se acercó detrás de él con la mano extendida, Amy vio cómo un cuchillo espantoso aparecía como por arte de magia en la manaza de Toro.

-¡Blade!

Al gritar su nombre acaparó la atención de Blade lo suficiente como para que Toro aprovechase la ventaja y se lanzase hacia delante cortando el aire con el afilado cuchillo. Los reflejos de Blade fueron tan finos como los de un gato, y le salvó la vida. Dio una patada al cuchillo para quitarlo de en medio y Amy vio cómo Toro abría los ojos de pánico. Blade lo golpeó con fuerza y se quedó fuera de combate justo cuando la policía entraba por la puerta. Ya había terminado todo.

-¿Amy? Siéntate. Pon la cabeza entre las rodillas.

Se había levantado para ir donde Blade, pero la habitación había empezado a dar vueltas y Blade la obligó a sentarse en una silla. Hizo un ademán a Arthur, que parecía haberse repuesto, para que la sujetase.

-Iré a por un poco de brandy.

Regresó en seguida y le hizo beber a sorbos repetidas veces.

-Blade... Si no hubieras entrado...

-Pero entré, ¿no es así? -dijo suavemente mientras escrutaba el pálido rostro de ojos grandes-. Siempre estaré contigo cuando me necesites, Amy, ¿no lo sabes todavía? Te amo, y siempre te amaré, nada de lo que digas o hagas lo va a cambiar.

Levantó la vista para mirarlo con cara afligida.

-Blade...

-Lo siento, señor, pero vamos a tener que hacerle unas cuantas preguntas si la señora es capaz de hablar -dijo un policía que no podía pasar de los veintiún años y que estaba de pie junto a ellos con gesto de disculpa.

-Sí, claro- dijo Amy rápidamente-. Será mejor que acabe con ello cuanto antes.

Pasó media hora hasta que la policía quedó satisfecha y entonces, Amy pudo ver que Blade estaba aquejado de dolor.

-No es nada -dijo al sorprender su mirada-. Sólo unos cuantos cortes y moratones. Creo que uno o dos de los chicos salieron peor parados.

Amy no pudo corresponder a aquel tono despreocupado y palideció al ver que una mejilla bronceada estaba poniéndose azul.

-Te llevaré a casa -dijo Blade en tono inexpresivo-. Y no discutas, Amy, esta noche no, ahora no.

-Está bien -contestó en voz baja-. Iré por mi chaqueta.

Había algo que la quemaba por dentro más que ninguna otra cosa cuando salieron andando hacia el coche. Podían haber matado a Blade aquella noche y habría sido tratando de protegerla. Habría sido culpa suya.

Se apartó el pelo de la cara con un gesto de cansancio mientras se deslizó dentro del coche. Estaba tan terriblemente cansada y todo había salido tan mal...

-No empieces a pensar que todo ha sido culpa tuya- le dijo Blade, leyendo sus pensamientos. Debía haberlo imaginado, su discernimiento era terrorífico.

-Esos bestias no merecen ni respirar. Siempre asoman la cabeza unos cuantos individuos asquerosos como esos en cada generación, pero afortunadamente son pocos y aislados. Ven algo hermoso y quieren poseerlo y destruirlo. Nunca harán nada bueno.

Su voz era gélida por el desprecio, y Amy recordó con un pequeño estremecimiento cómo se había acercado a Toro cuando dos de los policías se llevaban a la fuerza al resentido joven.

-Un momento -había dicho Blade. Su rostro se puso al nivel del ceñudo semblante y su voz fue baja y afilada como un cuchillo-. Si alguna vez te acercas a mí o a los míos, te haré desear no haber nacido. Y mis manos llegan a muchas partes, hijo. El mundo no sería lo bastante grande para esconderte. ¿Entendido? -inquirió Blade con una mueca que estaba lejos de ser una sonrisa.

La policía estuvo encantada con la ostensible amenaza, y Toro y sus amigotes no parecieron quedarse muy contentos y casi arrastraron a los policías con ellos.

-¿Los harías daño de verdad, Blade? ¿Si volvieran?

-Sí -dijo concediéndole una fugaz mirada mientras arrancaba el potente motor-. No crecí en un pueblo minero de Estados Unidos sin tener que aprender unas pocas tretas sucias, Amy, ni moviéndome con

indecisión. Ahora no me siento especialmente orgulloso de esa etapa de mi vida, pero si tengo recurrir a ella para proteger lo que es mío, lo haré- prosiguió, pero le sonreía sombríamente-. Aunque no volverán. Toro está lo suficientemente loco como para reconocer a alguien que está más loco que él. Y yo estaba loco esta noche.

Cuando vi que ese gusano te había puesto las manos encima...

-Lo siento, Blade -dijo Amy con un susurro angustioso, y Blade sacudió la cabeza con irritación mientras maniobraba en una curva difícil.

-No hace falta, métetelo en la cabeza. No hiciste nada mal. Olvídate de toda la basura que te han dicho antes de conocerme y confía en mí. Ellos actuaron movidos por su propia avidez y maldad. Tú fuiste totalmente inocente, ¿me entiendes, Amy? ¿Me entiendes?

Las últimas palabras exigían una respuesta y Amy asintió con la cabeza.

-Buena chica -le dijo mirándola fugazmente antes de volver a fijarse en la carretera-. Te voy a llevar a mi casa esta noche, ¿de acuerdo? Dormiré en el sofá si eso te hace sentirte mejor.

No lo hacía, pero no se atrevió a decirlo. Blade no dijo nada más y se concentró en el corto trayecto a través del letárgico paisaje, que estaba silencioso y oscuro. ¿Había sido el día anterior cuando había cocinado el almuerzo para ella? pensó mientras Blade salía de la carretera y entraba en la pequeña senda de arena que conducía a su casa de campo. Un almuerzo que había tenido un final desastroso. Blade se había ido en gélido silencio justo después de comer y ella se había permanecido sentada, inmóvil durante toda la calurosa tarde. ¿Cuánto tiempo podrían seguir así, con ese tira y afloja emocional que la vaciaba y la llenaba hasta que pensaba que explotaría con la intensidad de su dolor? Y no había escapatoria, ya nunca la habría. Lo mejor y lo peor que podía esperar era que la dejase sola.

-Bueno, ya hemos llegado -dijo Blade, y Amy dedujo por su tono de voz que estaba tratando de dar un aire de normalidad a aquella noche que distaba mucho de haberlo sido-. Creo que un café generosamente rociado con brandy nos vendría bien, ¿no crees? Tal vez puedas ocuparte de eso mientras me cambio de camisa.

Amy contempló la que llevaba, rasgada y manchada de sangre, y se volvió a sentir enferma cuando Blade le abrió la puerta de la casa y la invitó a entrar con un ademán.

-Blade... -empezó a decir Amy, pero se detuvo al ver que se daba la vuelta con ojos interrogantes. Era tan atractivo, tan fuerte de mente y de cuerpo, lo amaba tanto...-. Creo que debes lavarte esa magulladura de la cara. Tienes el ojo casi cerrado.

-No pasa nada -replicó ignorando el estado de su rostro con despreocupación.

-Por favor -dijo Amy asiéndolo del brazo-. Siéntate e iré a por un poco de agua y una toalla. Tendrás que darte un baño y mojarte el resto de las heridas más tarde, vas a estar negro y azul.

-No voy a discutir si quieres deshacerte un poco en atenciones conmigo. Lo he echado de menos- dijo con la sonrisa peculiar que a Amy le encantaba.

Se fue a la cocina rápidamente con un nudo en la garganta que amenazaba con asfixiarla, y una vez allí se dio cuenta de que tenía las manos cerradas en un puño y tuvo que abrirlas para poder llevarse lo que le hacía falta.

Cuando volvió a entrar en la habitación, incluso el aire vibraba, el silencio era clamoroso y ensordecedor, y al arrodillarse delante de él y tocarle la cara hinchada con el paño humedecido, se dio cuenta de que estaba rezando como una desesperada para no traicionarse a sí misma y ser fuerte y...

-Bésame.

-¿Qué?

Sus ojos habían estado cerrados, pero ahora los había abierto y la miraban directamente, oscuros y brillantes.

-He dicho que me beses -repitió, y como ella seguía inmóvil delante de él, su mirada se suavizó y se volvió cálida-. Por favor.

Entonces hizo lo que sabía que no debía hacer, lo que quería y había anhelado hacer, acariciando la piel inflamada y tensa por debajo del ojo y bajando por su rostro moreno y duro hasta sus labios expectantes. Y Blade la besó, salvajemente, frenéticamente, como un hombre muriéndose de sed en la fuente de la vida. Y después de aquello, no hubo marcha atrás.

Al principio, su deseo le volvió casi salvaje cuando le devoraba los labios, aplastándolos hasta que Amy pensó que iba a gritar. Luego, el control al que siempre había recurrido reapareció, y su boca se volvió cálida y sensualmente erótica, y sus manos devolvieron la vida a Amy quitándole suavemente las ropas de su glorioso cuerpo, y luego las suyas.

Amy se quedó inmóvil por un momento al ver las señales que habían dejado los puños y las botas de la banda, pero Blade cubrió sus pálidos miembros con los suyos, tranquilizándola, acariciándola, hasta que nada más importaba en el mundo más que ellos y las sensaciones que estaba despertando en su cuerpo anhelante. El oleaje de placer era imposible de dominar, su piel pálida, casi translúcida en absoluto contraste con la piel morena y fuerte de Blade, y sus senos

abundantes, llenos de pasión, maravillosamente excitados sobre el vello recio que cubría su fornido tórax...

¿Cómo había podido estar tanto tiempo sin él? Mientras su boca y su lengua asaltaban profundamente todas las partes de su cuerpo, Amy deslizaba los dedos por la carne cálida y masculina que le pertenecía por entero.

Era suyo. Desde el primer momento en que se conocieron. Como ella había sido suya. Blade significaba más que la vida misma.

En el instante de la posesión, la atravesó por un fugaz segundo una emoción de gozo y tristeza tan febriles, que gritó su nombre, y luego siguieron juntos en lo más alto, y Blade murmuraba su nombre una y otra vez en una agonía de amor.

Y, más tarde, cuando terminaran, la meció contra la reconfortante fortaleza de su cuerpo, envolviéndola con sus brazos y piernas como para protegerla de todo el daño que el mundo pudiera infligirla, sin saber que el ataque venía de dentro. Amy se encontró con que no podía hablar ni pensar, y se hundió en la profunda manta de los sueños así como estaba, rodeada por sus brazos, satisfecha de sentirse junto al hombre que tanto amaba.

No supo con exactitud qué fue lo que la despertó de aquel profundo letargo, pero sintió los ojos cansados como si hubiese estado drogada. Blade seguía dormido, con el cuerpo en torno al suyo y sus miembros haciendo de escudo y de manta.

Por un momento, la languidez fue muy intensa, demasiado somnolienta como para levantarse, pero después una oleada ardiente de aborrecimiento hacia sí misma la invadió. ¿Cómo podía haber sido tan débil, tan condenadamente débil? Todas las semanas de angustia, los enfrentamientos amargos y las dolorosas riñas... todo ¿para qué? Estaba de nuevo en el punto de partida, como hacía tres meses, a punto de romperle el corazón por segunda vez. Pero esta vez sería peor. Se había ido y no había funcionado. Había tratado de rechazarlo y no había servido de nada. ¿Qué podía hacer?

-Amy, amor mío... -dijo Blade moviéndose y abriendo los ojos. Ella vio que su rostro era franco y que la miraba con ojos ávidos por ella-. Todo saldrá bien, cariño.

Amy se puso rígida pensando en lo que debía hacer. Pero, ¿podría convencerlo de que lo que acababan de compartir no era más que un error, una debilidad física aplacada momentáneamente? ¿Lo haría?

Capítulo 9

-BLADE, he de irme- dijo lanzándose bruscamente hacia atrás con tanta fuerza que oyó su codo crujir contra el suelo, encima de la gruesa alfombra de piel de oveja en la que estaban tendidos-. Debo volver.

-No hay prisa -dijo con voz lenta y cálida-. Tenemos toda la noche...

-¡No!

Ya se estaba poniendo la ropa con una prisa febril, y en aquella ocasión, Blade compendió el tono de su voz y se incorporó lentamente hasta apoyarse en el codo.

-Otra vez no, por lo que más quieras.

-No lo entiendes -dijo Amy, y le oyó moverse, un ruido de ropas y una cremallera que se cerraba. Entonces apareció delante de ella, vestido sólo con los vaqueros, con la expresión de furia más intensa que jamás le había visto, y los ojos negros ardiendo como un infierno.

-Voy a entenderlo -dijo en voz baja y tensa, la misma que habla empleado con Toro en el restaurante-. Créeme, Amy, que lo haré. Se acabaron las evasivas, y el hablar con segundas. Me lo vas a contar esta noche, contármelo de verdad...

-¡No me puedes obligar!

Ella misma podía oír la histeria en su voz y puso mala cara ante la protesta a pesar de saber que estaba asustada, muy asustada. El hombre frío y peligroso que estaba de pie ante ella estaba harto, e incluso sin amarlo tanto lo hubiera sabido.

-Puedo obligarte, y lo sabes- replicó bajando más la voz, al contrario que la suya-. ¿Por qué te fuiste, Amy? Y no me digas esa basura de que no funciona. Ésa no fue la razón, ¿verdad? ¿Verdad?

Las dos últimas palabras habían sido como pistolas que hubiesen disparado a sus oídos, y se sobresaltó visiblemente, dando un paso hacia atrás al tiempo que levantaba la vista hacia él con enormes ojos anegados en lágrimas.

-Estoy dispuesto a quedarme aquí días, semanas, meses si es necesario hasta que obtenga una respuesta.

¡Y ese John! -dijo desdeñando al pobre John con un golpe en seco-. No te importa. No podías haber hecho el amor conmigo de la forma en que lo has hecho si te importase. Te conozco, Amy. ¡Intenta decirme que no me amas! Dime que me quieres fuera de tu vida para siempre.

Amy se tapó la boca con la mano al ver que daba un paso hacia ella como un ángel vengador que fuese a arrancarle de cuajo el corazón. Después, no pudo más. Antes de que pudiese detenerla, se

había abalanzado hacia la puerta, abriéndola y corriendo en la oscuridad de la noche como si tuviese alas en los pies.

Tenía que huir...

La alcanzó antes siquiera de haber salido del perímetro de la casa, y le hizo girarse con tanta fuerza que sintió que su cabeza daba vueltas mientras la sacudía.

-¡Vas a decírmelo! ¡Ahora! Te amo, tengo derecho a saberlo. Eres mi mujer, maldita sea. ¿Qué me dices de todos los planes que hicimos? Los niños, la casa en el campo, envejecer juntos...

-¡No voy a envejecer! -dijo chillando una y otra vez. Todas las emociones contenidas desde hacía meses estallaron de golpe cuando renunció a seguir siendo valiente y fuerte-. ¡No voy a envejecer, me oyes! Como mucho sólo me quedan unos pocos años antes de que mi cuerpo empiece a deteriorarse, a rendirse. Y luego, estaré con muletas, y luego en una silla de ruedas...

-¡Amy!

-No, escúchame tú a mí. Esto es lo que querías, ¿no? Bueno, ya lo tienes, te lo estoy contando...

La bofetada fue lo suficientemente fuerte como para cortar la histeria enloquecida que le había nublado la vista, y cuando vislumbró su rostro moreno la había envuelto en sus brazos y la levantaba para llevarla de vuelta a la casa. No trató de luchar contra su superioridad física, no tenía sentido. Además, se sentía petrificada y sin vida por la enormidad de lo que había hecho. Un infierno viviente. Lo había condenado a un infierno viviente. Si la abandonaba por el peso de las circunstancias, se sentiría culpable durante el resto de su vida, y si se quedaba... Sus pensamientos se congelaron. ¿Cómo podía habérselo dicho si realmente lo amaba?

-Tranquilízate, cielo, tranquilízate... -le dijo sentándose en una silla con ella en brazos y canturreándole suavemente mientras le cubría el rostro de pequeños besos de consuelo-. Todo se arreglará, te lo prometo...

-No, Blade.

Las fuerzas para hablar surgieron de alguna parte y tragó saliva para levantarse lo justo como para poder mirarlo a la cara y ver los rasgos duros y los ojos oscuros llenos de amor desesperado.

-No puede arreglarse.

-Sea lo que sea, le daremos frente juntos, mi amor... -dijo Blade, estrechándola contra él.

-Blade, tengo una enfermedad que va a matarme lentamente durante unos años -dijo con voz gélida e inmóvil como una piedra. En aquella ocasión, Blade le dejó apartarse un poco para que pudiera

mirarlo directamente a los ojos, y lo que vio hizo saltar en pedazos su pétrea inmovilidad. Su rostro estaba blanco como la nieve y la mirada afligida-. Ya no seré bonita, no seré nada. Al principio, no podré andar y luego, empezarán a resentirse otros músculos y finalmente... estaré en cama conectada a una máquina y moriré.

-Basta -dijo sacudiéndola levemente-. No hables así.

-Pero es la verdad, Blade.

-¿Y por qué no me lo dijiste? -preguntó en voz baja-. ¿Qué te he hecho yo para que no pudieras decírmelo? ¿Es que no confiabas en mí?

Las palabras parecieron desgarrarse de su alma.

-Te amo, Blade -dijo torpemente.

-¿Y esa es la respuesta? -dijo en tono áspero-. ¿Me amas y por eso me dejas? ¿Te llevas lo único por lo que me merece la pena vivir y me dices que es amor?

-Blade...

-No, ahora escúchame tú a mí -se levantó con ella en los brazos y la bajó hasta que sus pies tocaron el suelo. La asió por los antebrazos y Amy pudo sentir el temblor de su cuerpo por encima del suyo propio-. Cuando volví a casa y encontró aquella nota, quería morir. No deseaba vivir, Amy. Nunca imaginé que una mujer me haría eso antes de conocerte, y cuando te conocí... sabía que podía confiar en ti plenamente, lo sabía.

Amy lo miró fijamente, incapaz de hablar.

-Pero tú no confiaste en mí -dijo inspirando profundamente-. ¿Por qué?

-No es eso...

-¡Claro que es eso!- dijo sin gritar, pero el dolor que reflejaba su voz era más angustioso que la ira-. Huiste sin darme a elegir, e hiciste frente a todo esto tú sola. Me excluiste, Amy...

-Pero las flores- susurró lentamente-. No era justo pedirte que lo aceptaras cuando pensabas así. No quería que me tuvieras lástima, ni quería darte asco...

-Pero, ¿en qué mundo has estado? Cómo puedes ni siquiera pensar por un minuto...

La acercó a él con una fuerza tan repentina que su pelo se levantó como un arco dorado detrás de ella.

Sus labios descendieron sobre los suyos durante un dulce momento antes de apartarla de nuevo.

-Te amo. Más que a nada ni a nadie, y siempre te amaré. Si te asalta esta enfermedad, si no podemos encontrar una cura... yo también moriré. Tal vez siga viviendo durante otros diez, veinte,

treinta años, pero estaré muerto. Y si me dejases ahora, sería lo mismo.

-Te olvidarías de mí...

-¿Como tú de mí? -le preguntó. Nunca había pensado en ello y lo miró horrorizada-. ¿Lo harías, serías capaz?

-No -susurró débilmente.

-¿Y se supone que yo te olvidaré?- inquirió con un matiz de enojo en la voz que trató de controlar-. ¿Por qué? ¿Porque soy un hombre? ¿O porque no crees que te quiera de verdad?

-Sé que me amas. Pero pedirte que hagas frente a esto conmigo cuando no tienes por qué hacerlo...

-¿Cómo que no? -le dijo mirándola fijamente como si estuviese loca-. Desde el día que te conocí eres mi vida. Tú eres yo, Amy, ¿no te das cuenta? Una parte de mí. Ya no somos dos, no puedo separarme de la más pequeña cosa que te preocupa. Te respiro, te sueño... -gimió Blade, y Amy sintió que la sangre fluía como un torrente por sus venas al tiempo que las lágrimas corrían libremente por su rostro-. Pensé que sabías lo que sentía, pero quizá fui demasiado deprisa. No tuve en cuenta lo mucho que te habían hecho mella las inseguridades. ¿Y qué tienen que ver las flores en todo esto? -preguntó de repente.

-En casa -susurró con labios temblorosos-. Tenían que estar perfectas, sin tacha. No te gustaba que se marchitasen, me lo dijiste -concluyó con desesperación al sentir de nuevo aquel viejo temor-. Siempre nuevas...

-Amy, eso san flores.

-Pero pensé -empezó a decir cerrando los ojos con fuerza porque no podía soportar su mirada-, pensé que te costaría ver cómo enfermaba lentamente. Sandra dijo...

-¿Sandra?- preguntó observándola sombríamente al tiempo que la obligaba a levantar la barbilla y a mirarlo a los ojos-. Debí haberlo imaginado. ¿Qué pinta tu maldita hermana en todo esto?

-Está... está enferma, terriblemente enferma. Como yo estaré cuando llegue a su edad. Dijo que sería como una piedra de molino colgada a tu cuello, y tiene razón. Tú tienes que vivir tu propia vida...

-No me puedo creer que aceptases esa bazofia tan insensible -dijo con furia, en voz baja y tensa-. ¿Qué fue de la promesa de amamos en la salud y en la enfermedad? ¿Es que crees que te valoro lo mismo que unas malditas flores? ¿Que te reemplazaría por alguien nuevo y seguiría como siempre?

Amy lo contempló con la mirada vacía. No había pensado en eso, no en lo más profundo de su ser, y se daba cuenta en aquel momento.

-Te amo, Amy. ¡Por supuesto que eres preciosa porque es así, pero

eso sólo es una ínfima parte de ti! Te amo a ti, a la persona que está debajo de la piel. Amo tu fuerza de voluntad, tu sinceridad, tu sentido del humor, todas las cosas que hacen que tú seas tú. Si mañana tuvieses un accidente y quedases horriblemente desfigurada o herida, me dolería porque te dolería a ti, pero le haríamos frente juntos. Ahora siéntate y cuéntamelo todo desde el principio, desde el día en que me fui de viaje a Francia.

-¿De verdad quieres saberlo? No hay posibilidad de cura ni aplazamiento. No tendremos familia ni hijos -le dijo sintiendo que le invadía la pena, la alegría y la angustia, y le oprimían el pecho-. Es hereditario en las niñas. No podría arriesgarme...

-Tú eres mi familia -dijo suavemente-. Te lo dije cuando nos casamos, cuando te hablé de mamá, de mi padre y de Todd. Si estamos sólo los dos y no hay niños, lo aceptaré y estaré más que agradecido...

Finalmente los meses de angustia, soledad y terror estallaron en un torrente de lágrimas que le fluía por los ojos, la nariz y la boca llenando la pequeña habitación con su agonía. Y Blade tuvo el acierto de dejarla llorar durante largos minutos mientras la estrechaba contra su corazón.

Más tarde, mientras hablaban, seguía estrechándola como si nunca pudiese compensarla por todos los días y noches que podían haber estado juntos. Amy se lo contó todo y, cuando terminó, el sol ya se había levantado por encima del bosquecillo de la parte de atrás de la casa.

Entonces fueron a la cama, a amarse y acariciarse hasta que ese mismo sol era una bola dorada en lo alto del cielo límpido y la luz intensa y brillante llenaba la minúscula habitación en la que él la rodeaba con sus brazos y ambos dormían.

Y mucho más tarde, cuando las sombras del atardecer colorearon el cuarto de un gris suave, le explicó lo de las flores con voz tensa y angustiada

-Mi padre nunca le trajo unas flores ni un pequeño regalo a mi madre cuando vivía. Todd y yo solíamos hacer ramos con lilas silvestres cuando regresábamos a casa de la escuela y se le iluminaba la cara. Las conservaba hasta que se marchitaban porque era incapaz de tirarlas antes. Más tarde, cuando me fui de casa le enviaba un ramo de flores todas las semanas, estuviese donde estuviese.

Se detuvo, con el rostro tenso, y Amy se abrazó a su pecho desnudo y levantó la vista para mirar su semblante sombrío por los recuerdos.

-No sigas, Blade, no me importan las flores.

-Si, quiero hacerlo -dijo bajando la vista y sonriendo suavemente-. Debí habértelo contado hace meses, pero me resultaba difícil. Fui a verla un fin de semana en una visita relámpago y debía de haberse muerto la víspera, de un ataque al corazón, según reveló la autopsia. Había ramos de flores por toda la habitación, viejas, marchitas y muertas, y todas las notas apiladas. Cuando la visitaba, nunca entraba en su cuarto, y ahí era donde las guardaba. Y parecía tan serena, incluso dichosa. Ésa fue la ironía final.

-Deben de haberle hecho muy feliz -dijo Amy suavemente.

-Supongo que sí -replicó frunciendo el ceño y moviéndose nerviosamente-. Nunca lo vi de esa manera, parecía tan triste.

Blade acarició la suave seda de su cabello pensativamente.

-¿Podemos volver a casa ahora? ¿Por fin?

-Pero la señora Cox...

-Ha estado en su chalé durante las últimas veinticuatro horas. Eso es lo que fui a decirle anoche. Arthur iba a llamarla después de irnos y explicarle que estabas conmigo.

-No me lo dijiste -replicó agitándose levemente en sus brazos-. Podía haber regresado allí anoche.

-Por encima de mi cadáver -dijo sombríamente-. Comprendí que no tendría otra oportunidad para llegar al fondo de las cosas.

-¿Te aprovechaste de la situación?- le reprochó indignada, aunque en sus labios se perfilaba una pequeña sonrisa.

-Desde luego- respondió la voz grave sin rastro de remordimientos-. Y ahora volverás a casa, señora Forbes, a donde perteneces. Pero antes...

En aquella ocasión, le hizo el amor lentamente, profundamente, con ojos ardientes por la pasión y su cuerpo masculino fuerte e imponente. Amy se estremeció al sentir su piel sobre la suya, cálida y vibrante, y por la urgencia que sus labios y sus manos estaban despertando en ella.

-Podría comerte viva -rugió de pasión-. ¿Cómo has podido dejarme que no te amase durante tanto tiempo?

Amy trató de responder, de consolarlo, pero en pocos segundos no hicieron falta más palabras y ella se fundió en el fuego exquisito que los consumía a los dos. El pasado, el futuro, no importaban. Lo único que era real era Blade. Sólo Blade.

Capítulo 10

LLEVABAN tres días en casa cuando Blade tuvo que hacer un viaje que, según explicó, era imposible posponer. El tiempo que habían pasado juntos había sido dulce y amargo, cada momento había sido precioso e intenso porque sabían que debían comprimir toda una vida de amor en unos pocos años.

Amy estaba sentada silenciosamente en el jardín, al atardecer, y el corazón de la vida londinense apenas se percibía por la protección de los exuberantes jardines que rodeaban la hermosa mansión de Blade. Solamente se oía el débil alarido de una sirena de la policía elevarse por encima del sordo murmullo del mundo exterior. El aire era cálido y pesado en su rostro y brazos desnudos; había sido un día de caluroso bochorno y el hombre del tiempo había anunciado que vendrían más como aquél.

Siguió el vuelo de un pequeño insecto ocupado en extraer el polen de las flores de un arbusto cercano. Sus alas transparentes se difuminaban en la oscuridad. Era extraña aquella sensación que se había apoderado de ella desde que había descargado el peso de su enfermedad sobre los hombros de Blade. No era exactamente feliz, pues la idea de lo que la esperaba era todavía demasiado reciente, pero en cierto modo cierta aceptación había cubierto, como una manta cálida y reconfortante, el horror y la pena, y así había resucitado en ella la alegría por vivir. No podía estar segura de lo que el futuro le tenía reservado, Blade se lo había remarcado, excepto que le harían frente juntos y que eso bastaba por el momento.

Echó un vistazo al delicado reloj de oro de su muñeca. Las nueve. Los pájaros habían empezado a entonar sus cantos, y un tordo, con sus notas puras y agudas, competía con las demás aves que habitaban en los jardines de la mansión. Blade regresaría a aquella misma hora al día siguiente si todo iba bien, pero lo echaba de menos desesperadamente, aunque sólo se había ido a las seis de la mañana. Cerró los ojos y se recostó en la enorme y acolchada silla de mimbre, mientras sus pensamientos discurrían pesada y letárgicamente. Blade la amaba. Más de lo que podía haber imaginado. Sólo deseaba no tener que dejarlo solo tan pronto. Los años venideros parecían muy poco tiempo. Saberlo era lo doloroso, si hubiese ocurrido de repente, en un accidente, entonces tal vez...

-Hola, bella durmiente.

El beso cálido y firme la despertó instantáneamente de la modorra en la que se había sumido, y abrió sus ojos azules llenos de sorpresa al ver el brillo de la mirada de Blade.

-Amy, mi amor...

La había levantado rápidamente de la silla y estaba en sus brazos antes de poder hablar, estrechándola con tanta fuerza a la vez que daba vueltas y vueltas en un frenesí de excitación que pensó que se desmayaría si no paraba.

-Blade, deja... -empezó a decir, pero Blade cortó en seco su protesta con otro beso casi salvaje por su intensidad y luego, la dejó en el suelo todavía abrazándola-. Se supone que no ibas a regresar hasta mañana -le dijo ansiosamente. Su aspecto era extraño, salvaje, como si algo a punto de estallar le quemase por dentro.

-Tengo algo que decirte- le dijo con voz temblorosa. Pero su mirada aplacó el pánico repentino que le había oprimido la garganta por un segundo. No podían ser malas noticias si la miraba de aquella forma-. Siéntate, tienes que estar sentada, y déjame terminar antes de decir nada. ¿Me lo prometes?

Se dejó caer con ella sobre la hierba suave y verde sin preocuparse por su lujoso traje, y Amy asintió en silencio al tiempo que paseaba la mirada por su bello rostro.

-He ido a ver a Sandra.

-¡Blade! -exclamó levantándose como si algo la hubiese quemado-. Me prometiste que no lo harías, no hasta que pudiese enfrentarme a ello.

-No tenías por qué hacerlo -dijo en voz baja mientras tiraba de ella para que se sentase de nuevo a su lado-. No pensé decírtelo. Sólo quería averiguar detalles, médicos, cosas así, para poder hacer mis propias investigaciones. No quería dejar piedra sin mover...- se interrumpió Blade-. Vaya, no lo estoy haciendo muy bien. Amy -dijo tomando su rostro entre las manos y mirando en lo más hondo de sus ojos preocupados-. No tienes la enfermedad, estás a salvo, no te va a pasar.

-¿Qué? -exclamó. El tiempo se había detenido en la quietud de la noche-. Blade, ¿qué has dicho?

-No la tienes, Amy, lo he comprobado, estoy seguro- le aseguró Blade, viendo cómo el color subía y remitía en su rostro por la ansiedad.

El zumbido en los oídos era ensordecedor, pero luchó contra la debilidad que la invadía y se apoyó sobre él con el cuerpo tembloroso. No estaba pasando, no podía ser, era demasiado irreal para ser verdad.

-Déjame que te lo cuente desde el principio y no digas nada- le dijo estrechándola con fuerza, y Amy asintió en silencio con el corazón desbocado. Tenía que ser una equivocación. Estaba segura.

-Tomé el avión a Escocia a primera hora de la mañana después de

haber concertado un encuentro con el marido de Sandra ayer. Ella no quería verme, pero francamente, después de lo que me contaste no creí llegar muy lejos con ella. Almorcé con Jim en un hotel de la carretera donde viven; es un buen hombre. Amy, ¿es muy importante para ti que Sandra sea tu hermana?

-¿Qué?- replicó al tiempo que levantaba la cabeza de una sacudida-. No lo sé. No lo es ahora realmente, después de todo lo que ha ocurrido.

-Bueno, no es en absoluto pariente tuya. Y lo que te voy a decir puede dolerte un poco. Los que considerabas tus padres no lo eran.

-Blade, no entiendo nada -dijo mirándolo con los ojos muy abiertos.

-Déjame que te lo explique. Al parecer, tres años después de nacer Sandra, su madre tuvo los primeros síntomas de la enfermedad, hicieron todas las pruebas posibles y les confirmaron lo peor. Tus padres querían tener más hijos, pero era imposible, así que se centraron en Sandra y la mimaron sin remedio. Más adelante, cuando Sandra tenía siete años, la mejor amiga de su madre se quedó embarazada tras una aventura de una noche cuando su marido estaba trabajando en el Extremo Oriente. Al parecer, no podía costearse un aborto, pero tampoco podía hacerse cargo del bebé, así que... -se interrumpió Blade para acercar su rostro al suyo hasta tocarse- tramaron un plan, un plan ilegal.

-¿Yo? -preguntó con suavidad.

-Tú -respondió asintiendo lentamente-. Los cuatro, Sandra incluida, fueron a pasar unas largas vacaciones a Latinoamérica y tú naciste allí. Nadie sabía que estaba embarazada, así que cuando la madre de Sandra declaró que fuiste un bebé sorpresa, nadie tuvo motivos para dudar de ella. Estaba encantada con su nueva hija, su amiga regresó y su esposo nunca supo nada al respecto. Todos estaban contentos excepto Sandra -prosiguió Blade, contemplándola con precaución-. Por lo visto eras preciosa incluso entonces, y todo lo que su madre había deseado en una niña. Por lo que me dijo Jim, no se limitaron a dejar de lado a Sandra, la torturaron mentalmente con la mayor crueldad. Imagino que, además, la enfermedad desequilibra la mente. Sandra la tiene y, desde luego, su madre la tuvo también.

-Blade -dijo Amy, temblando en la cálida oscuridad-. Es horrible.

-Sí -replicó con voz sombría-. Jim sabe que también está enferma de espíritu, pero no podía creer lo que te dijo. Cuando le preguntó por qué te habías ido llorando le dijo que estabas disgustada al verla tan enferma. Está corroída por el odio, pero Jim estará con ella hasta el final.

Blade la miró durante un prolongado momento mientras trataba de asimilar lo que había oído.

-¿Te gustaría ver una foto de tu madre?

-¿Tienes una? -preguntó en seguida. Su rostro se iluminó con una idea repentina-. ¿Está...?

-No, no está viva, Amy, lo siento- dijo sacando una foto ajada de su bolsillo.

-Soy yo- exclamó mirando el rostro sonriente y hermoso con un pequeño escalofrío.

-Asombroso, ¿verdad? -observó Blade sacudiéndola suavemente mientras seguía contemplando la fotografía muda de sorpresa-. Amy, ¿sabes lo que esto significa? El futuro vuelve a ser nuestro para hacer lo que queramos. No más pesadillas. Puedes volver a ser tú misma.

-Pero ya no sé quién soy- replicó Amy, levantando la cabeza para mirarle a los ojos oscuros-. Es una sensación extraña.

-Eres mi mujer -dijo besándola tiernamente, tratando de controlar la pasión ardiente que se propagaba al sentir su respuesta-. Y serás la madre de nuestros hijos. Pero, por encima de todo, tienes tu propia identidad, cariño, compuesta de todas las cosas que te han hecho ser tú. Eres valiente y fuerte e increíblemente altruista. Eres mi preciosa Amy, y te amo más que a la vida misma.

Sintió las lágrimas ardientes en su rostro, pero no podía haber explicado por qué lloraba. Tal vez por los padres que nunca fueron los suyos, por la hermana que nunca había sido su hermana, por su madre que había agradecido desprenderse de ella, pero a través de las lágrimas se hizo la luz, como un rayo de sol blanco y dorado, al comprender que también lloraba con alivio y profunda gratitud por haber vuelto a casa finalmente. Blade era su familia, siempre lo había sido. En él, ella lo tenía todo.

-Vamos a hacer un bebé, Blade -dijo de repente arrojándose a sus brazos y cubriendo su rostro de besos a medida que sentía el deseo crecer en su interior-. Éste es el primer día del resto de nuestra vida, y vamos a tener hermosos niños, cientos de ellos. Quiero hacer el amor todo el día. Y toda la noche también -añadió riéndose entre las lágrimas, extasiada.

-Me parece bien -dijo Blade aliviado por su reacción y rodeándola con su cuerpo recio y fuerte-. Pero no nos movemos de aquí. Podemos concebir el primero bajo las estrellas y a cielo abierto.

Y así fue.

Helen Brooks - Amantes (Harlequín by Mariquiña)